

DE LA AUTORA DE ABZURDAH

CIELO LATINI ADIÓS



Adiós

Adiós

Cielo Latini

Índice de contenido

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Adiós](#)

Latini, Cielo
Adiós / Cielo Latini. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta,
2019.
Archivo Digital: descarga
ISBN 978-950-49-6793-4
1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

© 2019 Disney Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados.

© 2019, Cielo Latini

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Ilustración de tapa: Federico Galeano
Fotografía de contratapa: Fernanda Otero

Todos los derechos reservados

© 2019, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Planeta®
AV. Independencia 1682, C1100ABQ, C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: agosto de 2019
Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-6793-4

*«Y en vez de apiadarme de su angustia,
una expectativa sombría me mantuvo firme. Si la muerte
hubiera estado a su lado y de una palabra mía
dependiera su vida, yo no pronunciaría esa palabra...»*

*«No la he ofendido, hice algo peor aún, arranqué de cuajo en
ella toda esperanza de la bondad terrestre. No podrá tener nunca
más una ilusión, tan groseramente le he retorcido el alma».*

“Ester Primavera”, Roberto Arlt

*«Ahora somos tú y yo, no existe más nosotros.
Uno y uno, dos solos:
yo y esa mierda que tú soy y yo añoras, desgraciado».*

“Otra vez Amarilis”, Mágara Sáenz.

Los hechos y/o personajes presentados en esta obra literaria son ficticios y fueron gestados en la imaginación de la autora. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

uno

Fue como mirar el fuego.

Sería una estupidez llamarlo amor: fue más intenso. Nos miramos y me dolió en el cuerpo la certeza, la sombra de fatalidad de que si tomaba ese camino algo inolvidable, intenso, terrible, iba a pasar. Pero ya no podía elegir, entre nosotros flotaba un contrato imposible de desoír, un propósito que no debíamos ignorar. Nos vimos y sentí que todo se cargaba de sentido, que iba a amar y a sufrir como en los cuentos.

Esos ojos arrastraban historias que yo podía intuir. Una mirada me bastó para saber que quería el resto de mi vida con él. Hasta entonces creía que las pasiones incontrolables se restringían a las películas o a la literatura isabelina; que dar la vida por amor no era posible, que eran pavadas de las telenovelas de bajo presupuesto. Que a los protagonistas de esas historias les tocaba vivir amores edulcorados, irreales, impostados. Quizá solamente estaba desencantada porque a mí nunca me habían amado así, quizá estaba cínica porque yo misma no había sentido esa intensidad de las novelas con nadie. Pero cuando tuve a Jaime enfrente mío, una mirada bastó para demoler mis ideas. Una mirada para rendirme, porque él me hacía sentir como los héroes a las damiselas de la literatura. Nadie me había mirado con tanto sentido. Todo valía nada comparado con el nudo en el estómago que me había provocado este hombre sin siquiera tocarme.

Cuando decidí hacer algo por el lunar al costado de mi boca, no podía imaginar el peso que tendría la elección del médico. Si hubiera elegido otra consulta, diferente habría sido la historia. Son ridículas las decisiones que pueden cambiarnos la vida, nos gusta pensar que elegimos sesudamente, pero no, las cosas más triviales son las definitorias. Como cruzar una calle en el momento exacto en que un auto pierde el control, abordar el taxi equivocado o irnos a dormir sin saber que hay una pérdida de gas. Esta es la historia de cómo un lunar configuró los siguientes años de mi vida, no es una historia de amor.

Ahí donde estás vos, estuve yo. De la mano, tirados en el jardín mirando las estrellas o mirándonos a los ojos sin saber qué hacer si alguna vez nos pasa algo y nos perdemos, habiéndonos olvidado quiénes somos el uno sin el otro. Y después del subidón siempre viene la bajada, empinadísima: vas a sentir que se te abre el piso, que se raja la tierra y que llegó el fin del mundo. Olvidate de todo lo que escuchaste sobre mí, no soy lo que él te contó. Te escribo porque me hubiera gustado que alguien me advirtiera. Te escribo lo que me hubiera gustado que alguien me escribiese a mí.

dos

Sé que creés que sabés la historia, pero dejame contarte cómo fue realmente. No sé si alguna vez me voy a animar a que esto llegue a tus manos, no sé tampoco por qué quiero que me leas: a veces siento que por venganza, porque me hiciste mucho daño. A veces que es para salvarte, porque quiero convencerme de que el daño de tu parte no fue premeditado. A veces quiero creer que te atrapó como a mí, que fuiste otra mosca en su red pegajosa, que te secuestró la voluntad, que te formateó el deseo, que te encaminó en mi contra porque él no podía defenderse solo. Cuando no creo que seas una mala persona, que lo hiciste a conciencia, que me heriste profundamente por decisión propia, siento pena por vos y quiero ayudarte.

Estoy casi segura de que esto lo sabés: que nos conocimos cuando yo tenía 22 años. Pero que esto otro no: que entonces yo salía con Gustavo, un señor que parecía quererme a veces y odiarme otras y que malamente fungía de pareja. Para entonces yo ya sabía identificar los abusos físicos y los maltratos obvios, y lo que hacía Gustavo a mí todavía no me hacía ruido porque era una violencia pasivo-agresiva difícil de identificar. Pero cuando cumplí 22 años Gustavo me sugirió que si quería que me fuera bien, no importaba en qué, necesitaba hacerme las tetas. *No te estoy diciendo que no te van a contratar, te estoy diciendo que si te ponés las tetas te van a contratar mucho más.*

Hablé con mamá de los implantes y me dijo que le parecía bien, me podían regalar la cirugía para mi cumpleaños. Le pregunté si conocía a algún cirujano recomendable y fue la primera vez que escuché su nombre: Dr. Jaime Galante, el mejor de La Plata. Cuando lo googleé, solo encontré comentarios positivos de expacientes y cuando visité la página de su clínica privada quedé muy conforme con las fotos del antes y el después de las cirugías. Al día siguiente llamé por teléfono y me dieron un turno unas cuantas semanas adelante, así de requerido era.

A la consulta me acompañó Gustavo, que no podía relajarse y no confiaba en mi criterio. Él quería opinar sobre mi pecho. Esperé nerviosa hasta que llamaron mi apellido y entramos los dos al consultorio. Cuando Jaime abrió la puerta quedé dura, como una liebre encandilada. Dijo mi nombre y me ruboricé cuando me miró a los ojos. No sonrió, parecía un hombre de hielo. Jaime y Gustavo se dieron la mano y cuando llegó mi turno de saludar, tan nerviosa estaba, estiré la mano para buscar la suya pero Jaime me regaló una media sonrisa y un beso en la mejilla. Me avergoncé por haber estirado la mano cuando correspondía un beso.

—Siéntense, por favor —y mirándome—, no me imagino por qué razón vendrías a mi consultorio, pero contame así me sorprende.

Gustavo volteó hacia mi lado con las cejas en alto, evidentemente molesto. Tomé aire y le expliqué por qué acudía a su consulta. Jaime me escuchaba con paciencia mientras anotaba mis datos en una agenda. Me preguntó cuánto hacía que quería hacerme la cirugía y por qué. Después de explicarle como pude que a mí nunca se me había ocurrido someterme a una cirugía, pero que me habían advertido que el mundo era más difícil para las mujeres chatas, le pidió a Gustavo que se retirase para un examen preliminar. Cuando se cerró la puerta y quedamos solos, Jaime me dijo:

No voy a hacer el examen preliminar todavía porque no te veo segura. Me da la sensación de que hay alguien que te está empujando a tomar esta decisión, no sé si tus amigas, tu novio. Pero

no me parece que vos seas la principal interesada, ¿me equivoco? Decime que no porque no suelo equivocarme y me dolería —sonrió.

Había algo extraño y atractivo en él. De lejos podía parecer un hombre frío pero en cuanto había abierto la boca se había humanizado.

—Tenés 22 años, ¿por qué no esperás para tomar una decisión así? Yo por mí te las hago, pero quiero saber si estás segura vos.

Apreté los labios y giré la cabeza de izquierda derecha. Algo de la presencia del Dr. Galante me quitaba la respiración y me ponía tan nerviosa que no me salían las palabras.

—Lo que sí te puedo chequear y eventualmente sacar es el lunar que tenés al lado de la boca, no por una cuestión estética sino porque no me gustan ni el color, ni la forma. ¿Lo puedo ver? Sentate acá, por favor —me dijo, dándole una palmadita suave a la camilla.

Obedecí y me dejé inspeccionar el lunar. Tuve miedo de que notara cómo me latía el corazón a través de la remera. Mientras lo tuve cerca aproveché a mirarlo en detalle: ya tenía algunas arruguitas alrededor de los ojos. Llevaba el pelo entrecano en un corte sobrio y prolijo. Olía como deben oler los milagros. Había algo de él que me seducía, era una presencia inquietante.

Mientras miraba el lunar a través de una lente con aumento me preguntó qué estudiaba y si el muchacho que estaba afuera era mi novio. Le conté que estaba estudiando periodismo en la UNLP y que Gustavo era algo parecido a un novio. *Y el que tuvo la idea de que te operes, ¿no?* adivinó. Sonreí como toda respuesta. Yo, que siempre tenía palabras para todo, yo, que había hecho cursos de oratoria en la facultad, yo, que me sabía por lo menos cinco sinónimos para cada palabra, ahora no encontraba ninguna. Me había transformado en un animalito, me habían quitado la voz. Cuando Jaime se acercó a mirarme el lunar al lado de la boca, sentí que su perfume se me clavaba como un puñal en la memoria. Supe que estaba en problemas.

—Está bien, no me gusta este lunar. Te voy a extraer una muestra de tejido pero de todas maneras me gustaría sacártelo, como medida de precaución. Vamos a hacer una extracción con láser, tendríamos que hacerla en dos o tres sesiones, ¿te parece? Se aplica una anestesia local y extraigo el tejido con láser. Y respecto del aumento mamario, yo lo dejaría para otro momento, para después de amamantar, para cuando realmente lo necesites. Tengo algunos años de experiencia y me considero bastante exigente en cuanto a belleza se trata. Veo lolas todas la semanas, creeme, no necesitás esa operación. ¿Te veo la semana que viene?

Salí de la consulta sintiéndome hermosa, esos ojos me habían dotado de confianza. Esos ojos no me juzgaban por el tamaño de mis pechos, esos ojos se preocuparon por un lunar, por una mancha oscura que a Gustavo jamás le había llamado la atención. Gustavo creía que el lunar era sexy y que necesitaba tetas nuevas. Jaime, el de los ojos de mirada tierna, me dijo que los pechos no eran importantes, pero que le preocupaba mi salud. Nadie antes se había preocupado por mi salud así. A partir de entonces Gustavo se fue desdibujando, se fue fundiendo con el fondo, se fue convirtiendo en parte del paisaje. Cuando llegamos a su casa me besó con fuerza, me agarró de la gomita del pelo y me llevó hasta la mesa del comedor. Ahí mismo me penetró y me preguntó al oído *¿te gustó el médico, no?* Yo me quedé en silencio y me dejé usar, quizás por costumbre, quizás porque mi voz había quedado en el consultorio con Jaime.

Una semana después estacioné en Plaza San Martín y caminé las cuadras que me separaban del consultorio del Dr. Galante. Me recibió como las otras veces una secretaria espigada; hablamos del clima y del doctor. Me habló maravillas de sus manos y su historial, me dijo que atendiéndome con él estaba tomando la decisión correcta. Después esperé treinta y cinco minutos fingiendo que leía pero atenta en realidad a lo que sucedía en el consultorio. En una ocasión se abrió la puerta y lo escuché despedirse de una paciente. Fue cálido y cortés. Después de entornar

la puerta, quizás para chequear su agenda, llamó al siguiente apellido en la lista y una señora de pechos y boca enormes se levantó de al lado mío y caminó hacia él. La llamó Andrea, con cariño. Me entristecí por dos razones válidas: porque yo quería ser su paciente favorita y porque su trato conmigo no era exclusivo. ¿Era tan encantador con todas las pacientes? ¿Yo no era la excepción?

Después de la mujer de los pechos enormes que se despidió a los abrazos, Jaime pronunció mi nombre. Cuando entré al consultorio me transpiraban las manos así que elegí darle un beso como saludo. Después de las preguntas obligadas —¿cómo estás? ¿cómo va la semana?— pasamos a la camilla para comenzar con el tratamiento para eliminar el lunar. Me pidió que me quedara quieta y que no hablara, y que le avisase si me dolía el láser. Mientras trabajaba con delicadeza dijo:

—Leo tus columnas en *La República*. No había asociado tu nombre con el de la periodista. Muy interesantes. ¿22 años tenés? Me sorprendiste.

Seguro me puse roja, me costaba quedarme quieta, me sentí sonreír y transpirar y quizás temblar de alegría. Nunca nadie me había gustado tanto desde la adolescencia.

Jaime tenía los ojos del color de los glaciares. Era suave y discreto cuando hablaba y elegía juiciosamente las palabras que iba a usar. Lo rodeaba el misterio. Agradecí sonriente pero bajando la mirada, me imaginé a esta eminencia de la medicina, un hombre veinte años mayor, leyendo algo que había escrito yo tanto más joven, tanto más inexperta, y me avergoncé. No me lo habría imaginado como audiencia posible. Pero ahí estaba, diciéndome que lo había conmovido mi columna del último domingo y felicitándome por haber logrado darle luz a un tema controversial: la estigmatización de las personas con trastornos depresivos.

Me dio detalles que indicaban que de verdad había estado leyendo todas mis columnas. Podía recitar algunos párrafos casi de memoria, como si los hubiera estudiado. Sorprendidísima por la idea nueva, inesperada, *a Jaime Galante le gustan mis columnas de verdad*. Yo era la última paciente que tenía ese día y no nos dimos cuenta de que habían pasado cuarenta y cinco minutos desde que había terminado el tratamiento del lunar hasta que golpeó la puerta su secretaria.

—Doctor, ya son las ocho y media, ¿lo espero y salimos juntos?

Los dos nos miramos intrigados, ¿a dónde habían ido esos minutos, esos cuartos de hora? ¿A dónde viajaba el tiempo cuando nos mirábamos? Se nos voló, se nos escurrió entre palabras elegidas y miradas inevitables. Hablamos de cine, de las películas que nos habían gustado, de nuestros guiones y directores favoritos y nos recomendamos algunos títulos. Fue extraño coincidir con él en casi todo. Yo le hablé de Lars Von Trier y él mencionó a Fassbinder. Le conté que dos o tres veces por semana iba al cine sola, que me parecía una dicha inigualable y que de verdad nunca había conocido a alguien que tuviera gustos tan parecidos a los míos.

Durante esa hora que hablamos estuvimos absortos, secuestrados en otra realidad. Casi como si todo alrededor hubiera quedado en pausa, como si el mundo se hubiese convertido en un museo de cera.

Jaime hablaba y yo me sentía en casa.

Nada que no saliera de su boca era importante para mí en ese momento. Nada donde él pusiera su mirada iba a tener jamás el mismo sentido. Las palabras que salían de la boca de Jaime eran lazos de seda que me envolvían el cuerpo y el cuello y me atraían hacia él, suaves y delicados. Todo lo que decía le quedaba bien.

Se levantó para ofrecerme un café pero comenté que de verdad se había hecho tarde y también dije: *pero te juro que me quedaría hablando toda la noche*. Me arrepentí enseguida. Volvió con dos vasos de agua fría del dispenser y esta frase: *vamos a tener que brindar por este*

encuentro otro día, porque con agua da mala suerte.

Bajamos en el ascensor con la secretaria y yo hubiera jurado que iba a besarme, pero no. Un caballero. Me abrió la puerta de entrada y me despidió con un beso en el lunar, beso que casi me rozó la boca. Floté hasta mi auto.

A mí me resultaba inexplicable y maravilloso que este cirujano respetado en congresos, *una Eminencia de Nuestra Ciudad*, decían los diarios, dijera que mis columnas eran inteligentes. Así que decidí creer que sólo estaba queriendo tener algo conmigo, como con muchas de sus pacientes, como con Andrea la Tetona, seguro. Me calmé, intenté olvidarme de Jaime hasta la próxima consulta cuando iba a exterminar para siempre el lunar que descansaba al lado de mi boca. Pero olvidarme de sus moditos y su suavidad, de esas manos tiernas y delicadas, olvidarme de esa voz profunda y grave no iba a ser fácil. Iba a ser difícil cuando a quien tenía enfrente era Gustavo. Un homo sapiens sin evolución. Un señor que quería que yo me hiciera las tetas para tener más valor de mercado, un señor que no sabe quiénes son Von Trier ni Jacques Brel. Una miseria, apenas un residuo, comparado con Jaime. Gustavo ahora me parecía bruto, machista, no violento pero despectivo. Para él yo nunca escribía lo suficientemente rápido o lo suficientemente bien. Lo que yo hacía, y lo que era, nunca estaba a la altura de sus expectativas. ¿Por qué toleraba estas exigencias?

Pero llegó el día de la tercera y última consulta con el Dr. Galante. Me puse un jean nuevo y me compré una camisa para esa ocasión especial. Me maquillé con dedicación y me peiné con esmero. Quince minutos antes yo ya estaba sentada en la sala de espera escuchando a otras pacientes hablar y hacer silencio cuando se abría su puerta. Las quería echar a todas.

Me llamó por mi nombre. Dijo: *Helena*.

A las demás las llamó por apellido pero no a mí, yo era especial. Me recibió con un abrazo que duró unos segundos más que lo habitual y enseguida pasamos a la camilla. Me preguntó vagamente cómo había estado mi semana, si me había molestado de alguna manera el lunar pero no hablamos sobre mis columnas, ni hablamos sobre películas ni nos quedamos tiempo extra después de la extracción final del lunar.

Terminamos, dijo, y sonrió brevemente. En sus ojos noté una oscuridad que quizás fuera cansancio. Me pregunté si estaría triste o exhausto, a veces esas miradas se confunden, pero cuando me animé a preguntar él habló encima mío. Dijo: *ya estás, quedó perfecto. Terminamos entonces*, y se levantó. Su urgencia me tomó por sorpresa y no supe cómo decirle que lo quería volver a ver, que si pudiera me inventaría otro lunar para que me extirpase. Cientos de lunares. No pude decirle que haberlo visto estas últimas semanas había sido un oasis, la gloria, lo mejor de mis días. Que con nadie podía hablar como con él, que las palabras de nadie tenían tanto peso como las suyas. Que en su abrazo quería quedarme a vivir. Nos despedimos y ya en el ascensor un nudo molesto se me había instalado en la garganta: era la angustia de saber que no lo volvería a ver.

tres

Casi lloré camino a casa. Anduve perdida, a ratos indignada, a ratos triste. Me había vuelto a sentir chiquita, poca cosa. Al llegar abrí la computadora de mala gana.

Tenía un mail: *Vos y yo nos debemos un café. J.*

Pero ese café que nos debíamos tuvo lugar recién cuatro meses después, cuando me pareció que sabía lo suficiente de él y que estaría a salvo si nos encontrábamos. Todavía seguía viéndome con Gustavo, siempre atento a mis descuidos cibernéticos. Lo encontré husmeando mis notas, mis mails, mis anotaciones personales. Gustavo olía algo fétido sin saber que el que estaba podrido era él.

Jaime y yo no tomamos ese café que nos debíamos porque me acobardé. Caer en el educado embrujo de Jaime me iba a hacer dejar a Gustavo, ya lo sabía. Era un cambio de vida. ¿Me animaba? ¿Iba a poder?

Aunque Jaime me insistió por correo varias veces, no le di mi teléfono enseguida. Creo que eso le gustó, no sé cómo habrá pasado con vos. No sé cuánto tardaste en caer embrujada; yo enseguida me di cuenta de que Jaime es un hombre al que las cosas le cuestan poco y las mujeres mucho menos. Pero vos también caíste, así que sabés de qué embrujo hablo. Yo sabía, por la experiencia en el consultorio, que su voz tenía en mí un efecto encantador. Todavía podía controlar cuánto me afectaba lo que leía en los mails, pero no estaba muy segura de poder controlarlo por teléfono, así que pese a su insistencia en casi cada correo, no le pasé mi número, incluso cuando él ya me había pasado el suyo.

Fueron semanas de escribimos todos los días, contándonos pequeñas historias que nos iluminaran las identidades. Yo le conté cómo me estaba costando terminar la facultad y escribir en el diario al mismo tiempo, cómo me costaba también mantener una relación que de sentimental ya no tenía nada. Le conté que estaba frágil, que creía que el amor no era para mí, bueno, eso seguramente ya lo había leído en mis columnas. Me dio mucha vergüenza que supiera de mí, de mi dolor profundo, del vacío que nunca nadie pudo llenar y con el que me resigné a vivir.

Ya sé. Solamente tenía 22 años pero estaba convencida de que el amor no pasaba sino una vez y yo ya me había gastado ese cartucho; había amado hasta los huesos y dejado casi mi vida hacía unos años. Sabía que mis días con Gustavo eran durar, sobrevivir, salir anestesiada de los tiempos del negro absoluto, del dolor más intenso jamás padecido. De alguna manera yo sabía que Gustavo no me quería demasiado pero de todos modos yo lo visitaba y comíamos juntos y, que sé yo, tenía la esperanza de que en algún momento pudiésemos armar una vida juntos.

Sus correos eran mucho más largos que los míos y yo los disfrutaba como si fueran una serie de tv. Me contaba de sus primeros años en Los Hornos, de su infancia pobre; me contó que de adolescente consiguió trabajo en la costa en una heladería y así conoció el mar. Me explicó por qué esa changa en la heladería le abrió la cabeza para siempre.

Desde ese momento nunca dejé de laburar, le temo al abismo de la pobreza, me escribí.

Me contó de una madrugada de verano cuando tenía ocho años. Se había despertado con sed y de camino a la cocina a buscar agua, se tropezó con un bulto en el piso.

Era un bolso. Lo había armado su madre. Se iba a ir. Un hombre le había prometido una vida

mejor.

Me salió un laburo de noche, mintió, y nunca la volvió a ver.

Ese recuerdo todavía hoy lo avergüenza tanto, lo enfurece tanto, que prefiere creer que está muerta. Nunca la buscó siquiera en redes sociales. Prefiere contar que murió de un aneurisma frente a sus ojos. Duele menos, dice siempre.

Mientras tanto papá salía a changuear por horas en los barrios más elegantes de La Plata pero pocas veces vimos dinero, eran más las que se jugaba el sueldo en el bingo de la diagonal 80. Cuando era muy chiquito me llevaba a pedir monedas a la puerta del bingo y cuando juntaba un buen montón, Papá me premiaba con unas palmaditas en la cabeza y me regalaba dos o tres para que probara suerte en las maquinitas. Nadie podía culparlo, pobre viejo. Me cocinaba a la madrugada y desaparecía todo el día. Cuando terminaba el turno cortando el pasto de las quintas de los ricos, o haciendo pequeños mandados, se tomaba el micro hasta la diagonal y ahí a veces sentía que estaba vivo, que podía quizás con un golpe de suerte, sacarnos del agujero.

Cuando su padre ya fue grande, 88 llegó a tener, a duras penas cobraba una jubilación mediocre, pero él lo ayudaba todos los meses. Cuando por fin ganó popularidad como médico cirujano, cuando mereció el renombre que tiene y consiguió la cartera de clientes más exclusiva de la ciudad, quiso trasladar a su padre a un hogar donde pudiera convivir con gente de su edad, donde lo cuidarían todo el día. *Pero el viejo es mañoso, prefiere estar en su casa ahora que no la puede disfrutar. Ahí anda, recién operado de la cadera porque se cayó queriendo ir al baño. Ahora anda en silla de ruedas el pobre, todavía espero que cambie de opinión.*

¿No te llamó la atención que no se hubiera casado? ¿Que no hubiera tenido pareja estable hasta que llegué yo? ¿A vos sí te hizo ruido o tampoco lo pensaste? Con la historia trágica de sacrificio y pobreza, con la fuga de su madre y la temprana decadencia de su padre, yo justifiqué su soltería. Él mismo la justificaba: dijo que no podía ocuparse de otra cosa más que de hacer dinero, tanto le temía a la pobreza, al hambre.

Nunca le faltaron mujeres pero ninguna que quisiese presentar como su pareja. A mí a los 22 años esto no me extrañó, no me resultó una señal de alarma. ¿Con vos también lloró contándote la historia de su madre? ¿Te contó la de sus cinco amantes simultáneas que lo ayudaron a sostenerse en pie cuando la vida le parecía un lugar sin sentido?

Te escribo, te leo y casi puedo escucharte. Creeme, Helena, cuando te digo que ya empecé a escribirles a mis mujeres. Ya les expliqué escuetamente que no tienen que contactarme más, yo sé que quiero estar con vos. Lo sé profundamente. Lo sé ahora que ni siquiera nos dimos un beso. Ahora que no sé cuándo voy a volverte a ver, ahora que no hay nada que me importe más que entregarme a sentir. No sé qué me hiciste pero creeme que me estoy deshaciendo de los colgajos, de los piojos y los resabios del pasado. Es la primera vez que pienso en una mujer y me estremezco, tiemblo como un adolescente boludo. La primera vez que a los cuarenta me siento de treinta. Sé que nos conocemos poco y sé que es precipitado, pero te quiero en mi vida. Lo vi en tus ojos, lo veo todos los días cuando te escribo las cosas que no sabe nadie de mí. ¿Vos lo ves?

Quisiera salir del espiral destructivo de los excesos, del vaivén del quirófano perfecto al hastío de los cuerpos y otra vez al quirófano perfecto. Quiero abrazar porque amo y no para que se callen. Quiero saber que soy capaz de sentir lo que no me permití jamás. A veces siento, Helena, que tu juventud me llega como en una transfusión, deformación profesional, ya sé.

Mi médico y escritor favorito. Mi Scherezade barbudo. Eran las mil y una amantes clandestinas que Jaime usaba para eclipsar el dolor de sentirse abandonado por su madre y

descuidado por su padre. Un dolor de niño estancado en el adulto en que se convirtió. Un huérfano. Pensé lo obvio: entre todas esas mujeres sólo quería encontrar una madre.

Se le hizo costumbre hablarme de sus mujeres como parte constitutiva de su historia de soledad; historias de mujeres que cuidaba como a perritos encontrados, mujeres caídas en desgracia. ¿Vos también te sentiste contenta cuando te contó mentiras sobre mí? ¿Pensaste *qué falta de respeto, qué violación a la intimidad* o te sentiste superior, delirando de felicidad, porque no eras una de ellas, porque él confiaba en vos?

Seguramente también te habló de sus amantes, y de mí, con un nivel de detalle escandaloso: lo que nos gustaba en el sexo, los traumas de una, los abusos de otra. O la historia de la amante provinciana, pobre y prostituida, que él ayudó a salir de la marginalidad, primero cogiéndosela y luego ofreciéndole trabajo como secretaria en el consultorio. O la de la muchacha extranjera a la que le prometió una relación seria pero siguió siendo su amante: ella se casó con otro pero se seguían encontrando como viejos amigos a charlar y a coger. Otra era una empleada suya de quien pensó que quizás podía enamorarse pero quedó solo en sexo. Y así la lista interminable de mujeres y las razones por las que necesitaban ser salvadas y sobre todo el cuento de cómo las salvó. Hasta ahora un Robin Hood, un superhéroe platense.

Me quebró, le creí. El recuerdo de su mirada honesta, de su tacto suave, de su voz arrulladora me tomaron la voluntad. Entró. Jaime con sus historias ya estaba adentro mío. Un niño grande que buscaba un abrazo, curar las penurias de chiquito. Pensaba: quién sabe qué cosas no me contó por pudor o porque no supe cómo alentarlo. Cuánto más queda por saber.

Quise alejarlo, poner distancia, concentrarme en Gustavo, pero no, sin tocarme, Jaime ya me había invadido.

Escribí por fin el mail con mi número.

Nos debemos un café, ¿cuando saldamos la deuda? H.

cuatro

La noche estaba nublada, amenazaba con llover en cualquier momento y sin embargo, a mis amigas y a mí nos pareció una buenísima idea salir a tomar algo. Éramos cuatro o cinco compañeras del colegio. Nos juntamos en una casa, nos subimos todas a mi auto, en ese momento era la única que tenía uno, y estacioné en la calle 5, frente a un bar ahora inexistente llamado The Smiths. Después de una hora charlando y tomando Coca Light, sonó mi teléfono. Cuando vi un número desconocido se me aceleró el corazón. *¿Es él? ¿Atiendo?*

Sentía que la voz y las piernas me iban a fallar mientras salía del bar ruidoso a encontrar algo de calma afuera. El corazón agitado, como si se me quisiera escapar del cuerpo. Para cuando logré salir del bar que estaba atestado de gente, la llamada ya se había terminado y en lugar de llamarlo, volví a entrar. Me sentí aliviada: mejor así, mejor dejarlo virtual. Pero cuando me acomodé de vuelta en la barra con mis amigas, el teléfono volvió a encender su luz verde y esta vez corrí hasta la puerta a los empujones, como si de atender ese llamado dependiera mi vida. Cuando atendí el teléfono, en simultáneo sonaron mi *hola* y un trueno ensordecedor, y llovió a chorros como en las películas malas. Por supuesto que era la lluvia que en las películas vaticina que a partir de entonces todo va a ir en picada, pero fallé viendo las señales. Estaba demasiado emocionada: iba a hablar con él después de meses sin escucharlo.

Empapada, hablé con él en la vereda durante cuarenta y cinco minutos encantada por el canto de mi sirena favorita. Me contó que estaba volviendo a su casa después de una cirugía intensa y se detuvo en los detalles técnicos. Yo estaba mojada y temblando de frío, o de los nervios, pero nada me importaba más que escucharlo hablar de su trabajo con tanta pasión. Me agradeció que le hubiera dado mi número, me dijo: *¿viste que no te iba a pasar nada si hablábamos?* y yo sonreí como una imbécil, aunque estuviera incubando una neumonía y él no pudiera verme. *Por fin te rendiste. Me hiciste sufrir, ¿eh? No sabés cuánto necesitaba hablar con vos, no sabés lo que lo disfruto*, dijo.

Hablamos lo que parecieron cinco minutos pero cuando volví con mis amigas, además de destacarme la cara de idiota que portaba, me retaron porque había desaparecido tres cuartos de hora. *Ya nos íbamos*. Volví a casa manejando sin prender la radio, todo lo que sonaba en mi cabeza era el recuerdo de su voz grave diciendo *prometeme que me vas a atender el teléfono, chiquita. Y que me vas a aceptar el café que nos debemos. No te me vas a escapar*.

Se lo prometí porque me sentí presionada, porque no supe decir que no y bancármela. Se lo prometí pero todavía tenía algunos miedos. Me parecía más que suficiente escribirnos emails, como si fuesen cartas antiguas. Jaime escribía con destreza, como nadie que yo conociera. Deberíamos haberlo dejado ahí, un amor por carta, a la antigua, inofensivo. Pero Jaime podía ponerse insistente y me sugirió que si disfrutábamos tanto de escribirnos, mucho más íbamos a disfrutar conversando en persona. Algunos cuantos emails más tarde, nos encontramos.

30 de diciembre en La Plata, una ciudad casi abandonada. Los estudiantes habían viajado de vuelta a sus pueblos para compartir las fiestas con sus familias. Los que vivíamos en la ciudad nos escapábamos a los suburbios, a las quintas con pileta, a las casas de amigos en City Bell o Villa Elisa. Así, con calor, humedad y el nuevo año pisándonos los talones, me pidió que dejara el auto sobre 51. Lo vi llegar y estacionar enfrente de mí, me tocó el vidrio, me abrazó y

caminamos hasta el bar más turbio de una ciudad que a su lado parecía nueva. Entramos de la mano al bar subterráneo del Teatro Argentino.

El bar del teatro, ahora me doy cuenta, era el lugar perfecto para un encuentro furtivo. Estaba lleno de viejos bizarros y personalidades de la política teniendo conversaciones de lo más turbias. Las charlas se daban siempre *sotto voce* y ninguno miraba a nadie.

Yo, deslumbrada por los conocimientos intelectuales y médicos de Jaime, me sentí especial, como si me hubiera transportado a un tiempo al que no pertenecía. El bar era un lugar mágico, no me importaron los viejos o el hecho de que hubiese elegido encontrarse conmigo en un bar casi clandestino, como ratas.

Esa tarde (decime si te pasó también, confirmame lo que sé) Jaime me hizo sentir superior. No había ninguna mujer como yo, porque a ninguna mujer la miraban esos ojos. Me hizo sentir la mujer más hermosa, la más talentosa. La mejor periodista, la mejor educada. Salió todo de su boca y no tuve dudas, si el Dr. Galante lo afirmaba, tenía que ser cierto. No podía creer que aún sabiéndolo todo de mí, habiendo leído todo sobre mí en los correos —los desamores, las tristezas, lo rota que estaba— todavía le pareciera atractiva. Después de todos esos mails contándole mis fracasos con exparejas, lo mucho que me había dolido separarme de mi primer novio, lo rota que llegué a la mayoría de edad, él sigue pensando que yo soy una gran mujer, él me elige a mí por sobre las demás. *¿Qué me hacés, chiquita? Con vos vuelvo a tener veinte.*

Jaime me hizo reír y sonrojarme, me escuchó con oídos atentos, me acarició con su prosa y con los ojos me prometió que nunca jamás me iban a amar tanto como me podía amar él. Hizo promesas con gestos pequeños, con frases soltadas sin querer, con la mirada honesta. Y yo me abrí como una naranja chupada y le ofrecí lo que quedaba de mis gajos.

Acostumbrada a los tipos de mi edad, inmaduros, fanáticos del rock nacional, la televisión y la Play Station, Jaime se revelaba ante mí como el paraíso prometido. Un hombre inteligente, mayor y buenmozo, que se había cansado de coger con cualquiera porque eso le generaba vacío. Le había llegado la época de deshielo a este hombre que nunca había amado. Nos tomamos las manos, nos miramos con intensidad y el mundo alrededor nuestro por unas horas dejó de existir. No había más que él y yo, que su mirada y la mía. Nada afuera de nosotros tenía sentido.

Yo no soy perfecto, lejos estoy de serlo. Pero te voy a cuidar de todo y de todos mientras pueda.

Y yo, la niña rota, acepté el trato.

cinco

En aquella primera cita, después de sacar su libretita y su lapicera y escribirme unos títulos de libros y películas que debería buscar porque *te van a encantar, fueron escritos para vos*, me acompañó caminando hasta donde estaba mi auto. Antes de arrancarlo me tomé unos minutos para entender todo lo maravilloso e inesperado del encuentro con Jaime. Fue imposible disimular mi sonrisa cuando quedé sola, pensaba *no puede estar pasándome esto, tiene que ser mentira*. Las similitudes con Jaime eran demasiadas, éramos gemelos perdidos. Por fin alguien me conmovía. Alguien, por fin, era candidato para deshelarme.

Mientras volvía a mi casa, maravillada porque no había querido darme un beso ni me había tocado un solo pelo, cosas que no podía esperar del resto de los hombres que conocía entonces, me llamó por teléfono. Y así inauguramos nuestros años juntos: cada vez que tenía que viajar en auto, aprovechaba para llamarme.

Se acercaba el 31 de diciembre, el brindis con champán, los encuentros familiares, los abrazos, emotivos o de puro borrachos, la despedida del año y el turrón con avellanas. Pero antes llegó un mensaje de Jaime: *no quiero terminar el año sin volverte a ver, chiquita*. Impregnada con la idea de haber encontrado a una persona que cabía perfectamente donde hasta entonces solo había vacío, a un hombre que por fin me interesaba, no lo pensé dos veces y respondí *almorcemos juntos*. Cuatro meses de hablar todos los días nos habían dado una confianza que todavía costaba reconocer cuando nos encontramos por segunda vez, pero nos abrazamos fuerte y nos olimos como cachorros. Nos tomamos de la mano y así pasamos, entre cafés e historias en un restaurante de City Bell que ya no existe, el último día del año juntos, y fue un poco como prometernos que era la última vez que íbamos a estar solos. Ahora éramos uno, lo quisiéramos o no. No había ni él ni yo, sino nosotros.

Aunque nos transpiraran las manos, un poco por el verano y mucho porque estábamos nerviosos o enamorándonos, no las separábamos. Sentados a la mesa en ese bar, pasaban las horas y los cafés pero lo que siempre quedaba estático era el deseo de nuestras manos por enlazarse.

Desde mi cabeza, o quizás desde las tripas, algo latía a un ritmo conocido: *salí de ahí, Helena, salí ya, no te metas en esta*. Era mi parte animal, un primitivo instinto de conservación, la que me sugería que había posibilidades de terminar convertida en otra de sus mil y una mujeres insignificantes. Pero adicta a todo lo que me hiciera sentir bien, me quedé.

Las manos entrelazadas, como si de eso dependiesen nuestras vidas. No había más que su mirada y la mía, no existían los otros. Habían quedado detenidos en el tiempo del mundo que no era el nuestro. No me di cuenta de que muchas de las cabezas estaban giradas hacia nosotros, algo era atractivo para los demás comensales, hasta que él se excusó para ir al baño. Creí que lo miraban a Jaime, que quizás lo habrían reconocido por su labor como cirujano, pero hoy sé que miraban porque un señor de cuarenta y dos años estaba secándose las lágrimas amarrado a una chiquita de veintidós que podría haber sido su hija.

No quiero salir nunca de esta burbuja, dijo. La gente se movía a otra velocidad y era evidente que nadie era tan feliz como nosotros, que nadie se agarraba las manos con tanta intensidad como nosotros. Las ganas, la necesidad, que teníamos de besarnos nadie la había

experimentado jamás. Eran nuevos los deseos, los estábamos inaugurando. Nadie se había sentido como nosotros, nunca. No nos importaba estar con nuestras familias el día que se terminaba el año, queríamos estar juntos porque entonces éramos familia, queríamos hablar y mirarnos con intensidad, como si hubiésemos aceitado el mecanismo que nos impidió toda la vida funcionar correctamente.

Ese último día del año confirmé que era *él*, que me había topado con la persona que iba a cambiar mi vida radicalmente. Es una pena que mi predicción haya sido correcta.

Pese a los espectadores que nos acompañaban esa tarde de diciembre en el café, me contó llorando cómo su infancia desde ese momento se volvió una verdadera mierda. Fue uno de los momentos más desesperantes de la tarde. Mis ojos rebasaban de lágrimas como en una película de Tarantino mientras Jaime lloraba con más reserva. Nunca dejamos de mirarnos y yo sentí que por primera vez me veían. No necesité más para entender que hacía meses que lo amaba y que la comunión que celebramos ese día se parecía mucho más al amor que mil promesas y mil bodas.

Ya se hacía tarde y ambos teníamos que asistir a los festejos de año nuevo, yo con mi familia, él con amigos. Caminamos de la mano las dos cuadras que separaban el restaurante de mi auto. Se acercó lento hasta mí, me agarró suave la cara y me besó. Yo me elevé dos centímetros del piso, otra vez estaba flotando. Después se llevó dos dedos a la boca, los humedeció con la lengua y los estiró hasta mí, dejándome una marca de baba en diagonal en el pecho, debajo de mi remera. Dejó su dibujo en mi cuerpo, me marcó como a una caverna. Su marca rupestre me dejó confundida y erotizada. *Ahora no te podés escapar.* Y yo ya le pertenecía.

seis

Quiero que estas sean las últimas fiestas que pasamos separados. Sonreí iluminada por la luz azul de la pantalla, había una única certeza: no era indiferente a sus letras y no podía escaparme de su voz. Lo otro no era una certeza, era más bien una duda, una pregunta que no podía ser formulada en voz alta: ¿es cierto esto que nos pasa? Yo lo sentía real como una trompada, ¿pero él? No le contesté nada sobre pasar las próximas fiestas juntos porque yo todavía tenía que resolver mi situación con Gustavo. Necesitabairme lejos a pensar, dejar de hipnotizarme con sus urgencias. Pero si no le contestaba, al otro día tenía un correo lleno de preguntas: ¿estás bien?, ¿pasó algo? O: no disfruto de los días que no me escribís, siento que estamos lejos y te extraño. Siempre que puedo me escapo del consultorio a ver si me escribiste y no hay nada. ¿Qué pasa?

Ese verano decidíirme a Pinamar con mis primas por unos días, necesitaba pensar lejos de Jaime. No llevé mi computadora creyendo que podía sobrevivir a la distancia. Siete días sin él se sintieron eternos, así que antes de volver a La Plata, una noche desesperada, corrí a un locutorio a buscar internet como un beduino buscando agua en el desierto. Tenía cinco correos, todos preguntándome dónde estaba, si estaba bien, si me había arrepentido. El último correo rezaba: *hasta acá*. Que no quería ser mi amante. Que era claro que yo no iba a dejar a mi novio y que a él de amante no lo iba a tener, porque nosotros *podíamos ser héroes*. Le contesté triste pero aliviada que me parecía bien, que dejáramos entonces de hablarnos y que lo lamentaba mucho. Y coincidía en algo, pudimos ser héroes.

No dejé hilos de los que él pudiera tirar para deshacerme el alivio y sentí que me había escapado a tiempo de una habitación que contenía una bomba. Pero después de quince días de silencio que toleré de pie, volvió.

*de: Jaime G.
para: Helena M.
fecha: enero 2016
asunto: hasta acá*

No sé si tomamos la mejor decisión. Me tomé unas vacaciones para no pensar en nada pero a veces me encuentro rumiando como una vaca, mirando el cielo, el atardecer o los pájaros. Cualquier cosa me distrae de donde estoy y todo lo que pienso siempre termina en vos. Ojalá estés bien, yo te extraño.

J.

Le escribí: *¿qué querés conmigo?* y contestó: *todo menos esta distancia. Dejame que te cuide*. Con Gustavo la relación se pudría a pasos agigantados y mucho tenía que ver con lo que me hacía sentir Jaime. Entender que había algo más que una relación mediocre, que elegir otra cosa estaba en mis posibilidades, me llevó a pensar cómo hablar con Gustavo, como terminar de destruir ese lazo que habíamos cultivado, mal y a veces peor, durante años.

Una tarde de marzo, llegó a casa un sobre a mi nombre. El remitente, «Clínica Galante de Cirugía y Medicina Estética» y adentro del sobre un pasaje de avión para el lunes siguiente.

Jaime me pasó a buscar con un taxi por la puerta del edificio y saludé a mis padres apurada. Les mentí que me iba de vacaciones con una compañera de la facultad, que había cambiado los pasajes por puntos de la tarjeta. Cuando le vi los ojos celestes, otra vez transparentes y amorosos, supe que había tomado la decisión correcta, no me permití dudar del viaje ni un segundo más.

En Lima ensayamos la vida que queríamos tener juntos en La Plata: recorrimos barrios, compramos libros, nos sentamos en distintos cafecitos a leer y a mirarnos. Jaime acudía a sus compromisos laborales y yo lo esperaba en la piscina del hotel o en la playa. *No te vayas a escapar*, me decía sonriendo antes de irse a la siguiente conferencia. *Prometeme que vas a estar cuando vuelva*. ¿Cómo iba a escaparme de las mejores vacaciones que había tenido? ¿Cómo iba a poder alguna vez desprenderme de este hombre que me hacía sentir que la vida valía la pena?

A la noche en un restaurante probamos comida típica del país, tomamos un trago en un bar de Barranco y Jaime me explicó paso por paso todo acerca de los sabores y las técnicas de la cocina peruana. Comimos papas a la huancaína y discutimos con los lugareños acerca de los orígenes del pisco. Compramos leche evaporada para llevarnos a Argentina y nos besamos en el malecón de Miraflores frente al mar. Yo estaba anonadada por tanto conocimiento y la gentileza de sus palabras. Nadie en la vida se había dirigido con tanto amor y cuidado hacia mí. Cruzamos el puente de los suspiros de la mano y conteniendo la respiración, porque la leyenda dice que así se cumplen los deseos de amor que se pidan al atravesarlo. Lo hicimos solo como anécdota, nos dijimos que ninguno deseaba otra cosa más que estar juntos y felices. Les pedimos a otros que caminaban por la calle que nos tomaran fotos juntos, nos contamos anécdotas humillantes, nos reímos de nosotros y yo sentí que nos pasaba lo mismo a los dos. Esa noche en el malecón sentí que nos habíamos enamorado.

Nuestra habitación del hotel Los Delfines tenía dos camas king. Pero en nuestra primera noche durmiendo en la misma habitación no tuve dudas: quería dormir con él, quería abrazarlo y olerlo. Cuando salió de bañarse yo ya me había puesto una remera suya a modo de pijama. Se sentó en la cama al lado mío y me hizo masajes en la espalda mientras tarareaba un tango grotesco y gracioso. Después de reírme mucho me relajé y me quedé dormida en nuestra primera noche juntos, quizás por la pastilla que había tomado por el miedo a viajar en avión, quizás porque me habían relajado sus masajes. Quizás me quedé dormida para que él nunca parara de acariciarme el pelo y de susurrar su tango. Quería cambiar mi domicilio permanente adonde me llevara su caricia suave y protectora.

A la mañana me despertó con besos e hicimos el amor por primera vez y fue inexplicable que supiera sin conocerme dónde, cómo y cuándo tocarme. Con qué intensidad y por cuánto tiempo. Fue como si me hubiera leído en un manual de instrucciones, vibramos juntos y nos miramos a los ojos sin podernos creer. Cada vez que pasaba sus manos por mi cuerpo me generaba una especie de electricidad que me acompañó desde entonces y para siempre. Fue generoso conmigo, me hizo gritar y relajarme y volver a gritar y volver a relajarme y volver a aferrarme con las uñas a su espalda. Cuando terminamos, nos acostamos los dos a mirar por la ventana el cielo limeño y yo deseé quedarme en pausa ahí para siempre.

siete

¿Y si nos mudamos juntos? ¿Me acompañás a buscar un departamento que nos quede bien? Algo a mitad de camino entre la facultad y el consultorio. Fue inesperado y quizás prematuro pero lo sentí correcto, lo sentí adecuado, no lo dudé un segundo. Senté a mis padres, les dije que había conocido a alguien y que me iba de casa. Él insistió que quería conocerlos: *Es hora, soy un hombre adulto llevándose a la nena... por lo menos estemos seguros de que no me quieren asesinar.* Días después comimos juntos, mis padres y mi hermano, Jaime y yo, y con alegría comprobé que encajaba en mi familia como la pieza que había estado faltando siempre sin que nadie lo advirtiera. En cambio, había una pieza que sobraba. Tuve que encontrarme con Gustavo una última vez para decirle que estaba viendo a otra persona. Enseguida intuyó que se trataba de Jaime, dijo que lo vio en nuestras miradas aquel primer día en el consultorio. También dijo: *ese tipo tiene mala fama, fijate con quién andás,* se levantó y me dejó hablando sola. Yo entendí que eran palabras de envidia o decepción, ¿qué podía saber él de Jaime?

Mis padres recibieron a Jaime en casa como si fuera un conocido de toda la vida, charlaron, se rieron y tomaron whisky. Jaime le contó a papá que íbamos a alquilar y que teníamos el problema de la garantía pero enseguida mi viejo se ofreció de garante. Conseguimos un departamento prolijo y a estrenar en zona norte y fuimos felices decorándolo, buscando sillones, espejos, cuadros, camas y mesitas de luz. Nuestra vida como pareja oficial se había puesto en marcha. Compramos juntos y de la mano, televisores y computadoras, utensilios de cocina y un gato siamés. Estábamos armando una vida juntos.

Temprano a la noche, cuando yo ya no estudiaba y él quedaba libre, caminábamos al cine o a la librería de la mano. Otras tardes visitábamos museos o exposiciones de arte en Buenos Aires. Nos divertíamos jugando a conocer la ciudad, corriendo en los circuitos, andando en bicicleta e imitando los paseos de los turistas. Teníamos que conocer la ciudad de nuevo, porque nosotros no éramos los mismos.

Durante semanas caminamos abrazados, nos besamos en la calle, nos contamos chistes tontos y discutimos sobre literatura, porque nos gustaba a los dos, y sobre medicina, porque a él le apasionaba y a mí me enamoraba escucharlo. Fantaseamos con casarnos en la catedral y con vivir en una casa grande llena de niños. En esa época fui por primera vez consciente de la felicidad. Es evidente que podemos detectar el malhumor y la tristeza. Es más difícil ser consciente del júbilo, la despreocupación y la felicidad. Nada me importaba más que Jaime. Nada afuera de nosotros tenía ninguna importancia y nos daba mucha pena la gente que no era nosotros.

Fuimos felices en el cine viendo películas independientes y de las comerciales, escuchando la orquesta del Teatro Argentino y haciendo karaoke en un cantobar. Viajábamos los fines de semana a la ciudad de Buenos Aires y de tanto visitarlo nos sentimos un poco dueños del Barrio Chino. Era nuestro, lo decidimos una tarde tomando té en una casita de la calle Arribeños. Leímos los borradores de mis notas nuevas en *La República* y las obras de Puig. Me aprendí algunos tangos de memoria y traté de cantarlos con él. Fuimos a recitales y a encuentros literarios. Lo hicimos todo porque éramos todo.

Juntos éramos auténticos, no teníamos nada que nos avergonzara frente al otro. Ahí estaba

nuestra libertad: no había límites para nuestra confianza. No había ningún secreto que yo no le hubiese contado porque no había intimidad que no pudiera confiarle. Mientras, los días pasaban rápido: él trabajaba larguísimas horas, casi todo el día, y yo me quedaba en el departamento nuevo preparando mis columnas y estudiando para rendir mis últimas materias en la universidad.

Uno o dos meses después, *La República* me becó para asistir a un seminario para escritores jóvenes en Colombia. La convivencia con Jaime no había sido larga pero sí algo adictiva por lo emocionante, así que lo invité a que me acompañara. Fue una época donde todo lo que hacíamos era lo más divertido del mundo y todas las personas que no fuésemos nosotros nos parecían mediocres, gente que no sabía disfrutar la vida, que no amaba con la intensidad que amábamos nosotros, que nunca se iba a sentir así, gente que no sabía lo que se estaba perdiendo. Gente tibia que desconocía lo que de verdad eran la pasión y el desborde. Jaime postergó todas sus cirugías, dejó todo para acompañarme a Bogotá.

Una vez en el avión, cuando ya nos habían retirado las bandejas con la comida, se levantó para ir al baño, no sin antes tomarme de la mano y preguntarme si me reuniría con él en un minuto. Si él estaba al lado mío, yo me volvía intrépida. Nos metimos en el baño del avión, me enfrentó al espejo, me tomó fuerte por atrás y lo empañamos. No teníamos vergüenza ni miedo de que nos encontraran, nada nos importaba más que estar juntos. El sexo siempre era intensísimo, casi una cuestión de vida o muerte. Terminamos abrazados y transpirados y volvimos a nuestros asientos con miradas cómplices. El resto del viaje lo pasamos de la mano, sin poder creer que hubiéramos vivido tantos años en ausencia de esta felicidad absoluta, solamente sobreviviendo.

Teníamos tres días en Bogotá. Yo asistía al seminario unas seis horas y él se quedaba descansando en el hotel, o haciendo llamadas telefónicas a gente que había quedado colgada en La Plata. Teníamos sexo cada vez que yo me iba y cada vez que volvía y también antes de acostarnos a dormir. La conciencia de la felicidad se trataba de confiar y hablar como mejores amigos y coger con la intensidad de los amantes.

Una tarde cuando volví al hotel, Jaime estaba en la computadora enfrascado en un email que le demandaba toda su atención. Nos dimos un beso y me senté en el sillón de la habitación a esperar en silencio a que terminara de escribir para salir a comer. Delante del sillón había una mesa ratona de madera con algunos de mis libros, sus cuadernos desperdigados y la cámara réflex que habíamos usado para retratarnos felices de viaje. Sus dedos seguían trotando sobre el teclado y se me acabaron las cosas para hacer. Encogí las piernas sobre el sillón, tomé la cámara de fotos y me entretuve viendo nuestras imágenes juntos, pero fui demasiado atrás en la memoria de la cámara y la vi. Vi la foto de Jaime teniendo sexo con una chica rubia que enseguida identifiqué como una de sus examantes. La foto anterior en la memoria era de la misma Romina sonriéndole desnuda sobre un acolchado que si no era el nuestro, era su hermano gemelo. Lo escandaloso, lo que me paralizó, fue la fecha en el margen inferior derecho que demostraba que había sido tomada una semana antes del viaje. Ya vivíamos juntos, ya nos daba pena la gente que no éramos nosotros, ya habíamos recorrido la ciudad y habíamos llorado escuchando a Peter Gabriel. Ya nos habíamos dicho que era la primera vez que éramos felices y cogíamos todos los días, así que ¿por qué, Jaime, por qué?

No me costó reconocer a Romina por sus tatuajes y sus tetas enormes que Jaime le había implantado. La cámara me tembló en las manos y lo miré vacía, queriendo gritar pero sin saber qué decir. Volví a mirar la fecha de la foto, volví a ver la imagen del acolchado como para comprobar que fue un error, que en realidad lo imaginé o vi mal. Pero ahí estaba, eran ellos, era Romina y era Jaime. Una decena de preguntas luchaban entre sí para intentar salir primeras de mi

boca, pero no hubo ganadoras. Por un momento creí que me había quedado muda. La estafa fue tanta que sentí que me estaba volviendo loca, que no podía ser, que tenía que estar imaginando cosas. Todo lo que yo tenía como cierto, toda la verdad que me había contado no coincidía con la realidad fotográfica. ¿En qué más me mentía?

Con el hilo de voz que pude reunir malamente, le pregunté sobre la foto acercándole el visor de la cámara. Me mareo, no puedo respirar, ¿dónde fue a parar mi saliva? *Amor, es una foto viejísima*, mintió primero. *Mirá, acá está la fecha y es de la semana pasada*, especifiqué. Ahora su voz era otra, antes cálida y protectora, ahora se le había teñido de rabia. Me habló en tono grave y académico: *Mirá, la foto es vieja y además vos no tenés por qué meterte entre mis cosas. O te tengo que revisar los mails yo a vos a ver qué encuentro. A ver si te seguís viendo con el pelotudo de tu novio.*

Cada vez que intenté volver a hablar, Jaime se aseguró de hablar encima mío para que me sintiera culpable por haber tomado la cámara. Desde su punto de vista yo estaba reaccionando como una loca intransigente y mi reacción a su engaño era más grave que el engaño mismo. No me dejó volver a completar una oración. De un momento a otro estaba sacado, violento, golpeando paredes y amagando a hacer su valija para volverse. Tuve mucho miedo no porque me gritara sino porque le había cambiado la voz, como a los poseídos. Se le había afilado la lengua, se le habían tensado los labios y me preguntó, mirándome con desprecio, si yo era otra de las ratas en las que no se podía confiar.

Me vio confundida y desolada, incapaz de enhebrar una idea para defenderme de su ataque verborrágico. Dejó de hablar encima mío y suspendió el llenado de la valija. En mí se inauguraba un dolor que me tomó tiempo poder nombrar. ¿Ya lo sentiste vos? El dolor de comprobar que los pactos con él son difusos, que no sabés a qué atenerse. El dolor de sentir que de verdad te estás volviendo loca, que todo alrededor es absurdo donde antes solo había serenidad. Que tu palabra siempre está puesta en duda. Que estás confundida, que lo que ves no es real. ¿Ya te hace sentir que estás equivocada? ¿Que estás loca? ¿Sentiste el desgarró de saber que una sola palabra puede desatar su furia? Ese dolor conocido, el dolor de saber que no entendés las reglas del juego, porque es imposible. Es la redefinición permanente de las reglas para que no puedas ganar jamás.

Después del huracán donde volaron prendas y la mesa ratona, se sentó sobre la cama con la cabeza entre las manos. Yo estaba helada en el sillón sintiéndome apenadísima por haber abierto la boca, por haber despertado a un monstruo. Casi consigue hacerme sentir culpable por haber mirado en la cámara lo que no debía. Dijo: *amor, efectivamente esa foto es de la semana pasada, pero quiero que entiendas que amenazó con suicidarse. Entre Romina y yo hace tiempo que no pasa nada real. Te dije varias veces que es una chica muy conflictuada, muy inestable.* Me abrazó. *Perdoname, estuve mal, pero me saca que me revisen mis cosas. Me vas a tener que prometer que no lo hacés más.* Asentí moviendo la cabeza y miré muda la alfombra mientras él me acariciaba la cabeza como a los perros. *A Romina le está costando entender que esto se terminó, pero te prometo, mirame a los ojos, te prometo que ya no la veo más.* Y después: *amor, soy yo. Confía en mí, llegué para cuidarte, no para hacerte daño.*

Cualquier otra hubiera quedado algo rota después de un episodio así pero Jaime me miró a los ojos y me reinició, me juego la vida a que a vos te pasa lo mismo. Es esa mirada clara, llena de sentimiento, capaz de convencernos de que es verano cuando nieva, sé que sabés identificarla. Miente tan bien que te cuestionás tu propia salud mental. No sos la única que le cree. No te preocupes, yo sí te entiendo.

El resto de nuestro viaje transcurrió en paz. Todavía hacíamos el amor cada vez que nos quedábamos solos y me prometió mirándome a los ojos una y mil veces que yo era el amor de su

vida, que nunca se había sentido así. Que yo era la primera mujer que lo entendía por completo y que creía haber estado equivocado toda la vida, que *todo lo que sentí alguna vez por otras mujeres no fue amor, el amor sos vos*.

Yo elegí creer, ¿qué vas a elegir vos?

ocho

De vuelta en La Plata y enamorados como siempre. Éramos invencibles. Nada nos gustaba más que dormir abrazados: nos entrelazábamos las piernas, casi nos anudábamos. En la cama encajábamos como las dos únicas piezas del rompecabezas y por un tiempo todo pareció estar en calma. Desestimé las señales: Jaime anunciaba que bajaba a comprar el diario y volvía, pero tardaba cuarenta minutos. Jaime desaparecía todos los sábados, pero siempre estaba justificado por una complicación en el quirófano, una urgencia de última hora, o con la excusa de ir a hacerle el seguimiento a alguna paciente que había operado en los últimos días. Sus ausencias, sus tardanzas y desplantes siempre bien fundamentados.

Una mañana me desperté con náuseas y casi no llego al cuarto de baño. Malinterpreté el malestar, parecía que estaba incubando algún tipo de virus. El otro síntoma inequívoco era que me quedaba dormida en todos lados: *debo tener bajas las defensas*. Cuando llegó a casa y me vio tirada en el sillón casi sin fuerzas, Jaime me abrazó y me preguntó: *¿no estarás embarazada vos?* Le contesté riéndome nerviosa. Dije que no, que no podía ser. Que era una contractura o cansancio extremo, o quizás eran nervios por los finales que tenía que rendir en la facultad. Como buen médico y mejor novio sugirió que me acercara al hospital Español en la calle 9.

Te acompaño, amor —dijo, te hacés un chequeo, un examen de sangre y nos quedamos tranquilos los dos. No podés estar así de cansada todo el día. Quizás solamente te falta hierro. Dale, vamos y nos quedamos tranquilos.

Nunca me costó demasiado que me convenciera y le agradecí la preocupación. Me llevó en su auto hasta el hospital y entramos por la guardia para que me revisaran. Después de auscultarme y pesarme y tomarme la presión, el médico de guardia me dijo que era posible que solo fuera estrés y una contractura.

—Parece que tenés la salud de una señora de ochenta años. Sacate sangre y vemos por las dudas, ¿dale?

Yo ya me quería volver a casa, pero Jaime insistió con que el examen de sangre era importante, así que acepté. Después de una extracción que creí que me dejaba seca, le sugerí que se fuera a la clínica. Le dije que yo me podía quedar sola esperando los resultados, eran solamente sesenta minutos.

Cuando en el hospital me llamaron por mi apellido, yo ya estaba aburrida queriendo volver al departamento. Desde la ventanilla del área de laboratorio me felicitaron mientras me entregaban una carpeta con el logo del hospital. Contesté *gracias* sin entender... pero ahí estaba. Me levanté de mi silla como una furia y golpeé la puerta del laboratorio:

—No puede ser, ¿es posible que se hayan confundido los papeles?

—No, esos son tus resultados.

Embarazo positivo. Me puse a llorar nerviosa, no estaba en mis planes tener un hijo tan joven. Recién me había mudado con Jaime, nuestra relación estaba afianzada pero me parecía prematuro. No era algo que hubiéramos planeado. Le escribí *necesito que vengas urgente*. Una hora después apareció con una media sonrisa en la cara y me preguntó: *¿qué pasa, chiquita?*

Vamos a tener un bebé, le dije con la poca voz que me permitió soltar la angustia. Nos abrazamos fuerte en la sala de espera. *Va a estar todo bien*, repetía él. *Va a estar todo bien*.

Unas horas más tarde, tomados de la mano en un café del centro, la noticia del embarazo había virado a una visión un poco más positiva: Jaime decía que ese bebé nos iba a hacer muy felices y que tenía que estar tranquila: *Sos la mejor mamá que conozco y todavía no tenés hijos*. Los primeros meses del embarazo fueron encantadores, no cabíamos en nuestros cuerpos de tanta felicidad. Nosotros formando una familia tenía todo el sentido del mundo y si tenía dudas respecto de las examantes que todavía revoloteaban como moscas de fruta, ahora era el momento de ponerlas a un costado para siempre. Pensé que en cuanto supieran que iba a ser papá dejarían de intentar volver con él. Pensé que un bebé podía llegar a acomodar las cosas y las personas y por un tiempo fui feliz.

nueve

¿Te habló alguna vez de Sofía? ¿Te contó la misma historia que a mí? La estudiante de medicina que se enamoró del profesor. Jaime, como médico destacado que sabemos que es, dio clases en la UNLP en su juventud y cuando tenía ganas les prestaba atención personalizada a algunas alumnas. Ya sabés el cuento: la alumna va a pedir ayuda después de clases, el profesor la mira con intención que excede la medicina y terminan enredados, con suerte en una casa, y con menos suerte en el baño de la facultad. Sofía era esta alumna que lo deslumbraba, estoy segura de que ya te habló de ella. Es la única amante a la que casi toma por esposa, a la que casi deja entrar en su vida real. Y la primera mujer, antes de mí, con quien casi tuvo un hijo. Yo creo que si Jaime en algún momento quiso a alguien, fue a ella, pero no pudieron resolver su relación después del aborto. La historia la cuenta él, así que no tenemos cómo saber si es cierta o si está por lo menos cerca de ser real.

Cuando al principio de nuestra relación Jaime me contó sobre sus amantes, estoy segura de que a vos también te tocó escuchar sus historias de mujeres, a Sofía la retrató poco menos que como una loca. Una persona fuera de sus cabales, una obsesiva que hacía tiempo no dejaba de acosarlo por correo y por teléfono, por mensajes de texto y hasta en persona. Disfruta contar el día que Sofía hizo huelga de hambre encadenada a su clínica porque Jaime no le atendía el teléfono y todavía disfruta más contar cómo con dos o tres palabras adecuadas le deshizo las ganas de encadenarse y la mandó en taxi a su casa, sin beso ni abrazo ni palabras de consuelo. *Una loca, una persona inestable, maníaca, depresiva, peligrosa.*

Imaginate mi sorpresa cuando descubrí que Jaime se había olvidado la computadora con su correo abierto. No te voy a mentir, me tentó apenas posar los ojos en los nombres de los remitentes: hombres y mujeres desconocidos haciéndole consultas médicas, promociones de viajes y alertas de alquileres que supongo habrán quedado de cuando buscábamos departamento para vivir juntos. Iba a cerrar la computadora, te juro, cuando vi un destinatario que llamó mi atención. Su correo iba marcado con una estrella, clasificándolo como favorito. No voy a decirte que no abrí el correo porque me propuse contarte la verdad. Una vez que abrí el primero no hubo marcha atrás, tuve que abrirlos todos con el poco pulso que los nervios y las náuseas me permitieron.

de: Jaime G.

para: Sofía F.

fecha: 31 diciembre 2015

asunto: RE: ¿feliz? año

No llores, amor. En un rato te paso a dar un abrazo y unos besos. Que este año no podamos pasarlo juntos significa solo eso: este año. Tenemos todos los días y toda la vida. A veces el laburo nos aleja, pero yo siempre estoy ahí. Y te amo tanto, como siempre.

J.

El 31 dic. 2015 a las 15.04, Sofía F <xxxxxxxxxxx@gmail.com> escribió:

No puedo parar de llorar. No entiendo. Si me amás como decís y como lo veo en tus ojos, como me lo cuenta tu mirada, ¿cómo puede ser que prefieras pasar las fiestas con ella? ¿Te

*amenaza? ¿Qué está pasando?
explicame, llamame, volvé...
Sofía.*

*de: Sofía F.
para: Jaime G.
fecha: 14 de mayo de 2016
asunto: nada peor que esto*

No entiendo, le doy vueltas al asunto y me duele y no entiendo, te juro que lo intento pero no entiendo. ¿Sos boludo? ¿No sabés cuidarte a tu edad que dejás que esta pibita te haga un hijo? ¿Y tus convicciones acerca de no traer niños al mundo? ¿Y por qué con la imbécil está? ¿No estaba loca? ¿Obsesionada con vos? Por lo que me contaste ya era evidente que esa chica estaba mal, muy obvia en quedar embarazada. ¿Cómo dejaste que pasara? Nuestra vida juntos hubiera sido mucho mejor que la que elegiste tener con ella.

Ese hijo era mío, era nuestro. Ya sabés que yo te amo a pesar de todo. Y que sé que el mundo para vos es insoportable, casi sin sentido.

Y quiero estar, como sea. No cierres la puerta. Si pudiéramos con esto, mi Amo!

Dejame que te cuide.

S.

*de: Jaime G.
para: Sofía F.
fecha: 14 de mayo de 2016
asunto: re: nada peor que esto
te amo tanto, siempre. Va a estar todo bien.
J.*

*de: Sofía F.
para: Jaime G.
fecha: 20 de mayo de 2016
asunto: A salvo*

Te conozco hace años y siempre quisiste enseñarme cómo anestesiar me para no sufrir. Hoy te toca a vos. Suerte con tu adolescente inestable y lo que tengas que hacer para dejar de sentir. Ya sabés que cuando la vida de familia se te haga insoportable voy a estar acá esperándote y querré a tu hijo como mío.

S.

*de: Sofía F.
para: Jaime G.
fecha: 3 de junio de 2016
asunto: cómo cuesta dormir*

Me cuesta conciliar el sueño sabiendo que sos infeliz, amor. Todavía no entiendo por qué no decidiste que la pendeja abortara. ¿Me explicás? ¿Qué pésima idea te llevó a creer que la pendeja puede ser una buena madre y vos un hombre de familia?

*de: Jaime G.
para: cabañasintime
cco: Sofía F.
fecha: 7 enero 2016*

asunto: ALQUILER CASA DE VERANO

Carlos, cómo estás? te envío el comprobante de la transferencia por \$8.700 por la reserva que hizo Sofía F. para el alquiler de la casa en la segunda quincena de enero. Te dejo mi contacto para que me mandes acá la factura electrónica. Por cualquier cosa además te dejo mi teléfono. xxxxxxxxx.

Dr. Jaime Galante

*de: Jaime G.
para: Sofía F.
fecha: 9 de febrero 2016
asunto: hilton*

*Me quedo con el eco de tu voz en la habitación de hotel, llamándome Amo. Se me vuelve a parar de pensarlo. Te amo, cerda.
tu señor,
J.*

*de: Sofía F.
para: Jaime G.
fecha: 18 de junio de 2016
asunto: QUE PARE DE ESCRIBIRME*

¿Le podrás decir a la loca esa que deje de escribirme? Me manda mails diciéndome que si no te dejo en paz va a matarse. Me está amenazando y estoy perdiendo la paciencia. Vos sos un pelotudo, no aprendés más. Decile a la loca que me deje de romper los huevos o no me ves más.

*de: Jaime G.
para: Sofía F.
fecha: 19 de junio de 2016
asunto: re: QUE PARE DE ESCRIBIRME*

Tranquila, amor. Voy a hablar con ella. Seguimos siendo nosotros, las circunstancias no cambian quienes somos cuando estamos juntos.

*Sigo amándote locamente, a pesar de todo.
J.*

*de: Sofía F.
para: Jaime G.
fecha: 26 junio 2016
asunto:*

No te quiero cagar la vida y por eso no le escribo a ella, pero de alguna manera tengo que desahogar. Quiero gritarle en la cara que eso que tiene en la panza no es un bebé, es un monstruo. Ese hijo era mío y era tuyo, no de ella. Quiero que sepa que tener un hijo tuyo no le garantiza tu amor, que nunca la vas a amar porque tu amor soy yo. Me da pena, me da lástima

*queriendo validar con vos una relación teniendo un hijo, ¿cuánto más abajo se puede caer?
¿Sentirá pena de sí misma? ¿O por lo menos vergüenza? Eso que tienen ahí es un aborto,
aunque lo hagan nacer.*

S.

de: Jaime G.

para: Sofía F.

fecha: 27 junio 2016

asunto: re:

*Tranqui, hermosa. Esto no cambia nada entre nosotros. Tratá de relajar, hemos escapado de
peores amenazas que un bebé.*

J.

diez

Sentí que me aspiraba el hueco que se había abierto a mis pies. La tierra rajada, mi vida rota. Mientras caía en el desasosiego, en la nada, intenté buscarles otro sentido a los mensajes, deseé que fueran correos viejos o falsificados; pero no. Ahí estaban, como una mancha de tinta en un vestido de novia, como un pene erecto en un jardín de infantes.

Los releí para re-chequear lo que había entendido en una primera lectura: que desde que conozco a Jaime, sigue viéndose con esta amante y supuesta loca. Que las fechas de su último congreso de medicina en Brasil coinciden con el alquiler de la casa de la que habla el correo con Sofía. Que cuando alquiló esa casa para hospedarse con Sofía en el sur, nosotros ya vivíamos juntos. Y lo verdaderamente inexcusable: sus te amo lanzados como confeti al final de cada correo.

¿Quién le escribía a Sofía en mi nombre? ¿Qué era toda esa locura? No te miento si te digo que en un momento sentí que me volvía loca. Había un mundo paralelo sucediendo a centímetros de mí y yo como una idiota flotando enamorada. ¿Por qué? ¿Con qué necesidad me mentía así? ¿Si la ama tanto por qué este hijo conmigo? Las preguntas se me acumulaban en la garganta y en lugar de salir corriendo a buscar refugio en la casa de alguna amiga o de mis padres, me quedé paralizada frente a la computadora. Sentí como si una bomba me hubiera caído a los pies.

Tardé horas en empezar a pensar en mis posibilidades: puedo escaparme y abandonarlo y volver a vivir con mis padres. Puedo pedirle explicaciones pero ninguna será más explicativa que los mismísimos correos. Mientras pensaba y me ahogaba no pude hacer más que sentarme en el sillón a esperar que pasaran las puntadas que de repente me electrizaran la panza. Más tarde, cuando volví a tener algún tipo de conciencia de realidad, lo llamé por teléfono. Le dije: *leí los mails*. Le dije que había leído a Sofía diciendo que nuestro bebé era un aborto y que no había encontrado ninguna respuesta suya defendiéndonos.

La lengua filosa de nuevo, la voz gélida, el tono monocorde, el cariño evanescente. Se enfureció conmigo por haber visto los mails. Estaba sacado. Dijo que quería que lo dejáramos en paz, las dos. Ella y yo. Dijo que abrir esos correos había sido un error, dijo: *te lo dije*. Dijo: *jodete por faltarme el respeto y husmear entre mis cosas, y en especial los mails de Sofía que son un pozo de mierda al que te dije que no te asomaras*. Dijo: *Ustedes están locas, no me metan en sus cosas*.

Ahí donde yo esperaba alguna excusa tranquilizadora, alguna razón para creer que esos correos eran falsos, que habían sido inventados por ella para que yo me retirara, para que no tuviera este hijo, para herirme, solo encontré gritos furiosos por teléfono y *arréglense entre ustedes*. No hubo una palabra de amor, no hubo piedad. Pero encontré tedio y hastío y a un Jaime frío tratándome como a una desconocida.

Cuando los llamé llorando, mis padres me ofrecieron mi antigua habitación para no tener que continuar viviendo con él, por lo menos hasta que me recuperara de los ataques de ansiedad y el miedo y la decepción. Antes de tomar una resolución lloré tres días sin parar para comer o para dormir, preguntándome qué era lo mejor para mi bebé y para mí. Mientras tanto, del lado de Jaime solamente hubo silencio. Llegaba tarde a casa, cuando yo estaba dormida. Si me encontraba despierta, me miraba con desprecio, como decepcionado, y me decía que prefería

dormir en el sillón. En esta contienda, él creía ser el trofeo y deseaba vernos en una pelea descarnada por su amor, sin importarle poner en riesgo el embarazo o que llamaran aborto a su hijo que ya amábamos tanto. Entonces tendría que haber aprendido y memorizado algo que a esta altura, ya debés saber de memoria: a Jaime solo le importa Jaime. Desestimó todas las promesas que me había hecho hasta hacía diez minutos: que nunca más me iban a hacer daño porque ahora lo tenía a él, que todo lo que había sentido antes no era amor, que el amor era con él. Que no le encontraba el real sentido a la vida hasta que me conoció. Que todo el dolor que le había producido no tener una mamá presente ahora yo se lo estaba sanando. Que iba a ser la mejor mamá del mundo, que no conocía a nadie más maternal que yo. Todas mentiras. Todas manipulaciones.

Jaime me aplicó por primera vez el tratamiento silencioso. En sus relatos al inicio, cuando estaba ávido de contarme cómo y por qué se peleó con cada una de sus examantes, me había hablado del «sistema del freezer», del tratamiento silencioso, pero nunca hasta ahora lo había aplicado en mí. Duele, duele mucho.

La técnica la conocés, me la juego. Consiste en generar un vacío ahí donde debería haber abrazos o por lo menos explicaciones. La víctima del tratamiento del silencio se encuentra con algo inusual (silencio) cuando en verdad espera el desenlace lógico (explicaciones). No hay peleas, ni miradas, ni mensajes de texto. El otro simplemente se evapora de la faz de la tierra, es desesperante. Me dolió verme víctima de una estrategia que, él mismo me había contado, no tenía error. Nada con Jaime era lógico y cada pelea era intensísima, como si fuera la última, la definitiva. El silencio como castigo por un crimen que no cometí. Si nos cruzábamos y le hablaba, me contestaba gélido, ausente. Se suspendieron las llamadas por teléfono y se canceló dormir juntos. Éramos dos extraños en un departamento. Por alguna razón él también estaba ofendido. Ahora me resulta casi obvia la maniobra, pero te habrá pasado, sabrás entenderme, en ese momento no sabía que esa es su seña particular, su movimiento maestro: convertirse en víctima de sus víctimas.

No pidió disculpas ni intentó explicar los correos, el silencio trajo más confusión y ansiedad. Mientras tanto, ahora era yo quien recibía mensajes de Sofía, estoy segura de que en algún punto quiso contactarte también. No sé cómo consiguió mi dirección de mail pero de pronto mi casilla estaba inundada de correos sin orden ni sentido. Algunos eran advertencias, *salí de ahí antes de que te haga daño y quedes rota*, y otros amenazas, *esa mierda que tenés en el vientre no debería nacer porque siempre será un aborto*. Él por unos días desapareció de nuestras vidas. Los espirales de euforia y depresión de Sofía eran entendibles: obviamente afectada también por el castigo silencioso, no sabía a quién recurrir para desahogarse. Yo, paralizada, jamás le contesté un correo. La idea de Sofía me aterraba. Esa parte descerebrada de mí que lo amaba intensamente todavía quería creer en la historia que había armado para mí. No hables con Sofía. Sofía es una loca.

No tuve demasiado tiempo para pensar, tenía que reaccionar rápido ante el silencio de Jaime. Si me quedaba en nuestro departamento, estaba avalando el engaño y la traición. Si me iba, tenía más esperanzas de que el vacío lo ayudara a pensar en pedirme unas disculpas o por lo menos a ensayar alguna explicación válida. Destrozada, como pude, armé un carry-on con los esenciales. Detrás del espejo del baño no quedó un solo frasco, crema, rasuradora o perfume míos. Me llevé mi acondicionador y mi champú para la caída del pelo. Mientras los agarraba tuve un flashback, casi una escena que me pasó frente a los ojos. Era el recuerdo de Jaime saliendo de la ducha, caminando a través del vapor hasta el espejo del baño, escribiendo con los dedos «te amo», diciéndome *te voy a afanar ese champú, ¿eh? Mirá qué bien me dejó el pelo*. Casi lo sentí

mojándome con su abrazo, impregnándome su olorcito a limpio. Me llevé el champú y me llevé la crema. Intenté que el eco de mi ausencia lo aturdiere todo lo posible. Me llevé mis pijamas y la ovejita de lana con pulóver rojo que habíamos comprado para el bebé, peluche que solía dormir sobre mi costado de la cama. Me llevé algo de ropa para no tener que volver pronto y despegué los post-it con frases y promesas de amor que habíamos estado pegando en la pared durante el tiempo que convivimos. Los arranqué con más dolor que furia. Los arranqué decepcionada. Las paredes de la habitación y el baño quedaron desnudos, en ese departamento casi no quedaron rastros de mí.

Acepté la ayuda de mis padres que me recibieron con los brazos abiertos pero desencantados con el fin prematuro del idilio. Tuvieron el buen gusto de dejar que me acomodara tranquila sin hacer en principio demasiadas preguntas, pero se les veía en las caras que no entendían por qué me había ido de mi casa con Jaime, y yo fui incapaz de explicarles, no me sobraban las fuerzas.

Volver a mi habitación de la adolescencia fue una trompada en el estómago, la vida fuera de la burbuja no tenía demasiado sentido. Ni siquiera deshice la valija y me tiré en la cama donde había fantaseado tantas veces con el proyecto de nuestra vida juntos. Me quedé ahí, inmóvil, deseando que Jaime rompiera el silencio para pedir disculpas o para explicarse, no importaba demasiado. Lo que dolía de verdad era su ausencia, el agujero negro donde yo parecía caer infinitamente. El hueco espinoso donde antes había una burbuja. Ofendido porque me había animado a abandonarlo, de Jaime no había nada, solo frío y silencio.

Le envidié la capacidad de darle la vuelta a los argumentos, a las historias. De fingir ser víctima de sus víctimas. Le admiré la verbosidad y la distracción que genera su discurso. Pasara lo que pasase él siempre caía bien parado, porque hay algo de magia en su lengua. Operaban por un lado el encanto de su labia y mi amnesia protectora: las peleas con Jaime eran tan intensas que a menudo yo caía rendida y cuando me despertaba no podía acordarme ni qué nos habíamos dicho, o por qué peleábamos.

Mis padres estaban tan confundidos como yo, pero por vergüenza no me animé a contarles de qué se trataba la pelea con Jaime, me apenaba muchísimo haber sido tan idiota. Pero también me costaba concentrarme cuando mi familia o mis amigos necesitaban respuestas, no podía contarles la verdad. Si volvía alguna vez con Jaime, iba a perder el respeto de todos. Y de todas maneras tampoco era fácil recordar qué nos dijimos ni con qué tono. Cuando en esa época quería evocar mis peleas con Jaime, solo conseguía ver niebla. No podía recordar ninguna de las frases, era incapaz de retener lo que tanto me dolía. El dolor parecía ser tan poderoso que me colapsaba las neuronas, prefería olvidar para sobrevivir. Recordar era demasiado peligroso. Entonces no sabía que el cerebro bloquea ante situaciones de estrés prolongadas. Que es un mecanismo defensivo para poder seguir, para que no duela tanto.

Mi embarazo estuvo rodeado de tristeza y confusión. Un médico me mandó guardar reposo y pedí una licencia en *La República*, al fin el dolor me postró en la cama. Cada minuto de silencio era esclavizante, cada día que pasaba sin Jaime, un esfuerzo titánico por sujetarme a la realidad y no caer. Es que me había convertido en su zombie emocional, me había mordido y sin sus palabras, sin su abrazo y su mirada de amparo, mi vida no valía demasiado. Sabía que me estaba castigando con el silencio, ya me lo había advertido: *la vida sin mí va a ser una mierda*. Y pasaron las semanas y Jaime no llamó, ni mandó mensajes ni quiso saber cómo estaba su bebé que crecía adentro mío. Mi adicción y ansiedad me apretaban la garganta y me mantenían anclada a la cama. Por eso cuando después de dos semanas apareció, volví a respirar.

Jaime: ¿Cómo estás, amor?

Helena: No sé.

Jaime: Amor, no pasa nada. Está todo bien.

Helena: No está todo bien, ¿por qué no me defendiste?

Jaime: Vos no tendrías que haber entrado ahí y te lo dije, vos no me escuchaste.

Helena: ...

Jaime: Yo puedo hablar con ella pero necesito pedirte un favor, que le dejes de escribir.

Helena: ¿Eh?

Jaime: Me rompe las pelotas todos los días, le llegan mails tuyos todos los días, Helena.

Helena: ¿Me estás cargando?

Jaime: Me llama llorando y me dice que le llegan mails tuyos diciéndole que desaparezca o te vas a suicidar, que vas a abortar. No sé, dice que la amenazás. No quiero que le escribas más, no la amenaces porque las cosas se pueden poner peor. Así yo no puedo estar con vos.

Helena: ¿Vos estás loco?

Jaime: A mí no me hables así, que yo no soy tu papá

Helena: Pero Jaime, yo no le escribo, ¡ella me escribe a mí! me dice cosas horribles, y vos le contestás en los mails...

Jaime: ¡TE DIJE QUE NO LOS LEYERAS Y LOS LEÍSTE! Mirá Helena, yo así no puedo tener ningún tipo de relación con vos.

Helena: Vos le decís te amo.

Jaime: Chiquita, le digo te amo solo por cariño histórico, es solo un gesto de cariño. Nada más, ella lo sabe. De verdad.

Helena: ¿Podés entender que yo no le escribí nunca? que yo no tengo su dirección de mail, que no sé su número de teléfono, que jamás en la vida me dirigí a ella?

Jaime: Bueno, ella dice que le escribís cinco o seis correos por día, no sé, estará loca.

Helena: Yo no le escribo, así que no sé, estará loca como vos decís. Vos la conocés, yo no.

Jaime: Me quedo tranquilo entonces. Te amo, volvé a casa, va a estar todo bien. Tenés que entender que es una persona inestable. Que si le contesto como a la loca que es se nos puede armar flor de lío. Necesito decirle cualquier pavada para mantenerla callada. No te olvides que yo estuve con ella cuando era una alumna de primer año, ¿viste? es complicado... Yo no necesito más problemas, ¿me entendés? Por favor, amor. Somos nosotros, no te olvides.

La atmósfera era respirable de nuevo, había una razón para que le contestara los correos con tanto afecto: Jaime tenía miedo de que lo denunciase por abuso. *Eran otras épocas*, dijo. Mientras lo pensaba, pasé las siguientes semanas del embarazo en la casa de mis padres, debatiéndome entre las dos partes de mí. Una quería tener algún tipo de familia normal, la otra no toleraba la mentira ni el ocultamiento. Pero claro, ante mis dudas Jaime se convirtió en el novio perfecto: enviaba flores todos los viernes porque sabe que los viernes me entristecen, me pasaba a buscar y me llevaba a comer a donde quisiera, me hablaba de amor con los ojos aunque no estuviera diciéndome nada. Yo sé que vos entendés de qué te hablo, yo sé que a vos también te miró con ojos de «amor, somos nosotros» y te convenció de que dos y dos son seis. Yo sé que vos me entendés.

Compraba y enviaba a casa ropita para el bebé y nos consiguió cita con el mejor ginecólogo de la ciudad, a quien era casi imposible tener acceso. Paseando por el museo de Ciencias Naturales me pidió con los ojos rojos que lo dejase ser parte de la crianza de este bebé y que louviéramos juntos. No tuvo que rogarme, a esa altura Jaime ya funcionaba en mí como debe funcionar con vos, como las drogas duras: cuando lo consumo estoy allá arriba, puestísima,

colocada, de viaje. Pero cuando sabe que estás ahí, volando y flotando y en cualquiera, se repliega: sobrevienen el silencio y la ausencia y con ellos la abstinencia. No hay más Jaime para aspirar, pero hay ataques de pánico y sudoraciones, hay insomnio y temblores, hay desesperación por una última inhalación, un último saque, escuchar una última vez su voz diciendo que te ama. Jaime desaparece para generar abstinencia y para que en ese estado aceptes cualquier condición degradante a su regreso.

No tuvo que rogarme para que volviese: la abstinencia tomó la decisión antes de que yo pudiera resistirme demasiado.

La tarde cuando supimos que el bebé que esperábamos era un varón, me invitó al cine y a comer, caminamos de la mano y me juró que nunca había amado así. Paramos en Puerto Madero a comprar unos cafés y miramos nombres de bebés en internet pero nada nos convencía. *Se tiene que llamar Manuel*, sugirió Jaime y me volvió a hablar del tío que lo llevó a laburar con él a la heladería cuando era adolescente. *Manuel fue el que me salvó de largar todo a la mierda, fue el que me enseñó el gusto por los libros, el que antes de morir me animó a terminar el secundario y empezar la facultad.*

Dije: *Manuel es un nombre hermoso*, y deseé que este bebé nos protegiera como el Manuel original. Nos tomamos de la manos como antes y volvimos a la burbuja.

Cuando estábamos de la mano yo no tenía dudas. Hablamos de Arlt y de Onetti. De Pizarnik y de Salinger. Dijo: *no es normal amarse tanto, amor*. Dijo: *no quiero más la vida sin vos, no seas boluda, ¿o pensás que esto le pasa a todo el mundo? ¿Vos te creés que esto es normal?*

Al día siguiente compró dos pasajes a Los Ángeles, la ciudad que yo siempre había soñado conocer y me envió los tickets electrónicos a mi correo. Había vuelto, lo reconocí en sus ojos que volvieron a ser cuidadosos, lo percibí en su mirada, que era de amor. Después de semanas de conflicto, de estar perdida y esclavizada a la cama, de intentar descifrar si había pasado el temblor, si de verdad podíamos intentar ser héroes juntos, me animé a volver. Me ganaron las ganas de creerle que todo iba a estar bien, que los affaires habían terminado. Que se había deshecho de sus amantes, que no había amado a nadie como a mí. Volví a confiar en su palabra y su abrazo para que mi bebé no creciera con un padre ausente. Y para que alguien me cuidara a mí, que había quedado aturdida y necesitaba que alguien me abrazara y me prometiera que iniciar una familia con él no era una locura.

once

Hubo muchos momentos de felicidad pero vistos desde acá parecen parte de una ficción, parece que me los hubiera inventado. Está el recuerdo del viaje a Los Ángeles o cuando volví a casa y encontré en nuestro living un piano, su regalo de cumpleaños para mí. Las tardes cuando yo tocaba y él me miraba maravillado, las noches de caminata antes de comer afuera porque ninguno quería cocinar. Las tardes en Buenos Aires caminando por avenida Corrientes en busca de librerías, los cafés que tomamos frente al río sobre la calle Juana Manso. Las películas que fuimos a ver al cine, las flores que recibía los viernes. Las mañanas de café con leche y avena con miel, su voz grave cantándome unos tangos. Sus dedos escribiéndome poemas en la espalda, mis besos en sus párpados cuando se quedaba dormido. Habíamos vuelto a la burbuja y al lado de Jaime yo era invencible.

Los mensajes de Sofía siguieron llegando pero los ignoré cuando Jaime me convenció de que se había deshecho de todas sus amantes. Dijo que no podíamos permitir que ella nos arrastrara a su demencia, que era una loca, una mentirosa, que estaba desesperada por volver con él. Que era repugnante y que hacía años que no le tocaba un pelo. Si iba a tener este hijo con Jaime, tenía que confiar en él, para poder seguir tenía que olvidar.

Cuando llegó el momento de parir no tuve miedo, sabía instintivamente que todo iba a estar bien, sentí la llamada animal y que estaba preparada, como si me hubieran entrenado. Había estado asistiendo a cursos de pre-parto, sola —Jaime siempre estaba ocupado— y había leído con voracidad cinco o seis libros sobre maternidad y psicología de la madre y el bebé. Sabía que una vez nacido tenía que tenerlo siempre en brazos, sabía que si lo dejaba llorar en su cuna a la noche era casi como torturarlo. Sabía que los bebés que dejaban de llorar a la noche buscando a su madre no lo hacían porque habían aprendido a ser educados, sino que habían aprendido que no había mamá disponible. Sabía que esos bebés después crecían para ser personas esquivas y necesitadas, y sabía, por último, que tenía que tomarme en serio todas esas recomendaciones para que Manuel fuera un hombre sano. Yo iba a ser la mejor mamá del mundo.

Estaba en casa preparándome un bowl de espinaca cruda con aceite de oliva y semillas varias, ese fue mi único antojo en un embarazo en el que engordé solo 8 kg, quizás por angustia y nervios, cuando sentí que iniciaban unas contracciones algo diferentes de las que venía teniendo. Se repetían cada cinco minutos y cada vez aparecían con más fuerza. Me sabía el manual para parir de memoria, así que llamé al teléfono móvil de Jaime para que me llevase a la clínica, pero dio apagado enseguida. Entonces llamé a la clínica estética y le avisé a la secretaria que estaba iniciando el trabajo de parto, le pedí que contactara a Jaime lo antes posible.

Imposible, me dijo con voz nasal desinteresada, *está en quirófano. Le puedo avisar pero no se va a poder ir hasta que termine, obviamente*. Me contenté con que le avisara y llamé a mi madre para que me ayudara a transportarme hasta la clínica donde por fin iba a conocer a mi bebé. No me pareció ilógico ir a parir sin Jaime, tenía la suficiente coherencia con el resto de nuestra historia.

Me vino a buscar mamá emocionada, subí a su camioneta y viajamos escuchando la radio y riéndonos de los nervios. Cuando llegamos a la clínica todavía no tenía noticias de Jaime, pero cuando me hubieron instalado en una camilla para pasarme oxitocina, apareció con los ojos rojos

de emoción para darme un abrazo. Nos agarramos fuerte de las manos como era nuestra costumbre. Estábamos emocionados y rebasábamos de amor. En ese momento me pareció que nada podía rompernos. El dolor de las contracciones se hizo insoportable y me pasaron a una sala de parto, vistieron a Jaime con un traje higiénico y el obstetra anunció que estábamos por conocer a Manuel. Pedí que me pusieran la epidural pero el obstetra me miró serio y dijo que ya era demasiado tarde. Jaime me habló al oído, emocionado. *Te admiro, amor, sos la mejor mamá que conozco.*

Ningún dolor va a hacerme olvidar el amor instantáneo que sentí por ese bebito cuando por fin lo besé y lo tuve entre mis brazos. Ningún estrés post-traumático, ninguna historia de mierda, va a provocar que yo me olvide de su olor de bebé y de la sensación de poder volar. De que todo había encajado finalmente donde tenía que estar. Viéndolo por fin entendí todo y fui feliz en el lugar más inesperado: una cama de hospital. Tengo un recuerdo feliz de Jaime, sosteniendo mi mano, grabando el parto, llorando unas lágrimas que parecían verdaderas, que parecían de felicidad. Por fin unos dolores que tenían destino y propósito. Volvimos a casa dos días después con el bebé y con la sensación de ser impermeables. Nada por fuera de la burbuja podía tocarnos. Fuimos héroes.

Pero la paz del parto se disipó con los meses. El cansancio y el tiempo tirano de los bebés me agotaron. Dormía poco, comía casi nada y estaba siempre atenta a los comentarios del hombre que amaba. De pronto Jaime estaba cada vez menos en casa, siempre excusándose con las cirugías y el consultorio. Por más que intentara olvidarme de la vida antes de nuestro hijo, Jaime traía los fantasmas a flote por lo menos una vez por semana, como si le molestara que mi atención estuviera centrada en el bebé. Como si no tolerase no ser por una vez el centro de atención. Él dejaba caer estos comentarios como acotaciones inofensivas, casi como gracia. Me hablaba de los correos de sus amantes con la misma gravedad de quien recita la lista del supermercado, sonriendo: *me escribió la tucumana*, y revoleaba los ojos para que yo entendiera que le parecía un fastidio. *Periódicamente me escriben, ahora que nació el bebito supongo que se dejarán de joder.*

Todavía no podía ver lo que estaba haciendo, no entendía el concepto de triangulación, no conocía la palabra. Te lo puedo explicar a vos, pero qué sentido tendría, si de lo que te cuento posiblemente no me creas nada aunque ya lo estés viviendo todo.

Y el sueño y el hambre y la soledad tan cruel. Los primeros meses fueron muy difíciles. Al principio vinieron algunas amigas y familiares a vernos, a conocer a Manuel, a darme una mano con él para que yo pudiera bañarme o cocinarme, pero enseguida Jaime se encargó de hacerme sentir culpable. Que cómo voy a meter gente en casa con las pestes que andan dando vueltas en la calle, que era una irresponsabilidad, que había que quedarse en casa durante unos meses hasta que pasara el brote del virus de la gripe. Me quedé sola demasiado tiempo, Jaime fue durante meses la única persona con la que tuve contacto diario. Yo tenía el raciocinio tomado por las hormonas, no se me ocurrió pensar que mentía o exageraba. Nunca se me ocurrió la idea de que quisiera aislarme adrede.

Él volvía siempre tarde y cansado pero me abrazaba fuerte y largo, y paseaba a Manuel para que se durmiera si lo encontraba todavía despierto. Yo necesitaba su abrazo, sentía que si me faltaba yo no podía ser madre.

Unos meses después, en invierno, nos mudamos a una casa grande de un barrio cerrado en City Bell, a media hora de nuestro primer departamento en La Plata. Manuel ya tenía seis meses y yo ya estaba pensando en reincorporarme a *La República*. Ahora el aislamiento era más grave, ni siquiera vivíamos en la ciudad de siempre. Pero cuando lo hablé con él me acarició el pelo y

me explicó con ternura que no teníamos problemas de dinero, que me podía tomar el tiempo que todas las mujeres quieren y no pueden tomarse. Que me quedara cuidando a Manuel, que disfrutara de la casa nueva, del jardín enorme, de la seguridad del barrio y del bebé y de no tener complicaciones que me ahogasen. Su argumento encastró perfecto con la parte de mí que sentía culpa por volver a trabajar. ¿Quién iba a cuidar de Manuel tan bien como su madre? ¿En qué manos desconocidas iba a dejarlo cuando no estuviese? ¿Cómo me iba a perdonar, cómo podría seguir viviendo, si algo le pasaba? Mi culpa y su consejo maridaron y me quedé tranquila. Pero el invierno era crudo en esa casa de country. Rodeada de árboles pelados y más sola que nunca, una semana después, volví a sentirme insatisfecha y esta vez no fue tan cariñoso conmigo. Dijo que no me había tomado por una de esas madres negligentes, que no podía creer que estuviese insistiendo con salir a mezclarme con gente que podría estar infectada. Dijo que era importante que nos encerráramos.

En las noticias la gente seguía asistiendo a clases y viajando a sus oficinas y tomando el subte o el colectivo, pero en casa la noticia de la gripe A estaba magnificada por su lente. Miré la cuna donde descansaba Manuel y me sentí irresponsable, una madre descuidada y egoísta. Al fin compré su discurso: que trabajaba todos los días para que nada nos faltara, que yo lo único que tenía que hacer era cuidar a su hijo, que era lo único que se me pedía. Me sentí egoísta y desagradecida, pero seguí queriendo volver a escribir. Yo no quería ser una mamá country, yo quería en partes iguales ser una mujer independiente y la mejor madre del mundo. Según la cantidad enorme de libros que había leído sobre maternidad, esto no era posible, era casi una contradicción. En los libros me sugerían que criase al bebé como en una tribu, cerca de familiares, incluso idealmente viviendo todos en una misma casa. Pero nada en nuestra realidad estaba más lejos que la tribu: éramos nosotros dos, Manuel y yo, solos todo el día. No quería pensar en volver a *La República*, no podía ser tan egoísta con mi hijo ni con Jaime. Lo único que me estaba pidiendo era que me quedara en casa cuidándolo. En ese momento querer hacer otra cosa que no fuera cuidar a Manuel me hacía sentir una persona de mierda.

Subí a mi habitación y lloré en silencio por el cansancio, el hambre, la impotencia y los sentimientos encontrados. Jaime subió las escaleras y se sentó al lado mío en la cama. Ya no gritaba que yo era una irresponsable. Ahora me acariciaba el pelo. Dijo: *chiquita, no seas caprichosa, tenés toda la vida para matarte laburando. Aprovechá lo que tenés, aprovechá la oportunidad de criar a nuestro bebé, de ocuparte de vos, de hacer las cosas que te gustan. Disfrutalo, dale. No te pongas mal.*

Sus palabras siempre funcionaron como un bálsamo, como una brújula cuando me sentía confundida. Su voz como un canto de sirenas ineludible, anestésico. Me quedé dormida sintiendo sus dedos entre mi pelo.

doce

Jaime pasaba más y más horas adentro del consultorio y del quirófano y sus llegadas a casa eran cada vez más tarde, a veces de madrugada. Yo me quedaba encerrada en casa todo el día a cargo del bebé e intentaba leer cuando él descansaba pero era imposible: hay un cansancio extremo inexplicable durante el puerperio. No en vano la cuarentena, esos días donde habría que dejar a las madres reposar del inmenso esfuerzo que es parir. En mi caso no hubo cuarentena alguna, ninguno de los dos quiso respetar ese tiempo de quietud. Una tarde ociosa de sábado, a los cuatro días de haber parido, Jaime me encontró en el baño y nos descontrolamos ahí mismo. El sexo con él era intenso y espectacular. Era tan apasionado que se sentía siempre como la primera vez. Incluso a cuatro días de parir, no pude decir que no a su insinuación. Nunca me animé a decir que no, aunque tuviera pocas ganas, porque sabía que a mitad de camino me iba a emocionar, iba a acabar y a valer la pena haber superado el desgano inicial. Estar con Jaime siempre era un buen plan.

Aunque intentase leer, siempre caía rendida y todos los libros sobre maternidad que leí coincidían: aproveché para dormir cuando el bebé duerma. Al principio no hice caso y aproveché las horas de siesta del bebé para ducharme o ir al baño, cosas que no podía hacer con él a upa, pero cuando terminaba con lo que tenía que hacer y Manuel se despertaba, me encontraba el doble de cansada. Trataba de llegar presentable a la noche para esperar a Jaime, pero a menudo todo lo que lograba era no tener rastros de vómito en el pelo y los dientes limpios. En una noche de las exitosas, lograba cubrirme las ojeras con maquillaje. Ahora pienso que si hubiera tenido amigos que me visitaran, la experiencia habría sido menos trágica, más llevadera. Pero ahí pasaron los meses en soledad, solo hablando con un bebé, nunca escuchando respuestas a mis preguntas.

La vida transcurrió con relativa calma durante los primeros meses en la casa nueva, pero siempre había algún indicio de que algo estaba podrido, nunca pude estar del todo tranquila, siempre olía algún tufillo rancio. Cosas pequeñas como cerrar con velocidad las páginas en la computadora, o llevarse el teléfono hasta para ir al baño me hacían pensar dos veces en nuestro equilibrio como pareja, pero después, cuando él me abrazaba y me decía *te amo* a los ojos, me convencía de que era solo paranoia por cansancio.

Lo único que le pedía a Jaime era que me avisara si se le iba a hacer tarde o si iba a volver en un horario inesperado, porque lo mejor que me pasaba en el día era verlo. Imaginate, estaba sola todo el día. Sola, cansada, aburrida y perseguida por el fantasma de sus ex. ¿Por qué llega tarde? ¿Por qué no avisa que se demora? Cuando por fin escuchaba el ruido de su auto estacionando sobre las piedritas en casa, se me disipaba toda la ansiedad que había juntado durante el día cuidando a un bebé de pocos meses de vida.

Cuando llegaba Jaime yo me iluminaba. Por fin un adulto con quien hablar, por fin un adulto que no es mi madre aconsejándome sobre maternidad o sembrando intrigas con sus preguntas: *¿a vos te parece normal que tu marido no esté nunca en casa? ¿No te hace ruido cuando vuelve tarde y no avisa? ¿En un congreso a esta hora? ¿Y vos le creés?*

Cuando llegaba de trabajar cocinábamos juntos y me contaba qué había hecho en el día, *hoy dos narices y un par de tetas o consultorio todo el día*, y yo solamente podía contarle las

novedades de Manuel y si habíamos salido a caminar por el barrio. Con suerte le contaba que había leído algún capítulo de algo, que había intentado volver a leer algo de la facultad. *Amor, dejate de joder con eso, ocupate del bebé que es una época maravillosa. No tenés que pensar en nada más que eso.*

Pero yo quería pensar en más que eso. Estaba agradecida por no tener que trabajar, pero necesitaba que mi mundo dejara de ser los metros cuadrados de esa casa, porque si no había nada más que Jaime y Manuel, ellos se convertían en mi mundo entero y mi voluntad y yo desaparecíamos.

Pero a medida que pasaron los días Jaime dejó de avisarme que llegaba tarde, que le había surgido una reunión, que se le había complicado una cirugía. Una o dos veces por semana me encontraba a las nueve de la noche luchando contra Manuel para que se durmiera, para que cuando llegara Jaime no lo encontrara despierto. *Si estás acá al pedo en casa, lo único que te pido es que prepares la comida y lo tengas bien al nene. No te enojas amor, es chiste.*

A menudo se hacían las once o doce de la noche y yo sentada a la mesa mirando por la ventana, esperaba oír el sonido de las piedritas cuando estacionaba su auto en la entrada de casa. No lo llamaba, no quería molestar. Pero la espera se hacía larga y muchas veces llegaba dos o tres horas más tarde. Yo hubiera deseado un mensaje de texto rapidísimo que me dijera *amor, estoy retrasado, o llego después de las once*. Una o dos palabras hubieran bastado: *llego tarde*.

Una de esas noches, ya enojada porque creía que mi tiempo también valía algo, decidí no recibirlo como una ama de casa espléndida, maquillada y feliz, con la comida hecha. No comí porque de la bronca tenía cerrado el estómago, guardé la comida en la heladera y en señal de protesta me senté en el sillón a pretender ver una película. Cuando escuché las piedritas de la entrada me latió el corazón. Su auto estaba estacionado en casa pero no bajaba. Espié con discreción por la ventana: estaba hablando por teléfono, sonreía. Volví a mi posición inicial del sillón, confundida. Cuando entró se quedó parado en frente de la mesa sin hacer, sin comida, una mesa que no lo esperaba, y en lugar de dirigir su mirada hacia mí, saludarme, preguntarme por qué no había comida como todos los días, colgó su saco, caminó hasta la heladera y me ignoró por completo. Apoyado en la barra de la cocina y en silencio, se hizo un sánduche de jamón y queso. Si levantaba la vista, podía verme en el sillón pero no, él estaba concentrado en su comida. Cuando terminó de hacer el sánduche lo puso en un plato y caminó hasta la escalera para subir a la habitación. Cuando me pasó por al lado dijo *hay que comprar cerveza* y siguió su camino. Ni hola.

Media hora después subí a la habitación y él estaba durmiendo o quizá simulaba dormir. Fue la primera vez que nos acostamos peleados, que nos acostamos sin antes abrazarnos o coger. Sin contarnos nuestro día, sin que me preguntase cómo estaba yo o cómo estaba su hijo. Sin que siquiera le dedicara un minuto a mirar si respiraba. Di vueltas en la cama angustiada repensando la historia, plantéandome si había tomado la decisión correcta, preguntándome a quién le sonreía por teléfono. Cuando me desperté a la mañana siguiente, Jaime no estaba, pero pegado en la frente yo tenía un post-it amarillo con su letra: «jugando al silencio siempre soy el mejor».

Cuando llegó a casa esa noche, temprano, a la hora pactada, lo estaba esperando con la comida. Antes de sentarnos a comer me saludó con un beso escueto, caminó hasta el baño y se lavó las manos. Cuando se sentó a la mesa le ofrecí disculpas por el silencio de ayer y expliqué que solamente necesitaba que me avisara, para no quedarme esperando cuando en realidad podría haberme ido a dormir. Que no me importaba que volviera cinco horas más tarde, que me alcanzaba con que me avisara.

—Amor, sabés que lo único que disfruto de mis días es charlar con vos. Sos mi único

contacto con la realidad... por eso no me da lo mismo que llegues a horario o que llegues cuatro horas después. Sos lo mejor de mi día, no hago otra cosa que esperar el momento en que llegás. No te cuesta nada avisarme.

Esperó masticando que yo terminase de hablar. Lo miré con los cubiertos en la mano esperando que me respondiera, pero nada. Él se sacó comida de los dientes con la lengua, se sirvió cerveza, la tomó, cortó un poco más de carne, la masticó, la tragó. Evadiendo mi mirada y mi comentario, volvió a tomar cerveza y cuando terminó de tragar me dijo con una voz llena de rencor, una voz que me costó reconocer como suya.

—Si no te escribo, es porque no puedo, porque estoy laburando. No estoy pelotudeando.

Empecé a contestar pero a la mitad de la frase me miró con desprecio, con una mirada que era un latigazo, y me interrumpió con su voz grave.

—Estoy hablando yo, ¿vas a hablar vos o me vas a dejar que termine? Porque si no, me voy arriba y se acabó.

Quedé tiesa.

—Vos tenés que aprender a respetarme a mí y a mi laburo. Si no te escribo es porque no puedo. Si me vas a estar controlando los horarios, te va a ir muy mal.

Tuve ganas de llorar y de gritarle que lo veía online, que tenía el teléfono en la mano, que era una crueldad no avisarme, dejarme esperando, con lo sensible y cansada que estaba, pero en su mirada había algo oscuro que me asustó y evité todos los comentarios. No sabía de dónde venía esa sombra. Se levantó y subió a la habitación. Me cansé de esperarlo abajo para nuestro café y charla después de comer, y cuando subí las escaleras lo encontré dormido, o fingiendo que dormía. Me entristeció pasar otra noche enojados y con las piernas libres, sin enroscar.

A la mañana siguiente le escribí *perdón, amor*. Respondió *sí, chiquita, pero vas a tener tu merecido, por insubordinada*. Esa noche, en un juego erótico, por primera vez me pegó.

trece

Se acercaba el cumpleaños de Jaime y a pesar del cansancio, reuní las fuerzas suficientes para planear una fiesta en casa. Sosteniendo a upa a Manuel con el brazo derecho y el teléfono con la mano izquierda, reservé un catering y una torta de cumpleaños pero a la hora de seleccionar a los invitados me encontré con que no conocía a ninguno de sus amigos. A Ricardo, el médico anestesista que operaba con Jaime, lo conocía poco, habíamos salido una o dos veces a comer con él. Es el único amigo que le conocí en todo ese tiempo, Jaime no tenía amigos sino admiradores, fans, seguidores. Ricardo parecía estar fuera de ese círculo de gente que se le acercaba por el prestigio médico, a chuparle las medias y alabarle para estar cerca de la eminencia platense. Se me ocurrió que podría vernos bien, al bebé y a mí, salir de casa, pasear un rato y visitar la clínica, quizás encontrar el teléfono de Ricardo y, de paso, sorprender a Jaime.

Cuando entré en la clínica empujando el cochecito que sostenía a Manuel, una recepcionista desconocida levantó altas las cejas. Yo que creía que estaba al tanto del día a día en la clínica, no tenía idea del cambio. La recepcionista nueva me preguntó si tenía turno y sorprendida le aclaré quién era. Ella bamboleó el culo desfilando hasta la puerta del consultorio, golpeó una vez y entró. Se escuchó *está su señora, doctor* y cuando salió me pidió que esperara en la sala. Ahora encantadora se acercó a Manuel y le tocó las mejillas, le dijo: *¡ay, por favor, qué bebito más hermoso que sos! ¡Igualito a papá!* Levantó la mirada hacia mí, me regaló una media sonrisa desganada y volvió a su escritorio. Le pedí el teléfono de Ricardo a la recepcionista y mientras lo buscaba en la agenda del teléfono, la miré: flaca como un alambre. Me senté con Manuel a upa a esperar a Jaime que tardó treinta minutos más en darnos quince de atención personalizada. Después salió del consultorio con Manuel en brazos fingiendo que estaba apasionado por su hijo, cuando en casa había que recordarle que existía. *Este va a ser médico como el papá, ¿o no, bebito, que vas a ser médico? Sííí. Vamos a poner tetas y culos, ¿o no, bebito? Sííí.* La recepcionista nueva, Malena, respondía también con voz de bebé, *¡ay, sííí, médico como papi! No puedo creer lo hermoso que sos, ¡por fin lo traen! ¿Quiénes lo traen? Yo soy una sola persona. Y, ¿cuánto hacía que trabajaba esa chica ahí?*

Jaime me agradeció con besos y abrazos frente a la recepcionista nueva, porque hay que reconocerle que cuando hay que fingir ser el marido perfecto ahí está él para llevarse todas las condecoraciones. Ella nos miró con una sonrisa de ternura, intermitentemente a Manuel y a nosotros abrazándonos. *Acá te los dejo a los dos, cuidámelos bien, ¿eh? Que son lo mejor que tengo,* le dijo, canchero, a Malena. Me fui sin haber hablado con Ricardo pero con su número agendado y una sensación de goce en el pecho. Cuando Jaime me abrazaba así yo sentía su olor y sus dedos acariciando mi pelo y entraba en completo éxtasis. Paré a tomar algo en el bar de la esquina de la clínica, siempre que iba a visitar a Jaime paraba en el mismo lugar porque me atendían bien y amaba sus smoothies, el local era espacioso y entraba perfecto el cochecito de Manuel. Eso sí, mis estadías nunca eran demasiado largas porque Jaime no dudaba un segundo en recordarme que las bacterias *andan dando vueltas por todos lados*.

¿Sentiste que pertenecías ahí, al hueco que se forma entre sus brazos? Yo no me daba cuenta entonces de que estaba tan aislada que la figura de Jaime se magnificaba, tomaba dimensiones ridículas. Él era todo en mi vida y yo le obedecía como a un padre porque yo todavía era un niña.

La dedicación completa de mi vida al cuidado del bebé me resultaba un peso encomendado, el precio que había que pagar para criar a un niño sano, amado y protegido. No me atrevía a confesar que estaba muerta de miedo y de cansancio y de hambre, que me aburría ser solo madre, que quería ver a mis amigos, que no hablar con adultos me estaba embruteciendo, que me sentía inútil y desaprovechada. Me mataba la culpa por querer hacer otras cosas. Pensaba: ¿qué otra cosa más importante tengo para hacer que cuidar y proteger a este bebé? Nada. Y si me animaba alguna vez a plantear que me sentía un poco triste o desanimada, que quería salir más de casa, Jaime me miraba con odio y decía *deberías estar agradecida* y me condenaba a un silencio glaciado. Me ignoraba durante horas, me restringía su mirada. Ni siquiera me atendía el teléfono y si me animaba a enfrentarlo, se escapaba. Incontables la cantidad de veces que se fue de casa sin importar la hora, golpeando la puerta con violencia. Pronto las reglas del juego se me presentaron clarísimas como el agua: está todo bien mientras no me molestes. *Cuidá al bebé y dejame tranquilo.*

Con dos amigas seguía en contacto, Eugenia y Victoria. Nos escribíamos mails larguísimos cada quince días y nos veíamos una vez por mes en la casa de alguna. Eran las únicas amigas de la facultad con las que apenas seguía en contacto. Ninguna tenía hijos, ninguna se había casado, pero las dos laburaban como mulas. Me decían que tenía que estar contenta, que ahora las mujeres trabajan. Que por lo menos no tenía que hacer un horario de oficina y ver a Manuel solamente dos horas por día. Yo las envidiaba en silencio, quería volver a *La República*, salir de casa y sentirme útil, saber que no estaba condenada a la cocina y la crianza. Quería seguir estudiando, escribiendo, viéndome con mis amigas. Que mis charlas no se trataran solo de pañales y leche de fórmula. Que mis contactos diarios no fueran únicamente con otras madres del barrio que apenas conocía. Quería ganar mi dinero para no tener que pedirle cada centavo a Jaime. Quería colaborar, sentirme independiente, pero a la vez la culpa. *Y si no estás en todo el día, ¿quién cuida al bebé? No sabés quiénes son las niñeras con las que lo podemos dejar, no sabemos nada de ellas.*

Había quedado claro que los roles estaban designados: él salía a laburar, mi único trabajo era cuidar a Manuel. Si algo le hubiera pasado, habría sido enteramente mi culpa. Cargaba con una vida a cuestas y es mucha más responsabilidad que cualquier laburo.

Lo único que tenés que hacer es ser su mamá y te sale natural. Quedate con él, cuidalo y alimentalo, te lo va a agradecer toda la vida.

Su argumento me resultó indiscutible. Además desde mi punto de vista era el discurso de alguien preocupado por la salud de su hijo y eso me tranquilizaba. *Amor, relajate, estamos haciendo las cosas bien.*

¿Qué pasa con las hormonas durante los primeros meses de tener un bebé, que nos envuelven en ensueños, que nos confunden y nos ponen el cerebro en remojo? Todavía me sentía confundida y creía que no podía confiar en mi propio juicio, que tenía que seguir la guía de Jaime pero él era impredecible: en el mismo día podía ser agresivo y cariñoso. Se justificaba diciendo que no le estaba yendo bien en el trabajo, que tenía problemas de dinero, pero al día siguiente compraba pasajes de avión o cambiaba el auto. Las cuentas no cuadraban, no iban de la mano de sus preocupaciones. Empecé a tener miedo de hablar y de equivocarme de palabra y desatar la furia. Yo nunca sabía qué mínima inflexión del lenguaje, qué mirada mal interpretada podía hacerlo correr fuera de casa, cada vez con más violencia y con menos explicación.

Jaime era todo lo que Jaime me dejaba tener. Era él el objeto de deseo y el sostén y la única persona con la que hablaba. Quien me hacía bien y quien me hacía daño. Quien me abrazaba o me ignoraba. Quien me otorgaba identidad y me la arrebatava. Jaime era entonces

superpoderoso, un semidiós que según su humor, me elevaba o me aplastaba.

En sus días buenos, Jaime todavía me hablaba de simbiosis. De parejas eternas, de haber encontrado el amor por fin. Hablamos de ser viejitos juntos. Lo vi emocionarse hablando de nosotros como familia, eso que había deseado toda la vida. Seducida, manipulada o a secas enamorada, yo lloraba con él, y nuestros días de felicidad para mí siguen siendo inolvidables.

catorce

Con más calma, unos días después, retomé los preparativos para la fiesta de Jaime. A la hora de hacer la lista de invitados se disparó la alarma en mi cabeza: Jaime no tiene invitados porque Jaime no tiene amigos. Ni de la primaria, ni de la secundaria, ni del barrio, ni de la universidad. Todos desaparecidos. Sus invitados son siempre gente que lo acompaña circunstancialmente, compañeros de trabajo, colegas. Jaime parece ser un hombre que se vale por sí mismo y no necesita afecto.

Me contacté por teléfono con Ricardo, el anestesista que trabaja con Jaime, y me pasó los teléfonos de colegas suyos para invitarlos, todos parecían querer estar a su lado. Cuando en la fiesta esperábamos a que llegara Jaime, le pregunté a Ricardo si sabía algo de la recepcionista anterior, si sabía qué había pasado con ella. Me contestó con evasivas, dijo: *que te cuente Jaime, vos sabés cómo es esto, es complicado*. La que no dudó un segundo en incorporarse al festejo fue la recepcionista nueva, aunque yo no la invité. Ricardo me ayudó con Manuel, lo sostuvo en brazos mientras hablaba con los que iban llegando y yo sentí por primera vez lo que era tener ayuda sincera, desinteresada. Me alivió.

Cuando abrió la puerta no se sorprendió, pero fingió hacerlo. Jaime brillaba, estaba en su esplendor. Fue un día de los buenos, de esos días en que a mí me hace daño saber que lo amo tanto. De esos días cuando me pregunto qué vio en mí para prestarme atención, uno de esos días en que creo que no lo merezco. Él estuvo coqueto y agradable, chispeante y locuaz, charló y sedujo a todos, es como si hubiera una edición especial de Jaime que solo aparece en reuniones sociales. Agotada, a mitad de la fiesta, me senté acodada en la barra de la cocina a sorber un trago de maracuyá. Malena, su nueva recepcionista, se acercó con el cochecito y me sorprendí, creí que lo estaba cuidando Jaime. *Qué bien se porta este bebé, te felicito*, me dijo. Le ofrecí un trago y se acodó al lado a mirar la reunión conmigo y mientras hablamos del clima y de los invitados y de Jaime y de Ricardo todo estuvo bien, pero en cuanto deslicé una pregunta sobre su antecesora, apuró el trago y se disculpó para ir al baño. Nunca volvió. Más tarde, Jaime y yo sonreímos para la foto al lado de la torta. Con Manuel en brazos y sonrisa de padre satisfecho, pidió tres deseos y sopló una única vela dorada.

Después de la fiesta estábamos cansados y felices pero no perdimos la oportunidad de tocarnos y besarnos con voracidad. Esa electricidad a veces se sentía como lo único genuino, lo único fuerte que nos unía. No era un acto animal, no era tener sexo. Era una comunión, un acto religioso donde dejábamos todo lo que teníamos, todo lo que éramos, como ofrenda al ensamble sagrado.

Ese invierno mis padres nos invitaron a veranear en Key Biscayne, Estados Unidos, con la excusa de pasar más tiempo, algún tiempo, con su nietito. Alquilieron una casa de cinco habitaciones así que cada uno tenía privacidad y podíamos salir todos juntos, o solos si dejábamos a Manuel con mis padres o con mi hermano y su novia. Fuimos a la playa de la mano, el bebé conoció el mar, disfrutamos de leer y tomar jugos tirados en camastros o sobre la arena blanca. Fuimos felices. Una de esas noches, Jaime me invitó a comer. Dejamos a Manuel con mis padres y manejamos hasta un restaurante sobre la arena. En cuanto llegamos nos ofrecieron dos copas de champagne y brindamos:

—Por nosotros, por lo maravillosa que sos —dijo elevando la copa. —¿Y si nos casamos? Lo miré ilusionada pero sin poder decir una palabra.

—¿Qué decís? ¿Querés casarte conmigo?

Casarnos no estaba en mis planes, no era una de las cosas con las que yo fantaseaba. Para mí, estar cerca y juntos y poder decir las cosas que me molestaban cuando me molestaban hubiera sido más que suficiente. Pero le dije que sí, emocionada y sorprendida, y nos abrazamos, lloramos, nos besamos y nos reímos con emoción y fue quizás la noche más hermosa que pasé con Jaime. Decidimos casarnos. Nos tomamos las manos sobre la mesa y por unos días fluté en la ilusión de que todo podía estar bien, que este matrimonio abría una nueva posibilidad. Cuando volvimos a la casa que habían alquilado mis padres, les contamos la noticia y nos abrazaron emocionados. Mamá corrió a agarrar el teléfono para contarles a sus amigas en Argentina y papá enseguida ofreció la estancia familiar para que ahí se llevara a cabo la fiesta.

Cuando volvimos a City Bell, los días transcurrían agitados en casa. Además de cuidar a Manuel tenía que organizar una boda. Como siempre, me encontré en problemas cuando tuve que hacer la lista con sus invitados. Aunque muchos colegas asistían a las reuniones por su cumpleaños y a las fiestas de beneficencia, no tenía ningún amigo real. Del único del que me hablaba siempre era Ricardo. Una noche cuando estábamos en la cama abrazados, desnudos y a punto de dormirnos, se me ocurrió preguntarle por qué no tenía amigos. Se ofendió. Le comenté lo difícil que había sido ubicar a los invitados para su fiesta de cumpleaños, le pregunté si quería que lo ayudase a hacer su lista de invitados a la fiesta de casamiento. Me contestó con soberbia. *Mirá, a mí lo nacional un poco me tiene sin cuidado. Vos sabés que yo viajo bastante y lo que en verdad me interesa es cultivar mis relaciones con otros médicos en el exterior. No sabés si en algún momento nos podemos ir a la mierda de este país, ¿viste? No sabés. La gente acá es más chata, más aburrida, no me sirve tener gente acá, me da igual.*

Propuso los nombres de los médicos chupamedias de siempre, esos a los que les brillaban los ojos cuando hablaban con Jaime, cuando él les prestaba atención. Yo los entiendo, yo sé lo que es que ese hombre te preste atención y te encandile. Vos también sabés. Finalmente su lista de invitados fue más gorda que la mía: nadie quería dejar de ser parte de la boda del Dr. Galante. Haber sido invitado a la boda de Jaime era un honor para muchísimos médicos platenses, era un poco pertenecer a la crême. Pero yo me pregunté siempre cuántos de ellos solo asistían para figurar, y si alguno lo quería a Jaime en serio. En los cumpleaños era cómico ver cómo a los demás se les iluminaba la cara cuando Jaime les prestaba atención, y es que nadie tenía tanta presencia como él. Ya lo dije, encandilaba.

Papá se ofreció a pagarnos la fiesta. Después de llevarle diferentes presupuestos, *hija, el que a vos te haga feliz*, siempre decía, por fin encontramos uno que nos convencía a los dos. Aceptamos su propuesta de hacer la fiesta en la estancia familiar en Magdalena, a mí me hizo mucha ilusión porque sabía lo que disfrutaba Jaime de andar a caballo, cruzar el arroyo y llegar al río. Cuando todavía no estaba Manuel, nos gustaba sentarnos a charlar sobre la arena y cabalgar por la orilla.

Con la idea más o menos formada, me puse en acción. En cuestión de un mes yo ya sabía quién me iba a hacer el ramo, quién iba a ser el DJ y qué banda iba a tocar en la boda. Mandé a hacer las alianzas de oro, las invitaciones, elegí el menú para los invitados y me ocupé de todos los detalles. Casarme era un deseo que hasta yo desconocía que tenía adentro mío. Finalmente nos dieron fecha para el casamiento en el registro civil de 1 y 60 para el 14 de diciembre, sería una boda estival.

Hagámoslo simple, dijo él, civil el jueves y fiesta el sábado.

Era una idea genial, condensábamos todo el fin de semana. Los invitados más íntimos fueron invitados a dormir desde el viernes y a disfrutar de la fiesta el sábado y de un asado de despedida el domingo. Solamente quedaba un detalle por ajustar, ese sábado era el cumpleaños de mi primo favorito, Germán. Para quedarme del todo tranquila quería hablar con él, para asegurarme de que le pareciera una buena idea quedarse en la estancia el día de su cumpleaños. Con inocencia me dispuse a marcar el teléfono de mi primo para confirmar el día de la fiesta de casamiento, sin saber que después de esta llamada nunca volvería a ser la misma.

quince

—¿No te atiende? Está bien, no está contestando el teléfono hace semanas... ¿por qué no lo venís a visitar? Le va a hacer bien, te quiere mucho, te necesita.

Corté el teléfono, era mi tía Memé. Había intentado hablar con él durante días pero nunca me atendió. Me preocupé porque jamás había ignorado mis llamados antes, éramos muy buenos amigos desde siempre. Si bien él es diez años más grande que yo, cuando era chiquita mis padres me dejaban a dormir en su casa todas las semanas. No recuerdo si es que yo lo pedía o si necesitaban salir sin mí, como cualquier pareja, el caso es que me quedaba a dormir en lo de Memé, hermana de mi madre, y los pocos recuerdos que tuve siempre eran divertidos.

Germán, su hermana Estefanía y yo nos pasábamos las noches cantando y actuando que éramos los Pimpinela. En todos los casos Germán hacía de Joaquín Galán, y Estefanía y yo rotábamos entre la labor de camarógrafa o Lucía Galán, según nos supiéramos o no la letra de la canción que sonaba. Nos disfrazábamos y bailábamos en el living ante la mirada alentadora de Memé, que además era mi tía favorita: con ella había descubierto la poesía. Ella me acercó a los autores desde chica y me apasionó por las letras. Memé me empezó a regalar libros cuando yo tenía cinco o seis años, también me escribía cartas que para mí tenían muchas palabras difíciles, pero me animaba a buscarlas en el diccionario. Manteníamos correspondencia aunque viviésemos a pocas cuadras y no nos importaba que fuera evidente que nos preferíamos entre todos los tíos y los sobrinos. Más tarde, durante la adolescencia, me quedaba en su casa porque ella me permitía hacer las cosas que mis padres me prohibían. Me cubría para salir con mi noviecito y me refugiaba cuando quería faltar al colegio.

Además de ser mi primo preferido, Germán siempre fue mi mejor amigo y un tipo raro. A veces decía que veía duendes, cada vez más. Al principio creímos que era un juego para hacerse el gracioso, pero después la cosa se agravó. Todos en la familia sabíamos que Germán veía duendes por la calle, muchos nos reíamos, sobre todo los niños. Los adultos ignoraban los comentarios y su madre sonreía y se disculpaba: *es un chiste, le gusta hacer esos chistes*.

Una vez Germán ya adulto iba manejando su auto conmigo de acompañante, y a mitad de camino, en una calle céntrica de La Plata, puso las balizas, frenó y se bajó. Durante un largo rato se quedó mirando abajo del auto, directo en el pavimento. Después caminó hasta la parte trasera del auto y se agachó a curiosear ahí también. Demoró dos o tres minutos en cada inspección: los dos costados, el frente y atrás del auto. Caminó lento rascándose la cabeza y volvió a agacharse. Yo esperaba adentro, incómoda, sin entender por qué había parado o qué buscaba abajo del auto, pero sin alarmarme porque me había acostumbrado a sus comportamientos erráticos. Los otros conductores, los que no estaban desquiciados, los que no buscaban cosas imaginarias abajo de los autos, empezaron a impacientarse y a propinar bocinazos. *¡¿Qué hacés?!*, le pregunté cuando volvió a subirse. *Creo que atropellé a un bebé*.

Claro que no había atropellado a nadie. Claro que era una broma ridícula. Puso en marcha el auto y acomodó el espejito unas cinco veces antes de poner primera y reanudar la marcha. Episodios como este eran moneda corriente, a nadie ya le daba más que un poco de risa.

Otras veces interrumpía conversaciones para decirme *tenés un duende en la nariz*. Acercaba dos dedos y me tocaba la nariz como si me estuviera sacando algo, como quitándose polvo.

Antes de bajarse del auto cerraba con llave y comprobaba que todas las puertas estuvieran cerradas, inclusive el baúl. Daba algunos pasos por la vereda y volvía al auto para rechequear que todas las puertas estuvieran cerradas. Germán tenía sus rituales obsesivos pero entonces yo no sabía que eran una enfermedad, una condición, creía que era un chiste para demorarnos, para que llegáramos tarde, para que nos riéramos, como cuando veía duendes en las narices de la gente o cuando paraba el auto porque creía que había atropellado a un bebé.

Germán, a pesar de la diferencia de edad, fue siempre mi mejor amigo. Durante la adolescencia, yo catorce, quince, él veinticuatro, veinticinco, antes de que yo empezara con mis problemas, nos gustaba irnos en auto a Pinamar a la casa de nuestros abuelos maternos que quedaba vacía en invierno. Ahí la aprovechábamos nosotros, casi siempre juntos, íbamos a comer a restaurantes, al cine y a pasear por la playa. Pero de esas épocas mi recuerdo máspreciado es el viaje en auto. Manejaba Germán porque yo todavía no tenía la licencia. Preparaba dos cassettes con música de los 80, le gustaban Air Supply y los Bee Gees pero también Toto y Mini Vanilli, y cantábamos las tres horas y media que separaban nuestra ciudad de nuestra segunda ciudad. Nos apropiábamos de Pinamar, éramos dueños de cada risa, de cada pájaro y cada ola que rompía contra el muelle. Germán se llevaba sus jueguitos, sus Sega, sus Family Game, y yo salía a caminar en busca del próximo libro para devorar. O rumbeaba a la playa y me sentaba sobre la arena a mirar el mar y a escuchar a las gaviotas y a sentir que otra vida era posible.

Cuando me enteré de que Germán no estaba bien, mi primo preferido, mi hermano, me entristecí. No hablaba con él hacía meses, estaba ofendida por algo insignificante puesto al lado de la enfermedad que ahora lo atormentaba. Me había alejado de Germán unos meses antes de que naciera Manuel por un episodio que no resiste el menor análisis. Los Pimpinela iban a dar el último concierto del año y lo llamé para invitarlo, nunca habíamos ido a verlos. Como me faltaba solo un mes para parir, quise aprovechar ese momento, compartirlo con él antes de convertirme en una madre a tiempo completo. Ya con un bebé auestas no sabía cuándo iba a volver a estar libre para ir al teatro. Nunca fuimos a ver a Joaquín y Lucía porque Germán contestaba con evasivas. Cuando lo llamé con la tarjeta de crédito en la mano, diciéndole que lo invitaba, que no se hiciera problema, que era algo lindo que quería hacer con él antes de volverme una esclava de los pañales, Germán me contestó que no iba a poder ir conmigo porque su novia estaba celosa de mí. Yo me reí esperando que fuera una de sus bromas, como la vez que atropelló a un bebé inventado o como cuando encontraba duendes en el pelo de la gente. Pero no, me dijo: *ya sé que es cualquier cosa pero ella se pone celosa, no quiere que salgamos solos.*

Su novia en ese momento me pareció un ser repugnante, ¿qué clase de persona tiene celos románticos con la prima de su novio? Solo alguien gravemente perjudicada en su salud mental. Y los celos de su novia no eran lo único que me molestó, también que él los apañase. Me dijo que prefería evitar una pelea, que no quería ir conmigo.

Lo hablé con Jaime y me dio la razón: *ella está loca pero él es un pelotudo por escucharla.* Me alejé de Germán con mucho dolor. Enseguida nació Manuel y el asunto quedó archivado, en el olvido, y mi primo nunca conoció al bebé.

Así que cuando me enteré de que Germán no estaba bien ya había pasado casi un año desde la escena de celos y el trunco intento de salir al teatro con mi primo antes de volverme mamá para siempre. Me sentí mal, en verdad él no había hecho nada, así que llamé por teléfono para consultarle la fecha de la fiesta, Germán tenía que estar sí o sí.

Ger no está bien, Hele, me había dicho mi tía Memé cuando hablamos. *Hace semanas que no come, está tristísimo. Le haría muy bien verte, lo ayudaría muchísimo conectar con vos. ¿Por*

qué no venís a visitarlo? No come, no duerme, está postrado en su cama hace semanas, ya no sabemos qué hacer.

Memé ha tenido siempre una tendencia a exagerar los relatos, así que quizás todo lo que tenía Germán era una breve tristeza, pero cuando me llamó Beba, mi abuela materna, me asusté de verdad. Dijo que Germán había salido de una internación psiquiátrica, que pedía hablar conmigo.

¿Hablaste con Ger, Hele? Le va a hacer muy bien si vas a verlo, ¿qué te parece? Está muy triste, está flaco. No come ni sale de la cama. ¿Podrás visitarlo?

Memé vivía en una casa moderna en un barrio lleno de árboles, verde y cánticos de pájaros, pero adentro de la casa ese ambiente forestal se discontinuaba. En ese clima enrarecido me recibió mi tía, abrazándome y agradeciéndome la visita.

—Yo te cuido a Manuel, andá a ver a Ger.

En el comedor estaban sentadas a la mesa mi tía Lucrecia y mi abuela Beba, que también habían venido por pedido de Germán.

—¿Qué pasó?, les pregunté.

Mi abuela hizo un gesto de incógnita frunciendo los labios y levantando las cejas a la vez que abría las manos con las palmas al cielo. Mi tía Lucrecia me adelantó:

—Se está despidiendo de todos.

Fruncí el ceño confundida y Lucrecia movió la cabeza de izquierda a derecha en silencio.

Antes de subir a verlo entré a la cocina, busqué el termo, el mate y la bombilla y preparé el agua para que tomásemos unos mates. Cuando viajábamos a Pinamar, Germán manejaba y yo cebaba, pensé que un mate podía recrear los buenos momentos de paseo, que le podía cambiar el ánimo. Manuel ya estaba jugando con unas cajas de té sentado en el piso limpiísimo, mi tía Memé también tenía una obsesión pero no con duendes o bebés muertos sino con los gérmenes y las bacterias.

Bandeja en mano recorrí los pasos hacia el primer piso, debajo de mis pies los escalones de madera crujían como en las películas de terror. Cuando llegué a la puerta de la habitación de Germán, me quedé paralizada unos segundos. Ahí había, lánguida sobre la cama, una persona que se parecía bastante a mi primo pero era más una versión demacrada, un espectro, un fantasma. La habitación estaba a oscuras y las ventanas y cortinas cerradas. Solamente lo iluminaba la luz tenue de su velador en la mesita de luz al lado de su cama, donde yacía quietísimo.

Apenas me dijo *hola*, con las pocas fuerzas que le quedaban. Intenté descifrar el olor de la habitación, no era solamente olor a encierro, era el tufo agrio, metálico, de los medicamentos prescritos. Germán estaba tomando algo, yo conocía bien ese metal en el aire. Deseé con todas mis fuerzas que fueran medicamentos recetados por algún profesional pero después me acordé de la voz de mi tía: *tenés que venir a verlo, se está dejando morir y estamos desesperados.*

Germán está en la cama, tapado hasta el cuello. Intenta sentarse pero no lo consigue solo, así que lo ayudo acomodándole las almohadas. Le pregunto si está cómodo y sonriendo empiezo a cebar el primer mate. Germán habla, Germán llora. Germán elaboró una lista de familiares a quienes quiere pedirles disculpas. Primero llamó a Beba y le confesó que fue él quien chocó el Honda en Pinamar, en el verano del 99. Que no fui yo, ni fue mi primo Rodrigo. Que fue él pero que estaba demasiado avergonzado para decirlo antes. Ahora que sentía que estaba muriendo, quería expiar sus pecados.

Germán llamó a mi primo Rodrigo y le pidió que lo visitara. Cuando estuvieron juntos,

charlando en la misma habitación donde después estaría yo, se confesó culpable del robo del montoncito de dólares que Rodri guardaba desde hacía años y que había desaparecido en 2003. Por el hecho fue inculpada y desafectada la empleada doméstica.

Germán llamó a mi tía Lucrecia y cuando se encontraron, se declaró culpable del incidente del Rolex de 2004. La razón, algo en el medio entre la envidia y el descuido.

Germán no me quiere llamar a mí y me llama su madre. Me pide que lo visite, que lo vea, que lo abrace. No puede con su culpa, ha estado confesando pequeños delitos a modo de despedida. Gran devoto de Jesucristo, creyó que no debía irse del mundo sin exfoliarse los pecados. Esta vez era real, sentía que se moría. No era como cuando tenía ocho años y vio aparecérselo a una supuesta Virgen María que le pidió que ayunara y no durmiera. No fue como cuando, a los ocho años, Germán pasó las noches de una semana parado con los ojos abiertos por encomendación divina. Esta vez para Germán era más real que aquella aparición, y sentía que no le quedaba demasiado tiempo.

Germán intenta unas palabras pero no le salen. Lo tomo de la mano, la aprieto adentro de la mía y digo: *no pasa nada, Ger, vas a estar bien*. Y él responde: *soy malo... soy muy malo* y llora como un chiquito nadando entre la vergüenza y la muerte. Lloro con angustia. Se tapa la cara con vergüenza. Mi corazón se acelera y me late la cabeza. El ritmo de mi respiración cambia, como advirtiéndome que la próxima vez que Germán abra la boca mi vida va a cambiar. Dice: *soy una mierda, fui muy malo con vos, es todo mi culpa*.

¿De qué habla?

Te hice mucho daño, agrega, sin parar de llorar. Lo que dice sale de su garganta como estrangulado. *¿Pero ahora estás bien, no? Te vas a casar... y tenés un bebé... vos ahora... ¿vos estás bien?* Lloro, se atraganta. *Soy un hijo de puta...*

Yo miro todo esto entumecida, no puedo llorar. Hay unas manos invisibles que me quieren despedazar la garganta, que casi no me dejan respirar. Me tiemblan las manos así que dejo el mate y el termo en el piso. Tengo miedo y finjo entereza. Dice: *¿vos no te acordás de nada, no?*

Dejo de respirar unos segundos, me salteo un par de latidos. En mi cabeza hay una súplica — *por favor, no, por favor, no*—. Y ahí mirándolo a los ojos, las veo. Vienen a mí las imágenes como caballos: galopan porque les abrieron la puerta y quieren regresar a casa. Corren porque ya no hay obstáculos, son libres, vuelven a mí. Y lo veo, un muchacho de diecisiete años. Y me veo a mí, una niña de siete. Le pido a mi primo que me deje jugar con su computadora nueva, y él me lo permite con una condición que no acepto. Pero insisto en que me preste la computadora y vuelve a imponer su condición, *si te sentás aupa mío*. Tengo siete años y quiero jugar a la computadora.

Mirándolo en la cama vuelvo a sentir sus manos tantos años atrás acariciándome el abdomen, sus dedos a la altura de mi ombligo. Siento que con la otra mano me separa el pantalón y su mano derecha me acaricia por debajo de la bombacha. Soy chiquita pero me pongo incómoda y me muevo para que quite la mano. Deja pasar unos segundos y vuelve a tocarme. Siento abajo mío su dureza adolescente. Sus manos adultas frotándose contra mí.

Germán llora desgarrado, se tapa la cara. Yo estoy paralizada, sin poder hablar o moverme. Otra vez el mundo se abre abajo mío, otra vez la caída en picada. No hay de dónde sujetarse en el túnel donde me estoy cayendo.

Tengo ocho años, es de noche y me dejaron a dormir en lo de mi tía Memé. Ella me indica que duerma con Germán y me prepara una cama abajo de la suya. Germán está en la cama de arriba haciendo zapping con el televisor, yo en un colchón en el piso, en pijama. Finge equivocación o descuido y pone un canal de porno. *¡Tetas!*, me río yo. Me pide que me acueste

con él y siento que se mueve atrás mío. No cambia de canal y me hace ver cosas en la televisión, cosas que no entiendo, atrás mío se mueve a un ritmo inquieto.

Es de noche otra vez y ya es la hora de dormir. Hace un tiempo que cuando me quedo a dormir a lo de mi tía Memé, me da un dolor de panza horrible a la hora de acostarnos. Es evidente que no quiero dormir ahí. Mi tía llama al servicio de urgencias porque estoy llorando. Les digo que me duele la panza y que me arde la *colita de adelante*. Me pregunta el médico si me masturbo: *muchas veces tocarse con las manos sucias provoca infecciones*.

Yo la miro a mi tía haciendo una mueca con la cara, no sé qué significa masturbarse, ni la palabra, ni la actividad, ni el concepto. Tengo siete u ocho años. A ningún adulto se le ocurre que no eran mis manos las que me irritaban.

Es de noche otra vez, duermo en lo de Germán y vuelvo a tener dolor de panza a la hora de dormir. Germán puso porno y se mueve atrás mío. Cuando me despierto a la mañana estoy sin bombacha.

Germán pide perdón y llora. Estoy tan impactada que no puedo llorar, no puedo reaccionar de ninguna manera. Las imágenes vienen a mí por primera vez, se me presentan como una obviedad, una tras otra en mi cabeza, con detalles, casi con olores. Casi con el dolor de panza otra vez. Ahora soy la mamá de alguien, no me puedo descomponer.

Yo le conté a mami y me dijo que son cosas de primos, que no me preocupara... ¿Cosas de primos? ¿Cosas de primos que se llevan diez años? ¿Una niña abusada por un adolescente es cosa de primos? La madre está tan desquiciada como el hijo, no quedan dudas, tengo que escapar de esa casa. Me inundaron la tristeza y el desamparo y quise correr al único lugar seguro que conocía: los brazos de Jaime. Quedé quebrada, en pausa, se paró mi vida. No supe qué hacer, ni qué era peor: el abuso o el consentimiento familiar o que mi hijo estuviese en ese momento en manos de la loca.

Tranquilo, ya pasó, le digo, porque estoy en shock y no puedo decir otra cosa. Germán habla pero no puedo escuchar, estoy aturdida y las piezas de mi infancia, mi adolescencia y mi vida entera comienzan a caer en su lugar. Empiezo a entender por qué la tristeza profunda, las pastillas, esta mierda que siempre me sentí; por qué hoy amo a alguien que me hace daño. Me despido rápido sin reacción, siento que estoy muerta, que no voy a poder sentir nada nunca más, y crujen las escaleras cuando bajo en shock.

Una vez en el living hago un paneo desesperado para encontrar a mi bebé: Manuel sigue sentado en el piso jugando ahora con unas cajas de arroz. Un fuego me sube al pecho cuando pienso *si alguien le hace algo a él, yo mato. Voy en cana pero mato*. Lo tomo en brazos. Memé se acerca fingiendo ternura.

¿Te contó? ¿Cómo lo viste a Ger?, me pregunta apretando los labios, con la cara que hace una cuando algo le parece levemente inconveniente. *Yo le dije que no se preocupara, que son cosas de chicos*, dice.

Decido que mi tía es una causa perdida, que está tan loca como su hijo. Que los dos deberían estar presos o internados, y que mi hijo y yo corremos peligro. Me voy sin saludar a Beba o a Lucrecia (¿ellas saben?, ¿qué hacen ahí todavía?). Salgo corriendo como si la casa estuviera en llamas, como puedo pongo a Manuel en su sillita, me subo al auto y lloro sin descanso. Estoy rota. No sé en quién confiar, la gente que amo me daña.

No sé cómo salir del shock y lo llamo a Jaime que no contesta el teléfono. Las lágrimas no me dejan ver qué letras presiono en el teléfono pero, como puedo, le escribo un mensaje. Le pido que me encuentre en casa, que cuando termine vuelva directo. Le digo que es urgente.

Estoy estacionada en la calle, a tres cuadras de la casa de Memé de donde salí lo más rápido

posible. No puedo ir más allá, me tiemblan las piernas. Esas tres cuerdas las recorrí manejando entre lágrimas, llena de miedo y de otra sensación que no puedo nombrar pero que me cerraba la garganta y me hacía abrir la boca. Tuve que parar para aprender a respirar de nuevo. Tuve que apagar el auto y mirar el asiento de atrás para encontrarme con Manuel que me mira serio, preocupado, como si entendiera. Le sonrío secándome las lágrimas, fingiendo que todo está bien y vuelvo a mirar hacia adelante. Como acto reflejo me tapo la boca con la mano izquierda mientras intento reprimir una nueva ola de angustia que vuelve a romper en mi garganta con la fiereza de la primera vez. Vomito por la ventana. Me tapo la boca y ahogo el llanto mientras intento encontrar una explicación. Pienso en las veces que tuve pesadillas con Germán sin saber que no eran pesadillas sino recuerdos.

Me sobresalta un mensaje en mi teléfono: *qué paso? Manuel está bien? Termino y voy para allá, pero tranquila que sea lo que sea lo vamos a resolver.* Después de leer el mensaje me quiebro, ahora sí, sin disimulo, sin límites. Me dejo llorar todo lo que necesito porque ya no tengo que contenerme, ahora está él. Ahora que sé que cuento con su mirada y con su abrazo ya me puedo derramar. Le contesto: *Manu está bien, soy yo. Te espero en casa.*

Estoy más cerca de la casa de mis padres que de la mía, pero no puedo hablar con ellos ahora. Lo único urgente es volver a casa y abandonarme sobre sus piernas, sentir que me toca el pelo, que hay algo de mí que todavía está vivo, que todavía tiene sentido. Lo único urgente es volver a casa y mirarnos a los ojos, refugiarme en su abrazo, dormir protegida por su olor.

Cuando llega Jaime ya es medianoche y lo espero sentada en el piso de la cocina. *Chiquita...* dice, y se sienta al lado mío sobre las baldosas verde oscuro. Yo estoy seca, le cuento todo casi tranquila o casi muerta, o como si le hubiese pasado a otra persona. No me quiebro y no lloro hasta que lagrimea él y me dice *te amo* y me promete *nadie más te va a hacer daño, nunca más, chiquita. No voy a dejar que eso pase, ahora estás conmigo.*

Mirame, dice, y me agarra la cara con las dos manos. Me mira a los ojos: *ahora estás conmigo, yo te voy a cuidar.*

Ahora que hay una promesa de cuidado me puedo desmoronar, me puedo desarmar, puedo intentar descansar. Me abraza fuerte: vuelvo a respirar y me quedo dormida en el piso de la cocina, apoyada entre sus piernas. En esa duermevela, mientras me acaricia el pelo sobre su regazo, lo escucho decir: *¿vos sabés que desde que te conocí tuve la sospecha de que habías sido una niña abusada? En la residencia vimos algunos casos y te juro, desde el primer día vi señas, actitudes, que me decían que algo te había pasado. Nunca me animé a preguntarte.*

En algún momento subimos a la cama y nos dormimos abrazados, enredados, y yo solo puedo sentir agradecimiento por tener a Jaime al lado. Todas sus partes oscuras desaparecen, se evaporan, porque me está acompañando en el momento más duro de mi vida. De alguna manera extraña y retorcida soy feliz ahí entre sus brazos, entre sus piernas, y nada de lo que pase fuera de la cama me puede hacer daño porque duermo con él.

dieciséis

A partir de la tarde de la confesión y durante unos cuantos días, mi teléfono no paró de sonar y vibrar mostrando en la pantalla el nombre de Germán. Cada vez que leía su nombre en la pantalla me temblaban las manos y se me cerraba la garganta. La décima vez que llamó lo atendí y sin escuchar qué decía me animé: *no me llames más, por favor, dejá de llamar, no tenemos nada de que hablar nosotros.*

No sirvió de nada, las llamadas se sucedían. Había días de silencio y días en que caían diez o quince llamadas juntas. Cada vez que se iluminaba mi teléfono con ese nombre que ahora me causaba terror, temblaba. Desarrollé una especie de fobia al teléfono, lo dejaba abajo de la cama o adentro de la cómoda, en un cajón, hasta que volviese Jaime.

—Amor, no para de llamar.

Jaime se encargó de escuchar los mensajes de voz de Germán mientras yo lo miraba preocupada desde el otro lado de la mesa.

—Bueno, en algunos te pide perdón, en otros te insulta, en varios las dos cosas a la vez. En los últimos grita que sos una mentirosa y que le estás cagando la vida. Y hay un mensaje de la nefasta de tu tía diciendo cosas horribles. Amor, en mi opinión, bloqueá todos los números y que se vayan a cagar. Ya bastante te cagaron la vida. Es más, te diría que sería conveniente que te acercaras a la comisaría a hacer la denuncia. Si en algún momento pensás que querés denunciarlo, yo te acompaño.

Jaime buscaba la mini-pimmer para hacer hummus, yo tostaba pan con la mirada ausente, cuando mi teléfono volvió a mostrar su nombre. Germán. A las diez de la mañana o a las doce de la noche, no tenía límites. Ahogué un grito de angustia y le pasé el teléfono temblando. Jaime atendió, por fin. Lo amenazó y le ordenó que no volviese a llamar nunca más a mi número.

—¿Querés que te cague a trompadas, pelotudo? No la llames nunca más.

Sabía que si hacía la denuncia iba a sentir por lo menos que se impartía algo de justicia. Intuía que haciendo esa denuncia yo me iba a liberar un poco de la angustia. No podía cambiar lo inevitable, lo que pasó y lo que me hacía sentir tantos años después, pero por lo menos sentiría que estaba haciendo algo. Que por fin estaba haciendo algo. Aunque fuese tarde, aunque fuera en contra de un miembro de mi familia. Por primera vez alzaría la voz para denunciar que alguien que yo adoraba me había hecho muchísimo daño.

Hubo noches en las que de lo único que hablábamos era de Germán, como si en mi vida no existiese otra arista. De pronto me encontré con que mi primo me había tomado la vida: primero con sus llamadas, ahora con el miedo que provocaba su silencio. Mandé poner alarma en casa, reforzar las cerraduras de las puertas y poner trabas en todas las ventanas. Después de meditarlo cada noche durante una semana con Jaime, tomé la decisión de contarle a mi familia antes de hacer la denuncia. Esperé a que fuese sábado para encontrarlos a los tres: mis padres y mi hermano.

Ese sábado le pedí a Jaime que se quedara con Manuel para poder hablar con mi familia tranquila, pero él ya tenía planes. Él siempre tenía planes que no me incluían y a estas alturas ya no me salía ni protestar, ni decir que el hijo es de los dos, o que necesito privacidad para hablar del asunto más angustiante de mi vida. Si objetaba, si lo contradecía, enseguida encontraba el

punto donde herirme. *¿Justo a mí me decís que no estoy nunca? Tenés sobradas pruebas de que soy el único tipo que te va a bancar toda la vida, el único tipo en el que podés confiar. Mirá un poco alrededor tuyo y fijate quién es el único boludo que está siempre.*

Yo no tardaba en pedirle perdón (¿perdón por qué? ¿por pedirle que se quedara con su hijo una tarde?) y él actuaba de ofendido. Después corría a darle un abrazo, no podía darme el lujo de perder su mirada, no podía desarmarme.

Llegué a casa de mis padres con Manuel. Le puse un par de juguetes y libritos infantiles sobre una alfombra en el piso para que se entretuviera y junté a todos en el living. Mamá y papá estaban nerviosos, Federico jugaba con el teléfono. Lo conté como pude tratando de no quebrarme para no alarmarlos. Hice esfuerzos con la garganta para mantener la voz, hice las pausas necesarias pero la voz me salía quebrada y no llorar se convirtió en una tarea imposible.

Mamá se tapaba la boca con las manos, en un gesto de incredulidad o sorpresa. Mi padre impactado no emitía palabra. Mi hermano esperó a que terminase el relato, se levantó del sillón y salió de la casa hecho una furia.

—Lo voy a matar al hijo de puta.

Mamá le gritó desesperada a mi hermano para que volviese a casa.

—¡Por favor te lo pido, no hagas un escándalo!

Papá se ocupó de explicar con gestos y ademanes a los vecinos que salieron preocupados a la calle que todo estaba bien, que no pasaba nada. Me subí al auto y fui a buscar a mi hermano que ya había corrido dos cuadras y se dirigía a lo de Germán. Cuando lo tuve cerca le expliqué desde arriba del auto:

—*Gracias por esto, ya sé que es tu manera de decirme que me querés pero lo que realmente necesito es que vuelvas a casa y me abrases.*

De vuelta todos en la casa, Manuel todavía jugaba con sus libritos, nos volvimos a sentar en los sillones de cuero del living. La casa olía a verbena y madera, todo estaba limpio, todo brillaba menos yo. Sentí que había venido a interrumpir una vida perfecta. Sentí que si bien me amaban, no podía contar con ellos. Todo estuvo bien mientras les conté lo que había pasado en lo de Germán, pero se oscureció cuando les dejé entrever que mi idea era hacer la denuncia.

—Para qué, Hele, ya bastante dolor te ha causado, hay que dejar las cosas atrás y mirar para adelante. No ganás nada revolviendo el pasado —dijo papá.

Le pregunté a mi madre si pensaba lo mismo y ella asintió.

—¿Vos estás segura, no? ¿Por qué no te lo acordaste hasta ahora, Hele? ¿No será otro desvarío de Germán? No te enojés, solamente estoy diciendo que es extraño, la cabeza a veces juega con nosotros. Nos parece innecesario hacer la denuncia, hija, ¿para qué? ¿en qué te beneficiás vos, si lo hecho hecho está?

Mi hermano levantó la vista del teléfono, apretó la boca y puso las cejas en alto, como diciendo y *bueno, ya sabés cómo son.*

No tardé en quebrarme. Entendí cuál era la postura, la inconveniencia. ¿No me creían o pretendían atenuar el asunto? ¿Era una desgracia para el buen nombre de la familia? ¿Era suicidio social para la familia modelo? ¿Mi madre estaba queriendo cubrir a su hermana Memé? ¿Qué pasaba por sus cabezas? Papá dijo:

—Hele, ya pasó hace años y viviste lo más bien hasta acá. Dejalo ir, te va a liberar, perdonar es lo que realmente te va a hacer feliz.

Yo sé que no hubo malicia en sus comentarios porque son buenas personas. Pero tuve que recordarme que eran mis padres y que me habían criado y amado toda una vida para no odiarlos. El dolor de la falta de apoyo puso en peligro el falso equilibrio que mantuve hasta entonces, la

boda se me estaba viniendo encima y no tenía cuerpo para hacerle frente. Con el dolor y la angustia tomándome la cabeza por completo les dije a mis padres que cancelaba la boda, que no tenía nada que celebrar. Ahí sí se alarmaron: me dijeron que era una locura, que había que cancelarles a más de cuatrocientos invitados —la mayoría amigos de mis padres—, que la estancia ya estaba lista, que los caballos, que el catering, que la orquesta... que era imposible desarmar esa boda. Que me lo pensara bien, que iba a ser *un escándalo*.

Me puse a gritar como los locos.

—No puedo creer que me den la espalda —dije desesperada por no reconocer a estos dos personajes.

Me lo esperaba de mi padre, siempre pendiente de sus contactos importantes, manteniendo la fachada, siempre priorizando sus negocios, pero no de mi madre. Fallé, fue mi error. Tendría que haber previsto que iba a ser duro para ella: Memé había sido siempre su modelo a seguir, su hermana mayor y su mejor amiga, y en nuestra familia no pasaban estas cosas. Y si pasaban estas cosas, había que actuar con discreción.

Desconsolada junté los libritos y los juguetes de Manuel y lo hice a upa para desaparecer de esa casa, pero se desaceleró mi salida cuando me di cuenta de que Manuel tenía el pañal lleno de pis. Me quedé en la puerta freezada por la impotencia o por el dolor, con Manuel a upa, con su mochila a cuestras, con mi cartera colgando y con las llaves del auto en la mano. Mamá se acercó con gesto preocupado, tiré el bolso y las llaves y la cartera al piso, lo dejé a Manuel a un lado y me dejé ayudar. Sin decir una palabra, mamá le hizo upa a Manuel y le cambió el pañal ante mi mirada vencida.

—Andá, subí las cosas al auto —me dijo. Y cuando hubo terminado con Manuel, le dio un beso en el cachete y desapareció.

diecisiete

—Amor, no tolera que estés en el centro de la escena. Siempre te dije que tu vieja competía con vos. No tolera que estés en el centro de la escena, para bien o para mal. Por el casamiento o por el abuso, no lo soporta. Hace años que te lo vengo diciendo pero no me escuchás hasta que es evidente.

Le creí. Lo que decía tenía todo el sentido del mundo. ¿Cómo iba a desconfiar de la única mirada que me aliviaba? ¿De los únicos brazos que me sostenían?

—Ahora te toca a vos brillar, ser la estrella. Tus viejos ya son actores secundarios, vos dejaste de ser una niña y te convertiste en esta mujer hermosa. Dales tiempo para que procesen y no arruines el casamiento, enfocate en eso. No dejes que Germán, tus viejos o ningún otro hijo de puta te arruinen este momento maravilloso.

Fueron días de muchísima confusión. El dolor por la revelación del abuso me dejó rendida, casi en el suelo, pero tenía que ser fuerte por Manuel, demostrarle que tenía una madre que lo sostenía. Pero era una madre que caminaba por la cuerda floja haciendo equilibrio para no caer, apenas sostenida por un marido que unas veces estaba y otras desaparecía. Con la familia atormentada por la vergüenza o la culpa, nunca supe, me encontré más sola que nunca.

Una de esas mañanas de primavera, salí a caminar por el country con Manuel en el cochecito. Caminé cinco cuadras hasta el Club House donde se juntaban las mamás a charlar mientras sus hijos jugaban en la plaza. Una sola me caía bien, Carolina, era con la única que había formado algún tipo de vínculo. Creo que porque todas las mamás tenían treinta y pico y nosotras éramos las jóvenes. También pegamos onda porque Manuel y su hija Lola se elegían para jugar cada vez que coincidíamos en la plaza.

Carolina me convidó un mate y me preguntó por los preparativos de la boda y yo hice todos los esfuerzos necesarios para aparentar ser una novia contenta, pero al rato percibió que algo pasaba. Solo hizo falta que me mirara con los ojos chinos y me preguntara *¿vos estás bien?* para que yo me rindiese ante la tristeza acumulada. Me abrazó ahí donde estábamos, sentadas en una manta sobre el pasto, y me invitó a su casa. Con las pocas fuerzas que junté, dormía mal y cuando dormía tenía pesadillas, llegué hasta su casa con el cochecito. Me di cuenta de que caminar con alguien al lado aliviana un poco las cosas.

Cuando llegamos hizo café y nos sentamos en un sillón claro de pana mientras Lola y Manuel jugaban en el playroom. Le conté todo. No me soltó la mano durante todo el relato y se le llenaron los ojos de lágrimas. Me dijo que sentía mucho lo que me había pasado y que creía que la denuncia era algo que iba a ayudarme a darle un fin a la historia, un cierre. Le expliqué la situación de mis padres, de la vergüenza de hacer público de alguna manera algo tan privado, le hablé de mi dolor por la dualidad que me hacían sentir.

Carolina me escuchó todo el tiempo apretándome la mano y después de contarle me sentí mejor de inmediato. Sentí que contárselo a alguien que no fueran mi marido o mis padres me liberaba un poco del dolor. La mirada de Carolina significó un respaldo silencioso, fue liberador contárselo a alguien que inmediatamente me dijo:

—Te creo, te entiendo y te banco, contá conmigo.

Le agradecí el café, el apretón de manos y la mirada tierna. No me miró como a una víctima

sino como a una mujer que necesitaba desahogarse, me miró como a una par.

—Yo te propongo que hables con tus viejos y les expliques tranquila que no vas a invitar a la boda a la gente que te duela ver, ellos te van a entender. En este momento tenés que estar con gente que te haga bien. Y no estés triste, tenés un montón de cosas lindas que te están pasando, eso no significa que deje de doler o que no puedas mirar atrás para revisar, para tratar de entender. Pero tampoco hay mucho que entender, lo que te pasó es horrible. Sos muy fuerte, Hele. Vos sos mucho más que eso que te pasó, no dejes que te defina. Creeme a mí, yo te veo todos los días con Manuel, sé cómo te ama ese chiquito, sé la mamá que sos. Por ahí podrías pedir más ayuda, a mí si querés. Estás siempre muy sola. Yo estoy acá siempre. Aprovechame, estoy con vos, yo te banco.

Las palabras de Carolina calaron hondo. A partir de ese día, las invitaciones a cenar a su casa fueron cada vez más frecuentes. Al principio me negaba, sentía que tenía que hacerme cargo de mi dolor sola. Pero las invitaciones no pararon de llegar *venite a casa que Diego está haciendo unos lomitos a la parrilla o Diego juega al fútbol con los amigos, ¿por qué no venís con Manuel a cenar y pedimos unas pizzas?*

Aprendí a decir que sí. Dos o tres veces por semana cuando llegaba su esposo Diego del consultorio médico, nos encontraba charlando y tomando mate con la vista atenta en Manuel y Lola que se disfrazaban o jugaban a las muñecas o los autitos. Al principio pensé que Carolina se sentía identificada conmigo porque al ser su esposo también médico, quizás estaba tan sola como yo. Pero no. Diego volvía todos los días a la misma hora, entre las ocho y las ocho y media. Y si sabía que llegaba tarde le avisaba con una llamada. Los dos eran médicos, Diego y Jaime, pero no tenían la misma idea de familia o de responsabilidad parental. Jaime era un fantasma.

Diego llegaba a la casa y corría hasta donde estuvieran Lola y Manuel para saludarlos y se sentaba a jugar con ellos, por más cansado que estuviera y hablaba conmigo como si fuera un amigo de toda la vida. Creo que esa pareja me salvó de la tristeza profunda. Cuando estaba con ellos todo tenía sentido. *Dale, voy un rato hasta que llegue Diego*, decía yo, pero cuando llegaba siempre me invitaban a que me quedase a comer. *¿Está Jaime en tu casa? ¿Y para qué te vas a ir entonces, boluda? ¿A comer sola en tu casa te vas? Dejate de hinchar, quedate que preparamos algo rapidito.*

Entonces mientras Carolina preparaba el agua para hervir arroz yamaní, yo ponía la mesa y Diego nos cebaba mates. Charlábamos de cualquier cosa: de sus pacientes, viejos con la cadera rota, de libros, de historia o de política, de series o de películas.

Más tarde, cuando eran las diez y media o las once de la noche, me volvía a casa con Manuel, casi siempre dormido, para encontrarme con una casa abandonada. Las luces apagadas, la casa como muerta. La vida pasaba por otro lado, ese ya no era mi lugar seguro. Había descubierto otra manera de ver la paternidad, otra manera de entender a las parejas, otro vínculo padre-hijo que era extraño para mí. Me consolaba sabiendo que en algún momento de la noche, o de la madrugada, Jaime iba a aparecer para abrazarme hasta que me durmiera.

dieciocho

Le escribí: *mamá, lo estuve pensando muchísimo y creo que no voy a poder dejar esto atrás hasta que haga la denuncia. Leí mami está escribiendo...* pero no llegaban los mensajes. Otra vez *mami está escribiendo...* pero nada. Sé cuánto le costó responderme pero también sé cuánto me costó a mí: tuve que meditarlo con Carolina, con Jaime, para por fin tomar una decisión.

Diez minutos después llegó a mi teléfono un mensaje de mi madre. *Germán llamó para decir que se equivocó. Memé cree que le pegó mal la medicación y que está alucinando. Es posible que nada de lo que confesó sea cierto, ¿por qué no lo pensás un ratito más y tratás de tranquilizarte?* Tiré el teléfono sobre la cama y bajé a la cocina hecha una furia. Unos gruñidos desconocidos me salían de adentro y por un momento creí que me había convertido en una bestia. Porque en esos días, en sueños o en alucinaciones, me habían ido apareciendo cosas escondidas, escenas repugnantes, manoseos incomprensibles.

Quise mirar un video de cuando éramos chicos, nada, una tarde en una pileta, pero me dio tal angustia que lo tiré a la basura. Como si en cualquier momento fuera a aparecer una escena de cómo me bajaban el traje de baño a los ocho años. Quería trasladarme en el tiempo y abrazar a esa chiquita que fui y llorar con ella.

Sin poder controlar la ira abrí la puerta de la alacena donde guardábamos los platos y tiré dos contra el piso mientras gritaba como un animal herido. Me senté cerca de los añicos, intenté concentrarme en mi respiración, pero nada podía sacarme del estado de furia. Corrí arriba en busca del teléfono. *¿Por qué seguís hablando con Memé, mamá? ¿Tan poco te importo?*

Me contestó enseguida: *Es mi hermana. Las cosas se charlan, Helena. Tranquila, va a estar todo bien.*

Pero no estuvo bien. Cuando me calmé me acerqué a la casa de mis padres para intentar conciliar posición con ellos, de cualquier manera se nos venía encima la boda y nos íbamos a tener que ver las caras, lo quisiéramos o no. Mamá me recibió correcta, le sonrió a Manuel y enseguida nos movimos para la cocina donde lo sentó y le cantó «en el auto de papá». Yo le buscaba la mirada para intentar empezar una conversación pero se mantuvo esquivada.

Cuando no aguanté más la tensión y el silencio, hablé.

—Mamá, no podés seguir hablando con Memé. Me hace pensar que no me creés, que les creés a ellos. Están locos, mamá. ¿De qué lado estás?

Dejó por un momento de jugar con Manuel, me miró seria y me dijo:

—Soy tu madre, estoy de tu lado, siempre. Pero Memé dice que Germán está súper medicado y que quizás todo es parte de una alucinación y no vamos a hacer semejante lío por una confesión que no sabemos si es cierta.

Me levanté de la mesa hecha una furia y le grité que me acordaba de todo, que cómo iba a ser un invento.

—Bueno, es por lo menos extraño que te haya vuelto la memoria justo ahora, qué querés que te diga... yo te apoyo, pero no veo por qué es tan necesario... —dijo.

No la dejé terminar.

—No lo puedo creer —dije. Junté los juguetes y la mochila de Manuel, lo levanté a upa y caminé hasta la puerta. Mamá me seguía los pasos.

—Siempre hacés lo mismo, esto hay que pensarlo como familia, no como individuo.

No había demasiado lugar para pensar ni resolver nada. Mi madre me creía, sí, quizás me creía, pero no le parecía oportuno levantar polvareda. ¿Qué iban a decir los amigos? ¿Cómo iba a influir el chusmerío en su club de lectura, en su grupo de tenis? ¿Qué iban a pensar de ella como madre? No podía permitir los comentarios. Y yo no podía permitir que me dieran la espalda de esa manera. Por un momento quise desaparecer, dejar de existir. No una muerte violenta pero quizás solo dejar de respirar y no tener que lidiar con todo esto.

Subí a Manuel a la sillita del auto, le puse el cinturón y volví a caminar hacia la puerta entreabierta donde nos miraba mi madre.

—Mamá, necesito que me apoyes en esto.

—Te apoyo, pero estoy en contra de la denuncia, no le encuentro sentido.

—La voy a hacer de todos modos —dije.

—Y tenés derecho a hacerlo —me contestó mientras me cerraba la puerta en la cara.

Antes de subir al auto desabroché a Manuel de su sillita y lo abracé fuerte en la vereda. Lloré sola pero sentí que ese abrazo me sanaba. Ahí estaba el hombre que me iba a amar para siempre, estuvo ahí siempre conmigo.

—¿Sos feliz, Manu? ¿Entendés la mamá que te tocó, no? —le pregunté.

Dijo «mamá» y me sonrió.

diecinueve

Estoy sentada en una comisaría, apenas puedo abrir los ojos. Estoy un nivel más allá de la decepción y la tristeza. Descubrí que mi primo favorito, mi amigo, mi confidente y mi compañero de viaje en verdad es un abusador, un loco hijo de mil putas. Un pedófilo. Descubrí que mis padres me aman de una manera muy particular: solo cuando no les estoy causando un disgusto, cuando no estorbo, cuando no significo una molestia en sus vidas.

Estoy sentada en una oficina donde hay cuatro escritorios. Me atiende un hombre y yo pido que me tome la denuncia una policía, me siento más cómoda entre mujeres. Mientras espero a la mujer policía veo una cucaracha negra, grande y alada, que camina por la pared en dirección al techo. Mientras la policía se sienta y me pide que le cuente, no puedo quitarle la vista de encima al bicho.

No me quedan fuerzas para hablar pero hago mi mejor esfuerzo. Jaime me agarra fuerte de la mano cuando me cuentan que desafortunadamente el delito expiró, que después de 10 años de ocurrido el evento ya no se puede enjuiciar a nadie. Lloro, me rindo ante la injusticia y Jaime me abraza. Lloro porque no puedo hacer nada que me devuelva la vida como la conocía antes. Lloro porque me derrumbo, porque no puedo confiar en nadie. Porque la gente que amo no me ama. Porque la gente en la que confío me hiere. Porque por fin entiendo la tristeza en la que estuve sumergida toda mi vida.

Entendí por qué soy incapaz de recordar nada de mi infancia, que el dolor era tanto y tan profundo que para no lidiar con él preferí olvidarme. Comprendí por qué siempre me había sentido tan angustiada, tan triste, tan desesperanzada. No era tristeza por desamor; no era que — como me decían, en casa medio riéndose— de chiquita yo era medio loca pero después me encarrilé. Entendí por qué mi psicólogo se volvía loco conmigo y siempre me preguntaba si no había tenido un episodio sexual de chica con un mayor y yo le decía que no, que nada que ver, que mi familia era buena gente.

Pero ese fue el fin de la familia como la conocía hasta entonces. La familia se dividió ante el abuso. Se rajó la tierra entre los que me creían a mí y los que preferían creerle a Germán, que ahora llamaba a los primos y a los tíos en complicidad con su madre, para decir que era un invento mío. Tengo la denuncia conmigo como evidencia de la verdad. No puedo probar que fui abusada por Germán pero tampoco pensé que iba a necesitar pruebas para que mis primos, que fueron siempre mis hermanos, me creyeran una cosa así.

Fue por la revelación del abuso, unas semanas antes de casarme, que perdí a la mitad de mi familia. Justo antes de casarme me enteré del secreto turbio, estancado, que se me escondía desde siempre pero que algunas noches se me aparecía como pesadilla. Fue liberador saber la verdad y angustiante entender que a mucha gente que amo les pareció una realidad demasiado dolorosa para aceptar como verdad. Prefirieron pensar que la que mentía era yo.

Algunos jamás hablaron del tema conmigo, pero siguieron dejando que Germán entrase a sus casas. Perdí a muchos de mis primos y tíos, con esa gente yo no me relaciono. Condeno a los abusadores, a los pedófilos, a los encubridores y a los que se callan y no opinan. Porque si no estás del lado de la víctima, estás del lado del agresor.

veinte

—Hiciste bien en irte —me dijo Jaime cuando le conté el episodio con mi madre. —Amor, esto es un juego de ajedrez, hay que jugar con diplomacia. Acordate, el que se calienta pierde. Ahora viene el casamiento y vos tenés que estar tranquila, sonreír, tratar bien a los que quedaron de pie después del terremoto. No me sorprende lo de tu vieja. Tu familia somos Manuel y yo, nunca te olvides de eso. Los demás que hagan lo que puedan cuando puedan. Nosotros, mientras tanto, sigamos adelante.

Seguir adelante significaba continuar con nuestra vida como familia, continuar con nuestros planes y el más inmediato era casarnos. Entonces llegó el día del casamiento por civil. Temprano el jueves, me acerqué a la casa de mis padres con Manuel, porque con mamá ya teníamos arreglado compartir maquilladora y peinadora. Habíamos limitado nuestras interacciones a meros arreglos de detalles: a quién maquilla primero, a qué hora llegás a casa, en qué auto vamos al registro civil. A Manuel le compré un trajecito, una camisa y unos zapatos preciosos, parecía un principito. Yo me ajusté a un vestido blanco hasta las rodillas y mangas tres cuartos. Tenía bordado en hilos de seda natural y calados Richelieu, con algunos apliques de flores blancas. Frente al espejo me vi hermosa. El jueves recibimos a los más íntimos en el registro civil de 1 y 60. Me acompañaron mis padres, mi hermano y su novia, y ahí me encontré con Jaime que estaba radiante.

Cuando llegué lo encontré hablando con otros seis señores de traje que yo no conocía pero que parecían ser sus admiradores más que sus amigos. Parecían embobados por él, que irradiaba felicidad por ser el centro de la reunión.

—¡Llegó la bruja... cagamos! —bromeó cuando me vio caminar hacia el registro con Manuel a upa. Mi madre que caminaba detrás ya derramaba algunas lágrimas, la cara de mi padre estaba enrojecida, supongo que de contener el llanto.

—¡Osvaldo, después hablamos de la dote! —le dijo Jaime a papá, riéndose.

—¿La dote? —pregunté.

—Claro, si les saco el clavo de encima por lo menos quiero recibir algo a cambio —dijo para que escucharan todos.

Los de traje se rieron y yo ensayé una risita que duró poco porque Manuel tropezó y casi se cae de boca contra el piso. Pasado el incidente, nos reunimos los pocos invitados y la jueza nos habló de matrimonio. Me emocioné mirándolo a Jaime: el hombre que me bancó en el momento más importante de mi vida, el que me prestó el hombro cuando mi familia me dio la espalda. Ese mediodía nos convertíamos oficialmente en marido y mujer y pensé emocionada *esta es mi única familia, la única que importa*.

Mamá se secaba las lágrimas, sonreía y se abrazaba a papá que también intentaba disimular la emoción. Nos declararon marido y mujer y lo miré maravillada antes de besarlo. En silencio le agradecí que estuviera conmigo, que todavía se quedara conmigo a pesar de la montaña rusa que era mi vida.

Saliendo del registro nos cayó encima una lluvia de pétalos de jazmín en lugar de granos de arroz porque a mi madre le pareció ordinario el ritual original. Nos tomamos fotos con la libreta de casados en la mano. Foto: los recién casados con las pocas amigas que me quedaban, Eugenia

y Victoria del colegio, Carolina y Diego del country. Foto: la pareja recién casada con los seguidores y obsecuentes de Jaime. Foto: la pareja con los pocos familiares que a duras penas se mantenían de este lado. Supongo que algunos creían en mi testimonio y que muchos otros no querían perderse la fiesta ni los chismes. Después de todo, me estaba casando con el médico más célebre de la ciudad. Cuando llegó el turno de la foto con mis padres, se acercaron con una sonrisa que parecía esconder cierto temor. Creo que mamá tenía miedo de que no la abrazara frente a la cámara.

Que seas muy feliz, hija, dijo papá, y mamá asintió con la cabeza secándose unas lágrimas discretas. Foto.

Nuestro casamiento en la estancia, unos días después, se resume a unas pocas imágenes que vienen a mí como flashes. La tarde cayendo en los tonos naranjas y violáceos, el cielo rosa más rosa que nunca. Iluminado con velas y fanales el sendero que caminé del brazo de mi padre hasta tomar la mano suave de Jaime del otro lado. Jaime esperándome debajo del arco de flores blancas y cañas de bambú. El aroma de los jazmines. El ramo de novia: un bouquet de lirios rosas y blancos. Manuel que me mira al final del sendero, desde los brazos de Jaime. Los invitados elegantes secándose las lágrimas, el vacío de saber que la mitad de mi familia no está, y que con la mitad que asistió a la boda no estoy en los mejores términos. Son apenas poco más que extraños. La estancia convertida en la locación de una película romántica: ristas de luces vuelan sobre nuestras cabezas, bañándonos de luz cálida y tenue. Un cuarteto de cuerdas interpreta «Cripple and the Starfish» de Antony and the Johnsons. Los pasos hasta llegar a Jaime, el peso de las miradas de los otros. Mi vestido blanco y mi corona de flores. Las trenzas en mi pelo como representación de nuestras piernas. Jaime que me mira a los ojos, me toma de las manos y me pide: *Laisse-moi devenir l'ombre de ton ombre, l'ombre de ta main, l'ombre de ton chien. Ne me quitte pas, ne me quittes pas*. Me pone el anillo y me besa la mano con lágrimas en los ojos. Jaime que me dice: *te amo, chiquita*. Yo que tiemblo un poco.

El nudo. Mi garganta que se cierra, el aire que no llega, no pasa, no lo encuentro. Las palabras de Jacques Brel en la boca de Jaime: *dejame ser la sombra de tu sombra*. La boca de Jaime que dice *la sombra de tu perro* y como una premonición cruzada pide: *no me dejes*. No sé si lloro porque me estoy casando enamorada o porque sé que no es para siempre.

Juro que es para siempre mientras le pongo el anillo en su dedo pero sé que no. Intuyo que no. Me apena y me desgarras pero sé que no, yo ya sé que Jaime no me ama. No sé si lloro por ver a mis padres llorando y no sé si ellos lloran por la boda o la emoción, porque quieren pedirme perdón o porque saben que estamos en la misma ceremonia pero estamos lejos, lejísimos.

Emocionada recibo su anillo, recibo sus promesas sin creérmelas y me da pena por nosotros, por los que éramos. Esos dos que eran héroes, esos que no podían soltarse las manos, esos son quienes se tendrían que haber casado. No nosotros, no estos restos de lo que fuimos. Me emociono por lo que fuimos en Perú y viajando en avión y por el abrazo que me dio cuando nos enteramos de que íbamos a ser padres y lo beso cuando me pone el anillo.

Ahí estamos bajo el arco de flores blancas ante la mirada romántica de los invitados. Ahí estamos jurándonos mentiras, tomados de las manos como cuando nos contábamos la verdad, como cuando nos creíamos. Me emociona querer confiar en él otra vez. Deseo apasionadamente que la boda nos encarrile, nos convierta en otra cosa. Nos asemeje a los matrimonios que conocemos: los que no se mienten, los que saben volver de las peleas. Los que no terminan tirándose cosas por la cara cuando sienten que la traición quema. Acepto sus promesas y deseo que nos convirtamos en un matrimonio regular, común, ordinario. Que algún día nos aburramos de vernos las caras y ya nos conozcamos los gestos y las frases y podamos adelantarnos a lo que

va a decir el otro. Quiero poder quejarme de que está tirado en el sillón, no de que pasan las horas y los días y no sé quién es mi marido porque tiene la mirada perdida. Quiero que cuando me mire esté pensando en nosotros o en lo que le cuento. Quiero saber a dónde va su cabeza cuando me mira en modo robot, en automático. Quiero que seamos aburridos y predecibles, un matrimonio como los demás.

Nos decimos *te amo* y nos damos un beso largo. Busco en sus ojos algo verdadero para aferrarme a eso. O quizás busco un rastro de mentira, de simulación. Quiero saber si esto es de verdad y no una puesta en escena para sus admiradores, para su examantes, pero una avalancha de gente se amontona para abrazarnos y felicitarnos y pierdo su mirada.

Rodeada de gente que intenta abrazarme y saludarme y que hace fila para decirme lo hermosa que estoy y para bendecirnos, la boca me tiembla en una mueca que nadie puede interpretar, que es de terror y asfixia pero parece emoción. Se me caen las lágrimas, y no soy la única que llora, pero soy la única que no puede respirar.

Abrazo a gente que siento lejos, gente que desconozco. A la mitad de un abrazo robotizado, idéntico a los últimos diez, encuentro los ojos de Carolina que me miran de lejos, está haciendo la fila interminable para saludar a los novios. Abro la boca para intentar encontrar algo de aire pero besos y abrazos y felicitaciones se interponen en mi camino y me baja la presión. Carolina se abre paso entre el tumulto de gente emocionada por figurar, por abrazar, por aparecer, y me rodea con sus brazos. Cuando estamos cara a cara me acerco a su oído y con la voz que me queda, con un hilo de voz penosa, le digo: *sacame de acá*.

Carolina vuelve a mirarme a los ojos, estamos apretadas, me pregunta con la mirada: *¿de verdad?* Y yo sin voz hago la mímica con la boca: *sacame de acá*.

La marea humana expulsa a Carolina y la veo alejarse hasta desaparecer. Continuo saludando a los invitados fingiendo que lloro de emoción y no porque sé que esto es un error.

Cuando todos están sentados en sus lugares y los abrazos y las felicitaciones menguaron, desaparezco. Mamá me pregunta si estoy bien, dice que estoy pálida. *¿Querés que te tenga a Manuel?* Acepto la oferta y corro al baño más lejano, corro al último baño de la estancia. Está en el segundo piso y tan lejos de la fiesta que ni siquiera está preparado para recibir invitados. Me siento a llorar sobre el inodoro y siento que me ahogo. Todavía no sabía identificar un ataque de ansiedad.

Tocan la puerta y grito *ocupado* pero es Carolina, que abre y entra de todos modos.

—Hele, ¿estás bien? Tuvieron que servir la comida sin vos, te estamos buscando hace cuarenta minutos.

Me ve llorar y se desespera.

—¿Hey, qué pasó? ¿Pasó algo?

Le digo que no puedo volver, que es el vestido, que no puedo respirar. Carolina me mira la espalda y me ayuda a desabrochar los treinta botones forrados en seda de mi vestido de novia. Pero entiende que no es el vestido, que soy yo. Que no puedo respirar. Se sienta al lado mío en el piso del baño y me abraza.

No me pide explicaciones, no me pide que me levante ni que me abroche el vestido ni que me vuelva a poner los zapatos ni que camine a la fiesta. Se queda conmigo en silencio, acompañándome. Treinta minutos después la que toca la puerta, y no espera respuesta para entrar, es mi madre. Tiene una expresión seria en los ojos, quizás es de decepción. Pero toma una toalla y la acomoda sobre la tapa del inodoro. Se sienta ahí y me dice:

—Estaba preocupada. Nadie sabe dónde estás hace una hora y media. —Como no le contesto y ni siquiera la miro, intenta otro enfoque: —va a estar todo bien.

Dice *¿a ver?* y me levanta el mentón con su mano suave. La miro con la cara deformada. El maquillaje que nos hicimos temprano desapareció. Por suerte trajo su *necessaire* y me maquilla lo suficiente para dejar de parecer un espectro.

—Entiendo que estés nerviosa, pero no podemos dejar a todo el mundo esperando. Están todos preguntando dónde está la novia, es un papelón, no sabemos qué decirles a los amigos.

La miro a Carolina y le digo que no puedo volver, que quizás estoy arrepentida, que tengo miedo. Carolina me abraza y me dice que es un capítulo nuevo en mi vida, que me deje cuidar y me deje querer, que baje a disfrutar de mi fiesta con la gente que me quiere. Bajo la mirada y me resigno a creer que la boda puede mejorar las cosas entre nosotros, que nos puede encaminar a ser una familia feliz y ya no una muchachita aislada y un marido pasivo-agresivo que solo aparece en momentos de estrés extremo.

Vuelvo a creer en el contrato que me inventé: esta boda es para los demás, para reforzar un vínculo que viene en picada, para que me vuelva a mirar como antes, para decirles a los demás: *somos como ustedes, somos normales*. En silencio, Carolina se pone de pie y me extiende la mano para que haga lo mismo. Se para atrás mío y me abrocha todos los botones del vestido, intenta peinarme y me seca las últimas lágrimas.

—Te esperan tu hijo y tu marido, ¡dale, vamos! —dice y de la mano me acompaña escaleras abajo.

De vuelta en la fiesta nadie parece haberse percatado de mi ausencia. Jaime charla animadamente con gente de traje que no conozco, mi padre está encantado brindando con sus amigos. Mamá charla con sus amigas paquetas que me miran volver con una sonrisa maliciosa. Todo está bien.

—¡Ahí estás! —dice Jaime. —¿Dónde estabas? ¿Cómo vas a desaparecer así? Tu vieja me encajó a Manuel —dice, mientras me entrega al niño como a un paquete. —Dale, dale que tenemos que bailar, amor.

Después el baile: bailo con Jaime que me besa, con mi padre que se mueve en silencio, con mi hermano que es un enigma y con el marido de Carolina.

El último flash es la vuelta a casa. Jaime subió a Manuel a su habitación para acostarlo. Me detuve frente al espejo y me miré vestida de novia. Cuando me quité el maquillaje y el vestido y las medias de lycra y los zapatos y las pestañas postizas y me puse mi pijama, fui a buscar a Jaime pero ya estaba dormido al lado de Manuel en su cuarto. Les di un beso a cada uno y les dije *los amo* y no fue mentira.

Me volví a mi habitación, en pijama, despeinada y sin maquillaje, me senté al borde de la cama. Para no pensar en el casamiento, en mi primo, en esta imagen triste deirme a dormir sola en la noche de bodas, me tomé una pastilla que encontré en su cajón y miré fijo el amanecer en mi ventana hasta que me dormí.

veintiuno

El viaje de luna de miel tuvo que posponerse por los incesantes encuentros médicos de diversa calaña a los que asistía Jaime. No importaba qué celebraban, qué discutían o que querían curar, a mí ya todo me daba lo mismo: Jaime no estaba nunca en casa. No estuvo para decidir a qué jardín de infantes llevarlo a Manuel, no estuvo en las entrevistas con las maestras, no estuvo para ir a comprar los uniformes ni para pasear los sábados a la tarde. Lo que antes me enorgullecía — a mi amor lo llamaban para dar charlas en el exterior, para operar en el exterior, era una celebridad internacional— ahora me aburría y me hacía rabiar. ¿Cómo le puede importar el laburo más que su hijo? ¿Qué clase de relación está teniendo con Manuel? Solo lo ve cuando está dormido. ¿Sabrá cuál es el día de su cumpleaños? ¿Se acordará del mío? ¿Lo querrá a Manuel o es solo una imposición? ¿Me quiere a mí o me odia por traerlo a esta casa de country cuando podría estar viviendo en Los Ángeles, operando a la celebridades?

Se habló de París y de Nueva York, de Los Ángeles y de Bali, pero sus compromisos inacabables lo hicieron imposible. *Después, amor, cuando haya menos demanda nos mandamos un viaje espectacular, ¿dale? Vos quedate con Manu, mirá cómo te mira ese chiquito... te ama.*

La mirada de Jaime se enturbiaba cuando tenía que quedarse en casa. Creo que dejó de disfrutar de lo que éramos: leernos y escucharnos, acariciarnos la cabeza, dormir enroscados, cantar tangos, contarnos chismes, jugar con crucigramas y sudokus en la cama, en pijama. Creo que empezó a odiar cada vez más nuestra cotidianidad y con ese odio, con ese asco que tenía en la mirada, sobrevinieron los mil y un viajes.

Jaime nunca estaba. Se perdió mi cumpleaños y el de Manu, se perdió la noche que se inundó la casa y se perdió del evatest que me hice llorando, nerviosa, que al final dio negativo.

Amor, me salió un congreso en Chicago, vuelvo el jueves.

Amor, me invitaron a dar charlas en Londres y Barcelona, vuelvo la semana que viene.

Hele, te veo en cinco días, me voy de apuro a Córdoba.

Él decía que por trabajo, pero yo intuía que por mujeres. Se lo podía leer en la mirada gélida. No es solamente que no estaba en casa, era que cuando estaba nada de nosotros le importaba, pero yo seguía aturdida por las novedades sobre mi infancia y me sentía cada vez más sola y encerrada. Había dejado de contar con el apoyo de mis padres y mi vida se limitaba a cuidar a Manuel y esperar a Jaime. No era feliz. A veces fantaseaba con separarme, con empezar de nuevo. Pero después me acordaba de su voz ronca diciéndome: *vos no sabés lo que es el mundo real, te romperían en dos minutos. No durás un round. Dejame que yo te cuide, quedate en casa.*

El miedo me tenía paralizada, no estaba fuerte como para enfrentar nada. Los viajes de Jaime se hicieron cada vez más frecuentes y yo me sentía cada vez más sola. Manuel ya tenía un año, había arrancado a caminar y a preguntar por su padre. Papá está trabajando. Papá está de viaje. Papá no está nunca con su hijo.

Un auto negro trajo a Jaime de vuelta a casa esa tarde de marzo. Volvía de Río o de Washington, quién sabe. Manuel estaba dando sus primeros pasos y cuando vio a su padre bajar del auto, apuró su camino a la puerta para recibirlo. Jaime entró apesadumbrado, evitándonos como si nos odiase, como si el peor plan del mundo fuera haber vuelto a casa, a la casa donde estábamos nosotros. A Manuel le dijo: *¿qué hacés, enano?* y apenas le tocó la cabeza después de

dejar sus valijas junto a la puerta. A mí me saludó con un beso escueto y sin amor y enseguida subió al baño con el teléfono en la mano, desde arriba gritó: *en la bolsa amarilla hay regalitos para ustedes*. Con Manuel fuimos detrás de la bolsa y encontramos un paquete con chocolates, un perfume para mí y un juego de masas de colores para el bebé. Al lado de la bolsa amarilla estaba su bolso de viaje, lo abrí para ponerle la ropa a lavar pero no llegué, porque escondido entre los calzoncillos encontré otro perfume de mujer. Me latió rápido el corazón y pensé en todas las posibilidades pero aunque quisiese convencerme de otra cosa, era evidente que estaba escondiendo el perfume.

Cuando bajó diciendo *no comí nada en el avión, tengo un hambre...*, lo increpé. Que para quién era el otro perfume. Me miró con asco y dijo que para la secretaria nueva, que se lo había pagado. Era una edición nueva del perfume que usaba yo. Pregunté *¿me estás cargando?* con el perfume en la mano, y sin querer corté la cinta delgada de la que pendía su paciencia. Se me acercó tanto que nuestras narices se tocaron, me miró con los ojos vidriosos y me dijo con voz grave *¿qué mierda te tenés que meter en mis cosas? Es para Malena que me quiso dar los dólares antes de irme porque acá no lo consigue, dejame de romper las pelotas*. Después gritó *acabo de llegar y ya me están rompiendo las pelotas*.

Caminó furioso hasta la heladera y yo tardé unos segundos en reaccionar, pero cuando le pregunté si le pasaba algo, por qué nos estaba tratando así, me dijo que estaba cansado, que venía de un viaje largo y que lo último que necesitaba es que nosotros dos le rompiésemos la paciencia. Acto seguido subió hecho una furia y desapareció.

Yo quedé en la planta baja absolutamente confundida y sin demasiado tiempo para pensar porque Manuel había dado un paso en falso y se había golpeado la cabeza contra un escalón. Nada grave. Lo tomé en brazos e intenté consolarlo mientras casi me dejaba sorda de una oreja.

Jaime bajó cuando Manuel dejó de llorar. Bajó bañado y con otra ropa. Me pidió disculpas por el exabrupto, me dijo: *te extrañé mucho y vos sabés cómo me molesta que me revisen los bolsos, me saca de quicio. Perdón*. Atiné a explicarle que no le estaba revolviendo el bolso, que quería ayudarlo con la ropa sucia, pero me hizo sentir culpable y me quedé callada. A partir de entonces la conversación giró sobre mí: cómo estoy, cómo me sentí, si volví a saber algo de mi primo, cualquier pregunta era válida para sacar el foco del perfume misterioso que había traído.

Fuimos juntos al supermercado y nos tomamos de las manos paseando por las góndolas. Había vuelto el otro Jaime, ahora buscaba ingredientes para cocinarnos algo rico. Estaba contento. A la noche cocinó para los tres, acostamos temprano a Manuel y volvimos a dormir juntos. Su abrazo reparador operaba como una poción desmemorizante. Si al final del día yo tenía su abrazo, podía perdonárselo todo, porque ese abrazo era mi sostén y mi hogar.

Durante algunos meses viví tranquila. Manuel crecía sano y fuerte y Jaime en general estaba de buen humor. Cuando Manuel cumplió un año y medio empezó a asistir a pre-kinder. El colegio quedaba adentro del country, era la mejor opción: lo podía llevar caminando, no teníamos que contratar transporte y Carolina también mandaba a Lola ahí. Cerraba por todos lados. Todos los días, desde las ocho y media hasta las doce y media, Manuel estaba en el jardín y yo por fin, después de un año y medio de maternidad sin pausa, tenía las manos libres.

Para mí fue un respiro grande, tenía cuatro horas para hacer lo que quisiese: me puse a estudiar para rendir una materia y encarrilar de alguna manera mi vida universitaria que había quedado trunca. Pero lo que más hacía era dormir. Ahora podía descansar, empecé a dormir mejor, volví a intentar estudiar y con excepción de los viajes y llamadas sin contestar de Jaime, todo iba casi bien. Nos reconectamos: me dijo que le gustaba verme alegre otra vez, que había vuelto a casa la mujer de la que se enamoró.

Yo aprendí que para que hubiera calma tenía que ahogar mis tristezas y suprimir mis sospechas. Sentí de nuevo el hogar en su abrazo y recordé nuestro pacto eterno: nunca más sufriríamos, nos lo habíamos prometido: nosotros éramos para siempre.

Pero los fines de semana mi vida se oscurecía: Jaime siempre se armaba planes que no nos incluían. De pronto sentía el pacto torcerse, desviarse. De pronto nada era como habíamos acordado. Sus desapariciones de fin de semana, sus llegadas tarde, las llamadas misteriosas sin atender que llegaban todos los días al teléfono de Jaime. Mi ingenuidad que se iba corroyendo. *Son pacientes que rompen las pelotas*. Pero las pacientes mandaban mensajes de texto a la madrugada y no era inusual despertarme en el medio de la noche y encontrar a Jaime con los anteojos puestos mirando atento su teléfono. *Dormí, amor, dormí. Sonó la alarma de la clínica, no es nada. O tranquila, amor, me olvidé de pagar la luz y la cortaron, son dos segundos y termino*.

Durante esos meses de relativa tranquilidad, decidí hacer algo por mi cuerpo y animada por Jaime empecé a asistir a clases de yoga. *Te va a hacer muy bien despejar la cabeza, amor. Yo me ofrezco a volver temprano para que tomes la clase de las 21*.

Era mi segunda semana en el instituto Hot Yoga de La Plata y los cambios eran notorios: estaba más tranquila y centrada, cuando volvía a casa estaba de mejor humor, cuando hacía el amor con Jaime me cansaba menos.

Una de esas noches en mi segunda semana en el instituto me llamó la atención un muchacho que no había visto antes: gritaba por teléfono abajo del cartel que decía «prohibido el uso de teléfonos móviles» y del de «el silencio es salud». Cuando la secretaria se le acercó para pedirle que cortara, él le contestó *ya corto, ya corto* y siguió gritando y riéndose y nombrando a los invitados de un asado que todos nos enteramos iba a tener el sábado. La secretaria impaciente le pidió que hablase afuera y él salió a la vereda de mala gana. Cuando volvió, me miró y me hizo una seña con las manos como preguntándose si era tan grave lo que había pasado y yo le respondí asintiendo con la cabeza y con una media sonrisa.

Se sentó al lado mío en el banco y antes de que pudiéramos empezar a hablar o siquiera presentarnos, abrieron las puertas para entrar al salón donde hacíamos una hora y media de yoga a 42 grados. Por el calor adentro del salón, aunque todavía estuviéramos en invierno, Agustín tenía puesto un traje de baño y yo un top y un short de lycra. Agustín tomó un mat y lo colocó al lado del mío.

Es mi primera vez, me dijo medio riéndose. *En realidad yo hago crossfit, vengo a ver si me ablando un poco*, decía cuando la profesora lo miró ofuscada y le señaló otro cartel: «Valoramos el silencio». A mí me dio risa y ternura.

Seguimos la clase callados y atentos a la instructora, pero a veces Agustín me miraba y me preguntaba con la mirada si estaba bien lo que hacía y yo le corregía las posturas riéndome bajito. Esto hasta que la profesora, ya en este momento odiando a Agustín que se había convertido en un estorbo, le indicó que si a alguien quería pedirle ayuda tenía que ser a ella. Yo no tenía problemas, yo quería que me pidiera a mí los consejos, que me pidiera mi número de teléfono, las tarjetas de crédito o un lugarcito en la cama, porque Agustín era el hombre más buenmozo que había visto en años. No tenía que aclarar que asistía a clases de crossfit, sus abdominales y músculos protuberantes eran evidencia suficiente.

Cuando salimos de transpirar una hora y media en la clase de hot yoga, Agustín se acomodó la toalla sobre los hombros y me preguntó canchero si practicaba desde hacía mucho tiempo, si eran siempre tan estrictos los profesores y por qué la ridiculez esa de no hablar. Yo no me podía borrar la sonrisa de la cara, seguro parecía una idiota. Le dije *así son las reglas* haciéndole una

mueca tonta. Me puse tan nerviosa que enseguida junté mis cosas del locker y corrí a bañarme al vestuario. Después, cuando salí ya bañada y maquillada con la secreta esperanza de cruzármelo y que me viera presentable, lo encontré esperándome sentado en las escaleras. Había demorado su ducha para encontrarse conmigo. Me hizo un gesto con la mano para que me acercara y sin dudarle medio segundo me senté y nos dijimos los nombres. Hablamos de yoga y de su profesión —dueño de una financiera—, hablamos de crossfit y del hambre que teníamos. Me invitó a comer afuera pero mentí que había quedado con amigas. Negué a mi hijo y negué a mi esposo. Le dije que vivía sola y que era soltera.

Cuando me di cuenta, llevaba treinta minutos de retraso y me bajó la presión de imaginarme la cara de Jaime odiándome por no haber llegado a la hora pactada. Agustín me pidió mi número de teléfono para coincidir en la próxima clase y se lo di, no lo dudé medio segundo. Cuando llegué a casa Jaime estaba dormido en el sillón con Manuel, también dormido, cobijado entre su pecho y el respaldo. Les di un beso a cada uno y me acosté. Respiré aliviada y sonreí mirando el techo.

Durante semanas me desperté con la alegría de saber que tenía clase de yoga más tarde. Estudiaba contenta, toleraba mejor los berrinches de Manuel y los desplantes de Jaime me resbalaban en la piel. Todo estaba bien y no me importaba lo que hiciera de su vida si a las nueve de la noche estaba en casa para que yo pudiera salir.

Recibo un mensaje de Agustín: *¿y si nos rateamos? Decime que no te tienta un cafecito en Starbucks.* Me tienta un cafecito en Starbucks. Me tienta que alguien me diga cosas lindas y mirarte y que seas tan hermoso y tomar un cafecito con vos. Me tienta no estar haciendo yoga a cuarenta y dos grados de temperatura.

Faltamos a la clase de yoga. *No te veo*, le escribo. *Audi blanco, en la puerta*, me responde. Cuando miré en dirección a la puerta del Starbucks, Agus Yoga, así lo agendé, había estacionado su Audi TT blanco en la esquina, sobre la vereda, lo había dejado con las balizas encendidas y tirado ahí, con la impunidad de los ricos. Le pedí que lo estacionara en un lugar donde no estuviera bloqueando la rampa para discapacitados y Agustín se rió pensando que le estaba haciendo una broma. Pero se lo pedí seria otra vez y revoleando los ojos fue a mover el auto.

Todo lo que salía de su boca era de una irre realidad contrastante con lo que yo conocía como vida. Tenía exactamente mi edad pero yo estaba viviendo una vida de una señora mayor, triste y aburrida con un marido que apenas la mira y que prefería tenerla recluida en la cocina. Agustín me hablaba de fiestas en yates y en hoteles de Punta del Este, de viajes en avión privado a islas mexicanas para nadar con cerdos. Yo lo miraba como si estuviera leyendo una novela de ciencia ficción: mi realidad era estar encerrada con Manuel en casa, con suerte leyendo, con mala suerte cambiándole los pañales. Con muchísima suerte me había robado dos horas de mi vida para asistir a yoga.

Hablando de lo que hacemos —*estoy por recibirme de periodista en la UNLP*— y de lo que nos gustaría hacer, llegué a la conclusión disparatada de que me hubiera encantado ser piloto de avión. Agustín no tardó en sacar su teléfono del pantalón, mostrarme una foto suya al lado del avión privado y hacer una llamada. Tapando el micrófono del teléfono con la mano me preguntó: *¿cuándo querés que salgamos a volar?* Yo contesté riéndome, feliz: *¡cuando quieras!* Él me miró tierno con la sonrisa tatuada: *cuando quieras vos.*

Suena mi teléfono y se me acelera el corazón porque es Jaime. Le digo que todo bien, que recién salgo de clases y miro hacia cada una de las ventanas del local, temo que alguien me hubiera visto. Me dice: *hubo quilombo con Ricardo. ¿A qué hora volvés? Tenés que volver ahora.*

Cuando llegué a casa apurada, sin pilotear aviones y sin asistir a fiestas en yates pero con el auto convertido en calabaza, Jaime ya estaba esperándome en la puerta. *Tengo que ir a la clínica urgente, se nos descompensó una paciente.* A la hora le mandé un mensaje para saber cómo seguía todo pero no obtuve respuesta, entonces le escribí a Ricardo.

Me desperté a la madrugada con el llanto de Manuel y encontré todavía vacío su lado de la cama. Revisé mi teléfono en busca de novedades de Jaime pero en cambio me encontré con un mensaje de Ricardo: *No sé de qué paciente hablás, hace rato que no trabajo con Jaime, pensé que sabías.*

veintidós

Jaime volvió muchas horas después cuando Manuel y yo dormíamos. A la mañana, cuando me desperté para llevar a Manuel al jardín de infantes, él ya se había ido. En su lado de la cama un post-it escrito a las apuradas: *Te vi durmiendo con tanta paz que no te quise despertar. Te amo.*

Le puse el uniforme a Manuel y lo llevé al jardín, les sonreí a las mamás y a las maestras. En el estacionamiento privado me quedé hablando con Carolina; Lola y Manuel ahora eran compañeritos. Pasaban todas las mañanas juntos, se elegían para jugar y se defendían del resto. Carolina y yo hacíamos lo mismo entre los adultos. *Me siento mal*, confieso apoyada en la puerta de mi auto. *Pero no dejes yoga*, dice ella. *Dejá de verlo a Agustín pero no te descuides vos.*

Cada vez que Jaime deja un post-it, un mensaje de amor como evidencia de que nos seguimos amando, de que detrás de la maternidad y la paternidad y el cansancio por el laburo, el estudio y la crianza, el Jaime que me electrizaba sigue ahí, yo me siento culpable. Hay dos versiones suyas compitiendo y cuando me encandila la luz del Jaime amable no puedo ver las sombras de su lado monstruoso. A veces siento que me estoy volviendo loca, que esas dos personas no pueden convivir en el mismo cuerpo.

A la tarde lo llamo para saber cómo está y le pregunto por Ricardo. *Ni me hables, parece que se estaba afanando drogas de la clínica, lo eché a la mierda. Igual mejor lo charlamos en casa esta noche.* Enseguida cambia de tema. *¿Te puedo pedir un favor? ¿Comemos juntos?* Defiendo mi espacio, digo que sí, que podemos comer juntos pero cuando vuelva de mi hora libre. Le digo que cuando vuelva de yoga. Resopla del otro lado de la línea y me dice *bancame, ya te llamo* pero esa llamada no regresa. Nunca regresa.

Quiero defender mi espacio pero Jaime no tolera quedarse con Manuel las dos horas que me tomo para ir a yoga. No tolera la falta de libertad de estar unas horas a cargo de un niño. Últimamente cuando busco mis cosas en el locker después de ducharme, encuentro seis o siete llamadas perdidas de Jaime y unos cuantos mensajes de voz colmados de amenazas. Me deja gritos, palabras inflamadas de odio. No me insulta, nunca me insulta, pero me amenaza. Que no puede vivir más así, que se va a pegar un tiro, que no le gusta quedarse de noche en la casa, que esta no es vida, que Manuel se hizo pis, que no se quiere dormir, que vomitó, que tiene fiebre, que él no está para eso, que no sabe qué hacer.

Lo llamo, intento mantener la calma, le digo que ya voy para allá, que recién termina la clase. Me grita *¿por qué mierda no atendés el teléfono?!* aunque sabe que durante la clase el aparato queda encerrado en un locker con candado a metros de donde estoy meditando o intentándolo, porque ahora disfruto cada vez menos. En lugar de liberar la mente y respirar, cuando estoy sentada sobre el mat con Agustín al lado estoy visualizando la pantalla de mi teléfono y sus mensajes. *10 llamadas perdidas de J.*

Me laten la cabeza y el corazón. Me grita que cree que Manuel tiene fiebre, que *esta no es vida*. Me grita que tiene la cama toda vomitada y que alguien, yo, va a tener que cambiar las sábanas. Grita *estoy harto de este pibe que no sé qué mierda quiere*. Me pongo a llorar y unas manos invisibles me ahorcan. Como antes de la clase me permití tomarme un café con Agus Yoga, me siento culpable y me cuesta defenderme. Solamente me sale decirle que en media hora estoy allá, que yo lo voy a cuidar. Antes de cortar le indico de memoria cuál es el cajón donde

están el termómetro y el ibuprofeno pero a mitad de la explicación me corta la llamada y me deja hablando sola.

La noche siguiente se repite el esquema de tortura: sentada con las piernas cruzadas, inhalo por la nariz y exhalo por la boca y de afuera quizás parece que estoy tranquila, pero estoy pensando en los destellos de la pantalla con su nombre. Más tarde en el vestuario estamos los dos llorando al teléfono. Él es muy infeliz las dos horas que le toca estar en casa, es desdichado cuidándolo mientras duerme, y yo quiero llorar todo el día porque no puedo lograr que Jaime conecte con su hijo. Me duele sentir que no lo ama, que no tolera el tiempo juntos, que no sabe qué hacer alrededor de ese nenito. Cuando salgo del vestuario, Agustín me ve con los ojos rojos de llorar y me dice: *no sé quién es ni qué te dice pero no podés vivir así. Todos los días lo mismo, Helena.*

Jaime me vuelve a llamar, yo escucho sus gritos y lloro pero no puedo decir palabra, el miedo de volver a casa y enfrentarlo me dejó muda. Grita *me voy a pegar un tiro*, grita *me voy a terminar yendo a la mierda de esta casa*. Grita *no me descuides porque me voy a la mierda, ¿eh?*

Me estoy cambiando lo más rápido que puedo pero todavía tengo el viaje a casa. Me tiemblan las piernas y siento que me voy a desmayar por lo rápido que me late el corazón. Los gritos de Jaime hacen que tenga que alejarme el teléfono de la oreja. Agustín agarra el teléfono y escucha los gritos y las amenazas y me mira levantando las cejas y con los ojos bien abiertos. Jaime después de gritar corta. Agustín me dice que tengo que dejarlo, que nadie merece ese maltrato. Y a mí me invade la culpa: por los cafés en Starbucks, por dejar a Manuel a cargo de otra persona, por permitirme el lujo de venir a intentar relajarme, por haber dejado encargado a Jaime de pilotear la vida familiar unas horas al día. *A ver si entendés: cuidame, Helena. Que la vida sin mí va a ser mucho peor que esto. La vida sin mí va a ser un mierda. ¿El día que yo me vaya de qué mierda van a vivir ustedes dos? Valorame más, aprendé a valorar lo que tenés.*

Cuando llego a casa, Jaime está más calmado pero yo ya estoy destruida. Tengo cinco mensajes sin leer y son todos de Agustín que seguro quiere saber si estoy bien. Me importa nada, todo está opacado por el velo de la tristeza. No hay lugar para el disfrute, mi único trabajo es sobrevivir. Jaime me hizo creer que yo pertenezco a los confines de esa casa y yo le creí como las niñas que hacen caso ciegamente a sus padres. Vuelvo a ser una niña indefensa.

Amor, perdón, se me fue la mano, me dice, y me abraza fuerte. Me deshago entre sus brazos y le creo cuando promete que vamos a llegar a un acuerdo que nos haga felices a los dos. Estoy confundida: tengo ganas de separarme y tengo miedo de no saber qué hacer sin él. Él augura que nuestra vida sin él va a ser una mierda y yo tengo tanto miedo que le creo, tampoco es que tengo a donde ir. ¿A dónde voy a volver? ¿A la casa de mis padres? ¿A la casa de esos padres que me dieron la espalda? Pero también temo que un día de estos Jaime termine por enloquecer y me mate. Y por primera vez tengo miedo por Manuel, me niego a que crezca en este ambiente hostil, me da pavor que entienda que los hombres se comportan como su papá. No quiero que aprenda ese modelo de masculinidad.

Estiro los brazos para depositar a Manuel en su cuna y al mismo tiempo siento que Jaime me abraza por detrás. Me toma de la mano después de acariciarle la cabecita al bebé y caminamos hasta nuestra habitación. Adentro de la cama nos hacemos un bollo, nos acostamos como dos fetos siameses, acurrucados e indivisibles, y con el cobijo de su abrazo filoso se me despeja la garganta y por fin respiro.

veintitrés

La vida se me hacía insoportable, los días en casa extenuantes, estar tantas horas con Manuel sin poder dividir la atención era cansador. A veces me costaba mantenerme despierta y las peleas con Jaime me fatigaban emocionalmente. Después de una discusión, por más simple que fuera, yo quedaba como drenada, vacía. Si estaba demasiado cansada le llenaba la habitación de juguetes a Manu y me sentaba a mirarlo jugar. Me atormentaba no saber si de verdad era feliz. Pensaba: *hijito, ¿qué estamos haciendo con vos?* Cuando tocaba la hora del baño, todos los días a eso de las siete de la tarde, sobrevenía la angustia. Dicen que a esa hora los que están tristes se deprimen todavía más y en mí funcionaba con precisión mágica. Algo del atardecer me recordaba que estaba profundamente triste.

¿Te gusta que te bañe mami? ¿Sí? No, mi amor, papi no está todavía, viene en un rato. Ahora estás con mamá. ¿Querés escuchar tus canciones o querés ver la tele mientras mami cocina? ¿Qué quiere mi bebé? Qué tristeza me provocaba no saber si Manuel era feliz. Qué difícil saber si estaba acostumbrado a la ausencia paterna, si yo era suficiente para él. Me preguntaba constantemente si era una buena madre y me mataba de culpa saber que quizás no. Que estaba demasiado cansada y que a veces no me sobraba paciencia. Aún así necesitaba ser la madre perfecta, no quería delegar.

No delegar parecía una buena idea en la teoría, pero en la práctica era agotador. No me daba el cuerpo. Fungía a la vez de chica de la limpieza, de educadora, de payaso que lo entretenía, de cocinera, de encargada de lavar la ropa y de alimentarlo, de bañarlo, de pasear con él y de dormirlo. Un trabajo a tiempo completo por el que nadie jamás recibió una paga. Por eso cuando se hacía la hora de ir a yoga me sentía como liberada. De hecho, saber que tenía que hacer esas cosas más tarde me ayudaba a estar de mejor humor durante el día, aunque hubiese discutido con mi marido.

En general, las discusiones siempre tenían que ver con la poca atención que nos prestaba a Manuel y a mí, dos seres que ante sus ojos existíamos desenfocados. Éramos como relleno. Caminaba por la casa como un fantasma, siempre con el teléfono en la mano. Sus miradas podían ser frías y despectivas y al lado suyo yo me sentía una mierda inútil. Sin su mirada yo no era más que una mierda pequeña y prescindible. Quizás tenía que ver con esas pastillas que tomaba, quizás eran las que lo hacían volver furioso a casa. Una vez buscando una libreta revisé en su cajón y encontré varias cajas de pastillas. Todas de la misma droga, creo que eran anfetaminas. Adderall, creo. No pude fijarme bien porque enseguida entró Jaime y me las arrebató de las manos. Lo de siempre, se enfureció, me despreció con la mirada, me dijo: *¿qué mierda hacés revisando mis cajones?!*

Nunca supe si fueron esas pastillas o si fueron otras que escondía mejor. Carolina piensa que tomaba merca, yo creo que él es más sofisticado que eso. Quizás no era nada químico, quizás era que ya no nos quería, o quizás era su estructura afectiva. Nunca supe, pero me hacía sentir una mierda.

Por eso cuando llegaba al instituto de yoga y me recibía Agustín con una sonrisa, yo volvía a sentirme una mujer. Ya no un cuerpo confinado a ser madre en la cocina o la esposa a buen resguardo del mundo real, ya no la detective del marido. Las llegadas tarde a casa se fueron

corriendo hacia la madrugada, a veces llegaba a la una, a veces a las dos de la mañana. Quería encontrar a Jaime durmiendo para no enfrentarlo, porque le temía al desenlace de nuestra relación. Ya me había amenazado, la vida sin él iba a ser una mierda. A su vez, él se iba temprano para no tener que encontrarse conmigo.

Que siguiéramos casados, ahora visto a la distancia, me parece un delirio. ¿Qué estábamos haciendo? Quizás yo me quedaba a esperar que me pidiera perdón y realmente nos viera. Quizás él se quedaba esperando que un abrazo familiar lo sacara de la promiscuidad tóxica. No sé qué hacíamos, no sé qué estábamos esperando. Solo puedo hablar por mí: volvía tarde porque la mirada de Agustín era sanadora. No me veía como a una madre o como a una esposa. Con él era una chica despreocupada de veinticinco, con él podía ser todo lo que en casa era imposible intentar.

Quizás volvía tarde porque disfrutaba de la mirada de Agustín. Quizás para intentar forzar un vínculo entre Manuel y su papá. Verlo a Jaime tan desinteresado, tan fuera de la paternidad, viviéndola como de costado, me dolía mucho. Sentía que era mi responsabilidad forjar ese vínculo que a Jaime no le nacía naturalmente. Quería que aprendiera a amarlo, que amara pasar horas con él, que disfrutaran su tiempo juntos. Quería que echara raíces, que se apegara a la familia, a su hijo, a esa casa. Que conectara con nosotros de alguna manera, que hubiera un lazo.

Mientras, mi relación con Agustín creció sin esfuerzos. Nos mirábamos cómplices durante las clases y nos esperábamos después para comer juntos. Mi existencia era tan miserable que encontraba goce en el ocultamiento: Jaime había logrado aislarme de mi familia —*tu vieja te envidió toda la vida*— y de mis amigos —*no tienen hijos, son pendejos que no entienden nada*— pero no podía hacer nada por este vínculo nuevo, desconocido para él. Esto no lo podía romper, era mi pequeña revancha silenciosa.

¿Fui una estúpida? ¿Por qué no me fui antes? Intuyo que sabés la respuesta: por miedo. Estoy segura de que sabés de qué hablo, quizás a vos también ya te miró así. Miedo a la mirada de hielo, al pozo infinito al que parece que caés cuando no te ve, cuando no te registra, cuando te quita la identidad. Es casi imposible tomar distancia y desprenderse de él, de ese vínculo traumático. Es como una droga que confunde, que te hace preguntarte una y otra vez si ya perdiste la cabeza, si ya sos un loca, si vas a poder vivir sin él. Ver al hombre que te amó y te cuidó convertido en una persona fría, distante, irascible, te inunda de dudas y como cualquier paso puede ser el paso en falso, el que desata la ira, empezás a caminar sobre cáscaras de huevos. De puntitas. Silenciosa, intentando no molestar, acomodándote a lo que exige el otro, sin saber qué cosa que hagas o digas va a hacer que tu casa, o tu cabeza, explote en mil pedazos. El vínculo con Agus Yoga era mi modesta venganza, una venganza estéril si me preguntás.

No atiendas, ¿para qué atendés? Que no te rompa las bolas, le hablás cuando terminás acá. Me gustaban sus ojitos de mirada mansa y que estuviera en otra sintonía de la locura de la ciudad. Nuestra obvia atracción sexual quedaba en segundo plano, coincidir y mirarnos mucho a los ojos era tanto más importante. Una madrugada en la calle antes de subirme al auto, me abrazó y me dijo *te quiero mucho* y nos besamos para no morirnos.

Cuando llegué esa noche a casa, estacioné el auto e intenté hacer el menor ruido posible. El corazón me latía con violencia. Cuando entré en nuestra habitación, Jaime abrió los ojos y me preguntó hosco, *qué hora es. Las dos, me quedé comiendo con mis compañeros*, me apuré a contestar. Se dio vuelta y fingió volver a dormir.

Esta era la relación con Jaime por esa época. Vernos casi nada, extrañarnos nunca y solamente compartir el colchón y a Manuel. Nos convertimos en una asociación sin fines de lucro con un menor a cargo. Se abría la grieta entre nosotros, un abismo lleno de mentiras y

sonrisas falsas, de promesas quebradas, de dolor que ardía. Para sentirme menos culpable me habría gustado tener alguna certeza de que Jaime ya en esa época me engañaba, me hubiera pesado menos el cuerpo. Entonces no tenía pruebas pero tampoco tenía dudas, lo intuía con certeza mágica. Mi pequeña venganza silente me provocaba alegría, por las dudas.

Me acuesto al lado de este cuerpo que me prodigó caricias que me hicieron temblar y gritos que me hicieron querer morir. No sé cuál es el Jaime que descansa al lado mío, pero cierro los ojos y casi empiezo a entender quién puedo ser yo. La noche transcurre negra y pesada cuando un destello en mi teléfono rompe la monotonía. *¿Seguís teniendo el mismo teléfono de siempre?* Es él. Es Ezequiel.

veinticuatro

Hubo otra vida para mí en la que vos no existías y él tampoco. Una época en la que ese dolor que todavía reprimía o ignoraba, el abuso, mi voluntad lisiada, intentaban salir disfrazados de otros dolores, de otras ausencias. Todavía no era adicta a un hombre que oscilaba entre el amor y la desidia. No me había convertido en madre, ni siquiera había pensado en convertirme en madre, todavía estaba decidiendo qué carrera iba a estudiar.

A Ezequiel lo conocí cuando todavía se usaban los diskettes y había que conectarse a internet usando el teléfono. Nos costó poco y nada enamorarnos, fue cuestión de encontrarnos en las letras del chat y reconocernos como pares. Todo lo que escribía brillaba como noctilucas, todas sus letras me deslumbraban. Ezequiel amaba los libros de historia y quería recorrer Latinoamérica haciendo dedo cuando terminase sus estudios universitarios. Yo quería quedarme al lado de Ezequiel todo el tiempo que pudiera porque de él siempre aprendía algo.

Durante cuatro meses nos escribimos todos los días. Yo estaba terminando el colegio, él ya estudiaba Letras en la UBA. Una tarde viajó hasta La Plata desde Capital y cuando lo vi bajar del micro supe que era él, porque sentí que el corazón me había bajado al estómago. Mi Johnny Depp porteño, mi letrista, tenías que ser así. Cuando me miró sonriendo yo ya sabía quién era y casi me hago pis de emoción. Nos saludamos con un beso y nos reconocimos en las palabras, éramos nosotros. Se repetía en persona la mística de nuestras conversaciones por chat. Pasamos la tarde juntos, tomamos helado en las escaleras de la catedral y paseamos por la diagonal 74. Nos despedimos horas después sabiendo que ya nos queríamos tanto, tanto, que desaparecer no era una opción.

Durante un año nos vimos todos los fines de semana, encontrábamos siempre la manera. A veces yo viajaba a capital, a veces él venía a la casa de mis padres en La Plata. No importaban los kilómetros porque necesitábamos besarnos y hacer el amor y cantar y tocar la guitarra. Pero una tarde bajó del micro y fue la última, y si lo hubiera sabido habría abierto más los ojos, me hubiera salteado el pestañeo para no perderme un fotograma, un microsegundo de su sonrisa y de sus ojos. Ganó una beca para estudiar en La Sorbona. Me prometió que nos íbamos a seguir adorando y cuidando y que todavía teníamos el chat. Lo llamé algunas veces a su departamento y alguien en francés me dijo: *Eze n'est pas là, mais vous pouvez laisser un message.*

Es él. Encandilada por su mensaje achino los ojos y sonrío en la cama, tomo el teléfono y busco en la cartera mi atado de cigarrillos. Antes de bajar intentando hacer poco ruido, miro a Manuel y a Jaime que duermen despatarrados. Me escapo al jardín. Le escribo *estoy libre el miércoles*. Parte de mí está genuinamente feliz de volver a verlo tantos años después, mi peor parte solo quiere venganza, o por lo menos algún tipo de equidad matrimonial. Ya sospechaba que los viajes de Jaime poco tenían que ver con congresos de medicina y, aunque todavía no podía probarlo, mis ganas de fingir que era una esposa modelo andaban escaseando. En verdad solo una cosa importaba: Ezequiel había vuelto a Buenos Aires.

Ese miércoles al mediodía un taxi pasó por Jaime para llevarlo a Ezeiza y con Manuel en brazos lo saludamos agitando las manos desde la puerta de casa. Poco tiempo después llegó Carolina a buscar a Manuel, nuestros hijos la pasaban bien juntos y yo me quedaba tranquila porque lo estaba cuidando ella.

Cuando llegué al Starbucks de San Telmo, sin hijo a cuestas, sin marido pasivo-agresivo, no era madre ni era esposa, volví a ser una mujer libre, una adolescente enamorada. De repente estar viva me pareció una gloria.

Lo vi entrar al bar empujando la puerta de madera antigua. Lo vi buscándome de nuevo, como cuando bajaba en la estación. Sus ojos seguían brillando para mí. Y de cerca me acordé de los detalles: el olor a ropa limpia, su sonrisa de dientes blancos, el abrazo protector, la mirada benévola. Lo que nos pasa todavía logra abrirse paso en la vida real, entre las novias y los maridos, los estudios en Europa y las maternidades platenses.

En el bar se escucha a Carla Bruni y el sol anaranjado de la tarde me obliga a achinar los ojos. La luz naranja convierte nuestro encuentro en una película francesa. Esta vez está soltero pero yo estoy casada y soy mamá de un niño pequeño. Pasamos cuatro horas hablando sobre sus proyectos: quizás volver a enseñar a La Sorbona, quizás involucrarse más en la actividad política argentina. Yo le miento que estoy rindiendo finales y que todavía trabajo en *La República* porque me avergüenza admitir que soy una mamá que se queda en casa. Que soy una esclava, que por miedo o cobardía no puedo escapar de los metros cuadrados que habito. No quiero decirle que es tanto el cansancio, tanta la tristeza, que a veces el único trabajo que llevo a cabo es el de salirme de la cama o el de bañarme sin llorar. Me da vergüenza decirle que mi matrimonio es un fracaso, que creo que mi marido no tolera tener un hijo, pero lo intuye porque ahí estamos, en la tarde francesa, tomando capuchinos y mirándonos como tratando de descifrarnos a través de los años. Ahí estamos, con las manos entrelazadas como los enamorados.

Cuando camina al baño acaricio el vaso de café con su nombre escrito. Vuelvo a ser feliz y a estar tranquila, porque cuando estoy con Ezequiel el mundo se me antoja amable. Y es que alrededor suyo la música es suave y el café es negro y no hay maridos agresivos o niños llorando. Sonríe una sonrisa amarga porque siento el amor y tengo la noción absoluta, irrefutable, de que equivoqué el camino.

Después del café caminamos por la calle hasta mi auto y conduzco hasta su casa. Mientras manejo me recita un poema en francés y a mí me parecen posibles el divorcio y soportar las peleas por la custodia de Manuel y los juicios por alimentos y las vacaciones separados. Parados en un semáforo en rojo me parece ver a Jaime mirándonos desde la calle de enfrente, pero la figura se da vuelta y se aleja cuando achino la mirada para ganar precisión. La idea de Jaime observando esta escena de cariño extramatrimonial me causa un espasmo y me baja la presión, pero enseguida recuerdo que está de viaje, o que mintió que estaba de viaje, y que poco me importa de verdad. Acá somos nosotros, los de siempre, los de hace años. Lo miro y sonrío, me tranquilizan sus palabras delicadas, sus manos suaves acariciándome la espalda, el olor a ropa limpia una vez que llegamos a su casa.

Estamos desnudos en la cama. No siento culpas, esta es mi segunda vida, es la alternativa que me saca del ahogo. Es la vida que puedo usar cuando en la oficial tengo la batería agotada. Ezequiel me pregunta si quiero quedarme a dormir pero yo prefiero volver a casa cuando veo en mi teléfono tres llamadas perdidas. Le doy un beso y nos abrazamos largo. Sin importar las circunstancias o quiénes nos rodean, somos libres cuando estamos juntos.

Vuelvo a casa en el auto como volando y reviso en el teléfono las llamadas perdidas. No son de Jaime, son de Carolina: Manuel está bien y hace rato que está dormido. Igual le escribo que lo paso a buscar: tengo la necesidad de traérmelo a casa. Quiero dormir con mi bebé y aprovechar su olorcito que funciona como narcótico y abrazarlo fuerte y respirarle encima de los cachetes. Sin Manuel volver a la vida real me resultaría un suplicio.

Me encantó verte, repitamos pronto, me escribe él y yo me tapo la boca para sofocar la

sonrisa. Más tarde me abrazo a Manuel, lo huelo profundo y con su olor clavado en las fosas nasales me hundo entre las sábanas y desaparezco.

veinticinco

Es de noche y llueve hace horas, Jaime no atiende su teléfono pero antes de desaparecer me mandó un mensaje: *voy a estar en quirófano hasta tarde*. Conduzco por la ciudad a la velocidad permitida, Manuel duerme atrás en su sillita, se le cayó la cabeza sobre el hombro izquierdo. Un auto nos pasa por al lado provocando una ola tifónica, me asusto y apoyo un pie en el freno, el parabrisas quedó cubierto de agua y me cuesta ver el asfalto. Un trueno despierta a Manuel que ahora se revuelve en su silla.

Las piedras crujen bajo el auto cuando lo estaciono frente a casa. Apago el motor y vuelvo a poner mis manos sobre el volante, las miro como anestesiada. Estoy haciendo lo mejor que puedo como madre pero no me hace feliz: para mí no hay retos personales. Mi único reto, sin quitarle mérito, es lograr que todas las noches Manuel esté sano y salvo durmiendo en su camita. Que no se ahogue, que no se tropiece, que esté limpiito, que no pierda sus citas con el pediatra. Que siempre tenga su comida en el plato, que no se vaya a dormir sin haber escuchado un cuento. ¿Se sentiría querido, amado? ¿Sabría cuánto lo amo? ¿Le estoy prestando la suficiente atención o solo cumplo órdenes como una autómatas? Me miro las manos al volante. ¿Y a mí quién me contiene, quién me ama, quién me sostiene? Hace semanas que no escucho una palabra de amor. Jaime está lejos, no lo encuentro cuando me mira o me toca. No está nunca en casa y cuando está sobrevuela como un fantasma.

La lluvia contribuye con la nostalgia y acentúa los problemas ordinarios. Desearía que hubiese alguien para ayudarme a atravesar el jardín pantanoso y para llevar a Manuel hasta su cama. Quisiera que hubiese alguien sosteniendo un paraguas en la entrada de la casa, esperándome con la puerta abierta. De pronto la soledad o la lluvia me enfrentan con el dolor que estuve evitando desde que me casé. Me miro en el espejo retrovisor y me pregunto en voz alta: *¿sos estúpida?, ¿qué estás haciendo?* Y la respuesta no es que sí, que soy estúpida, o que era estúpida. Es que tenía veinticinco, que no sabía ser fuera de la estructura familiar que aprendí. Mamá encerrada cuidando a los niños, papá volviendo tarde a la noche trayendo el dinero a la casa. Enero juntos en Punta del Este, los problemas se arreglan en voz baja y en familia y todos contentos.

Todavía no sabía que podía salirme de ahí y sobrevivir, no me enseñaron que el divorcio era una opción. A mí me enseñaron que había que quedarse a luchar. *Escuchá, Helena, te voy a decir la razón por la que los matrimonios ya no funcionan: es que la gente no tiene ganas de luchar, es más fácil correr detrás de una persona nueva que quedarse a resolver problemas*. Así crecí yo, con los cables conectados de esa manera. ¿Sabés lo que me costó deshacerme del cableado viejo y repoblar la cabeza de otras ideas? ¿Sabés el miedo de no saber si estás equivocando el camino mientras desafiás a la estructura familiar, a la familia entera? Esto mientras tu marido te convence de que la vida sin él será una pesadilla, no sé si habrás llegado a este punto.

Si alguna vez estuviste triste como yo, sabés que la depresión no es llorar sin parar, es desear la muerte a cada paso y no sin culpa. Si me pasa algo, ¿quién va a cuidar a Manuel? Si me separo y tengo que laburar nueve horas por día, ¿con quién queda mi bebé? A veces, cuando estaba demasiado débil, compraba el discurso de Jaime, eso de que sin él la vida iba a ser una mierda. A veces estaba tan cansada que me derrumbaba y pensaba que sí, que la vida podía ser peor que un

marido agresivo aislándome del mundo.

Lo que más me costaba era despertarme, si ya estuviste así de triste me vas a entender. Cuando salía de la cama lo único que deseaba profundamente era volver a nadar entre las sábanas, ocultarme del mundo. Ahogarme en el sueño y desaparecer. Después de llevar a Manuel al jardín intentaba volver a leer algo de la facultad, retomar mi vida antes de Jaime, pero era imposible concentrarme cuando la tristeza me minaba la cabeza con dudas. Pensaba: *esto no puede ser la vida, tiene que haber más.*

Jaime vuelve a casa, me da un beso y me dice: *te extrañé mucho hoy, no puedo más de cansancio.* Me da culpa que haya estado en el consultorio y en el quirófano todo el día así que me ofrezco a faltar a yoga, la única actividad que me hace feliz, para hacerle compañía. Cuando escucho *andá, amor, andá que te hace bien* se me salen las lágrimas y lo abrazo. *Yo quisiera que los dos fuésemos felices, ¿qué podemos hacer para estar bien?*, pregunto. Y como toda respuesta recibo silencio y un beso en la frente.

Después de yoga salgo a comer con Agustín y nos besamos en mi auto. Me pregunta si quiero que vayamos a su departamento pero me acobardo, hay una culpa que me lleva rápido a casa, con el marido gruñón que esta noche me detesta un poco menos. Cuando llego, mis hombres están dormidos. Me acuesto en mi lado de la cama y me acerco para olerlo, su esencia me lleva a los tiempos felices: cuando nos besamos al lado de un árbol un fin de año, la marca de baba que tatuó sobre mi pecho, los viajes en avión cuando no podíamos dejar de tocarnos, sus votos de amor en la boda. Toda esa felicidad ahora sepultada en la montaña de pañales e insultos, entre el tedio y la desatención.

Como duermen los dos, aprovecho a fumar un cigarrillo en el jardín. Me llevo la computadora para entretenerme y una vez sentada con el pucho en la mano, lo veo. Tengo un email nuevo de Ricardo, el anestesista. Me acuerdo de Jaime diciéndome que lo echó porque sospechaba que robaba sedantes para inyectárselos, que era un adicto peligroso, que no le contestara jamás un llamado o un mensaje. Pero ahora que Ricardo aparecía por correo y que la palabra de Jaime estaba devaluada, me permití una falta más y lo abrí.

De: Ricardo

Para: Helena

Fecha: agosto 2018

Asunto:

Perdoname que no te contesté antes y sí, me gustaría que nos juntásemos, tenemos mucho para hablar. No sé qué te dijo de mí pero yo puedo contarte todo lo que me dijo de vos estos últimos años. Que sos una loca y una madre abandonica entre tantas otras cosas. Que no se va de tu casa porque teme por la vida de su hijo. Que quiere pedir la tenencia y el divorcio. Que cuando te dijo que quería separarse amenazaste con matarte y que empujaste a Manuel por las escaleras, que terminó en el hospital.

Ya sé que nos conocemos poco pero creeme, puede hacerte más daño, aunque creas que no es posible. Es cruel, sádico. Y te aseguro que puede ser peor: diez años trabajando juntos me dieron la experiencia. Escribime. Salí de ahí mientras puedas.

Ricardo.

Me tiemblan las manos y un calmante se me cae al piso varias veces antes de poder embocármelo. Media hora después y en estado de semi inconsciencia entro a la habitación y veo ese cuerpo que no es mi marido. Pienso que es ridículo extrañarlo porque está ahí frente a mis

ojos. Es que yo extraño al otro, al que nunca existió de verdad, al que creó para mí, para que yo me enamorara. Extraño al Jaime que fue concebido a mi medida, para encajar con lo que yo necesitaba. Miro al cuerpo falso dormir de espaldas. Algo se retuerce en mí porque sé que Ricardo no miente, pero no estoy segura de querer saberlo todo. Hay cosas que intuyo, las otras me atemorizan.

Cuando nos despertamos ese sábado, Jaime me abraza, me besa, me huele y una vez abajo inicia sesión de correo en mi computadora porque se olvidó la suya en el consultorio. Yo le hago una pregunta desde la cocina y logro por un lado apartarlo de la computadora y por el otro, que deje la sesión abierta. Las distracciones se suceden en cadena hasta que es su hora de fugarse de casa, nunca supe a dónde iba. Se fue y dejó la sesión abierta, era lo único que me importaba. Cuando veo el auto alejarse, dejo de perder el tiempo.

Encuentro enseguida un intercambio de mails con otra mujer que le dice que lo ama, están buscando un hotel bueno y barato en Los Ángeles. Ella usa un nombre falso, *Princesa Jazmín*. Él le dice: *tranquila, chiquita, que falta poco*. Ella le dice: *te amo tanto, de ese infierno saldremos de la mano*.

Jaime está planeando su salida de nuestra casa. Intento enfocarme en lo positivo: no tener que volver a escucharlo hablar y comer al mismo tiempo, no más gritos por teléfono. No más verlo dando vueltas, pateando pastitos y sonriéndole al teléfono. No más caminar hasta él y verificar que corta las llamadas apurado. Hasta acá tener miedo de contestar algo incorrecto y desblindarle la ira. No más gritos ni amenazas, no más portazos sin explicación. Pero eso no me permite ignorar la otra parte de mí, la que arde: lloro porque habíamos dejado de ser uno y otro para ser juntos y ahora hay que dividirse. Hay que cortarse las carnes y desgarrarse y repartirse los huesos y los músculos, a ver a quién le toca cada uno.

Cuando vuelve a casa estoy oscura e impenetrable. Él me pasa por al lado como a un mueble. Me acerco a la puerta del baño cuando escucho la ducha, digo su nombre. *Pasá*, me dice. Estoy desnuda y enfurecida y me entrego a él bajo el agua. Cuando tenemos sexo siento que todavía tengo algún poder sobre él. Que puedo hacerlo acabar y deshacerse, que llevo el mando.

Estamos en la habitación. Estoy relajada y desnuda en la cama, ahora con el pelo mojado. *¿Tenés algún viaje programado pronto?*, pregunto casual mientras me desenredo el pelo. *Justo te iba a decir, me salió un congreso en Los Ángeles*.

Buenísimo, respondo. *Traeme algo*.

veintiséis

Te pido que te detengas a mirar por un segundo la foto que era mi vida en ese momento y me jures que no te sentís identificada. Ahí estoy, casada con un hombre que me grita hasta dejarme tirada en el piso, que no tiene ningún respeto por mí. El mismo hombre me abraza y me hiere, me besa y me miente. Pensar en que se fuera de casa me provocaba a veces angustia y otras alivio, con esa dicotomía tenía que luchar a todas horas, a veces creyendo que me estaba volviendo oficialmente loca. Cuando tocaba el alivio siempre estaba ligado con un pequeño delito: una nueva infidelidad de Jaime, una llamada que nunca llegaba, una promesa quebrada. La angustia era consecuencia de otras formas de violencia: verbal (*agradecé que no me fui a la mierda, parece que no entendieras lo mucho que me necesitás para vivir*), económica (*¿ah, te vas de casa? ¿y de qué mierda vas a vivir? contame que me quiero reír*) o psicológica (ignorar, amenazarme).

Cuando le descubría infidelidades, viajes fraudulentos o cirugías inexistentes, encontraba algún tipo de placer en la promiscuidad, en la mezcla de los cuerpos. Lo sentía como una venganza pequeña, modesta. Por eso cada vez que lo vi a Ezequiel me sentí más poderosa. No es insólito usar el cuerpo como arma de poder, así que en esos días le escribí, sabiendo que todavía estaba en Buenos Aires, y nos encontramos en la puerta de un shopping de Palermo. Ezequiel nunca me pidió explicaciones, lo único urgente era disfrutarnos, lo demás importaba poco. Paseamos de la mano y en silencio hasta su casa y una vez ya en su cocina me ofreció un té y sonrió mientras se calentaba el agua. Éramos adolescentes otra vez y de nuevo nos sentíamos vivos. Nos revolcamos en la cama y no le queda a él un centímetro de piel sin besar y no me queda a mí un milímetro de cuerpo sin transpirar. Me hace gritar y me aferro a las sábanas con la sensación de estar quebrándome de placer. Nos demoramos escuchando música mientras estamos desnudos acariciándonos y a las doce de la noche me acuerdo de volver a casa.

Cuando llego, Jaime todavía está despierto. Tengo el impulso o la necesidad de seducirlo, de ofrecerle mi cuerpo acabado, sucio, con olor a otro. No lo nota porque ya no soy su mujer: me coge como a las putas. Me empuja contra una pared y me da vuelta con violencia. Me saca la ropa con una mano mientras con la otra me agarra con fuerza del pelo. *Esto querías, putita*, me dice mientras se golpea contra mí y yo contra la pared. Me pega y con cada palmada le escucho cambiar la respiración. Me pega otra vez y me dice: *hija de puta, me vas a hacer acabar* y yo simulo que intento escaparme de él y entonces se vuelve loco y me coge con fuerza y me pega y me sigue cogiendo a un ritmo infernal hasta que sale de adentro mío y se derrama en mi espalda. Se apoya contra la pared para tomar aire, jadeando. Él no sabe que lo miro con desprecio, no sospecha que es el segundo, el alternativo. Camino hasta la ducha y mientras se calienta el agua me miro al espejo. Las marcas que se pueden ver son las que menos me preocupan. Podés marcar el terreno todo lo que quieras, pero ya no soy tuya.

Cómo pasamos de la burbuja, de tener nuestro mundo privado, de pensar *nosotros nunca vamos a ser como ellos*, de creernos armados contra todos aunque nadie estuviera en contra nuestro, cómo nos convertimos de eso en esto: dos desconocidos en dos burbujas diferentes, impenetrables. Cómo pasamos del lazo eterno a la instalación del miedo, a nuestra foto rota adentro de un cajón, es un misterio. Ese hombre que me cuidó, ahora me mira con los ojos

ensombrecidos, como si no me reconociera.

La tarde del viernes Jaime me avisa que se va a Rosario por el fin de semana y yo le escribo a Agustín para vernos el sábado. Hay algo creciendo en mí como una hiedra, tomándome la voluntad. No es orgullo ni es dignidad, es algo oscuro que me mueve, me lleva a la acción, me hace salirme de las sábanas de la depresión y hacer algo. Algo, lo que sea. Me paro al lado de Jaime que ahora está armando un bolso modesto e intento indagar sobre su viaje, quiero saber con quién va. Contesta que solo, que hay una junta médica y que fue invitado a dar un discurso. *Tu especialidad, mi amor*. No puedo volver a entrar en su correo porque recuperó su computadora y ya no utiliza la mía. Pienso: *soy una imbécil, tendría que haber descargado esa aplicación que guarda contraseñas*, pero enseguida se me ocurre una idea mejor.

Cuando Jaime está terminando su bolso se da cuenta de que sus calzones son una desgracia y me ofrezco para ir a comprarlos si se queda con Manuel. Me dice: *usá la extensión de la tarjeta* y me agradece con un beso escueto. Antes de salir de casa en busca de los calzones, encuentro en internet una casa de electrónica, conduzco hasta Ensenada y compro un rastreador, un GPS imantado. Después llego al Pasaje Rodrigo, me siento en un bar y me pido un café con leche y un sándwich de jamón y queso. Leo las instrucciones mordéndome los labios. El manual del localizador es simple y el aparato solo requiere que se le cargue la batería y que me descargue una aplicación en la computadora. Demoro el café y el sándwich todo lo que puedo mientras cargo el GPS con la electricidad del bar. Cuando la batería está al tope, pago la cuenta, recojo el localizador, el manual y me voy a comprar los calzones de Jaime. Le compro los que le gustan: uno negro, uno blanco y otro gris. Mientras los elijo siento un fuego subiéndome por el esófago y no es acidez, es que Jaime quiere estrenar calzones con la otra. Ahora estoy obsesionada: ¿quién es la otra? ¿Tiene mi edad? ¿Es más inteligente que yo? ¿Cuándo me dejó de querer? ¿Por qué no me avisó?

Cuando llego a casa casi no puedo respirar de la tristeza y la vergüenza. Le voy a poner un rastreador a mi marido, no lo puedo creer. Ya sé que me engaña pero no entiendo por qué todavía me miente, por qué no se fue de casa, qué está esperando para ejecutar su salida de nuestras vidas. ¿Quiere primero desarmar la clínica? ¿Ocultar los bienes? ¿Para qué necesita el tiempo que está ganando? ¿Quiere quedarse hasta que Manuel sea más grande? De repente se me ocurre que lo quiere es ser prolijo: a la hora del divorcio le van a tocar los bienes que mi padre puso a mi nombre. Lo que importa es que este hijo de puta que me odia pero vive conmigo, que este hombre que desconozco, no me quite la mitad de todo lo que es de mi familia. En cuanto termino de pulir esta idea, me acuerdo de la tarde en que papá me hizo ir a firmar ante un escribano por la donación de los lotes, los departamentos y la estancia. Jaime venía del lado del acompañante, más sonriente que de costumbre. Entonces, el comentario que ignoré y ahora me pone los pelos de punta: *cómo será que tu padre confía en mí, que sabiendo que estamos casados te pone todo a tu nombre... eso quiere decir que confía en mí plenamente, que sabe que nunca voy a tocarle nada. No cualquiera, ¿eh?* Jaime sonreía como los villanos mirando el paisaje por la ventana. Yo fijo los ojos en el volante y vuelvo al presente.

Necesito saber qué está pasando a mis espaldas para preparar mi salida de esa casa: tengo que encontrar la manera de huir sin quebrar a mi familia.

Cuando llego a casa veo desde el auto que las luces de la planta baja están apagadas. Todavía adentro del auto y conteniendo la respiración miro al primer piso en busca de las siluetas de mi marido o de mi hijo, pero no hay nada. Entonces se prenden las luces que dan al pasillo y los veo: Jaime sostiene en brazos a Manuel que está recién bañado y cubierto por una toalla celeste con estrellas blancas. Me imagino el olor de Manuel y sonrío, casi puedo sentir el olor de Jaime y

me estremezco. Esa postal de amor familiar parece real. Me lleno de angustia, a veces todavía opera en mí su magia que me hace extrañarlo cuando lo veo de lejos.

Los sigo con los ojos entrando en la habitación del bebé y me sé de memoria los pasos que siguen: secarlo, peinarlo, ponerle talco y el calzoncito, calzarle el pijama y recién ahí bajar. Sé que cuento con el tiempo que necesito. Bajo rauda del auto con el localizador escondido, tocándome la panza debajo del buzo, y troto hasta el auto de Jaime. Me arrodillo en el piso y miro abajo del auto y cuando escucho *clac* intento moverlo con poco esfuerzo y nada. Lo intento ahora con algo más de fuerza pero sigue aferrado al chasis. Satisfecha, lo enciendo y camino con media sonrisa los pasos que me separan de mi marido y de mi casa.

veintisiete

Jaime me da un beso a mí y otro a Manuel, agarra su bolso de viaje y desaparece en el auto. Desde la ventana el niño y yo lo saludamos con las manos, sonriendo. Cuando está en la esquina corro a la computadora para abrir el programa que me va a permitir saber dónde está, su auto por lo menos, en todo momento. Un puntito azul se desliza por el barrio y sé que es Jaime conduciendo a Rosario. Y yo te juro que me explicó hora a hora las cosas que tenía que hacer en Rosario y las explicó con certeza, con la voz firme, sin titubeos, me contó todo con un nivel de detalle fascinante. Me mintió los nombres de los otros médicos y me hizo leer el archivo de texto con lo que escribió para la ocasión. Y lo miré a los ojos y me convenció de que era cierto, y como sé que no puedo confiar en mis instintos, porque mis instintos siempre se rinden ante él, elijo confiar en un artefacto de dudosa legalidad que viaja con él, imantado al chasis de su auto.

Dejo a Manuel en la casa de mamá que hace semanas que me pide ver a Manu, yo creo que con ganas de recomponer la relación conmigo. Aprovecho el ofrecimiento y se lo dejo y me voy a encontrar con Agustín en la puerta de su departamento. Me invita a comer sushi y después volvemos a su casa. La química con él fue innegable desde el primer día en el instituto de Yoga, pero ahora desnudos en su cama tengo miedo de estar perdiendo masa cerebral o de quedar medio estúpida después de semejante zarandeo. Tengo en claro que no hay sentimientos involucrados, que es usufructo de cuerpos o demostración de poder. Yo lo sé y él lo sospecha, porque cuando tengo un minuto libre lo único que hago es mirar la trayectoria del punto azul en la computadora. Jaime no está en Rosario, Jaime está en el Tigre.

Me paso el resto de la noche entre los músculos de Agustín, tocándole el vientre chato con las yemas de los dedos que suben y bajan y se deslizan con facilidad sobre sus abdominales transpirados pero solo pienso que mi vida es una mentira, solo pienso en el punto azul que indica que Jaime miente.

Cuando me despierto Agustín me ofrece un desayuno que declino y me meto en el auto lo antes posible para ir a buscar a Manuel. Mamá me pregunta *¿todo bien?* y yo contesto que todo en orden. Miento porque no sé en quién confiar. Solo quiero estar con Manuel, me invade la necesidad de olerlo y abrazarlo.

El punto azul de Jaime sigue cerca del río en el Tigre y yo estoy en un supermercado inmóvil frente a la góndola de vinos, pensando con qué me voy a emborrachar esa noche para no sentir y para olvidar. Le escribo: *¿qué onda, Rosario?* y me responde dos horas y cuarto después: *cansado, no paré un minuto. Te extraño amor, vuelvo y nos abrazamos mucho.* Y yo escribo: *yo también te extraño*, pero no se lo digo a él, se lo digo al otro Jaime. Quebrada ante la putrefacción de nuestra vida juntos, casi sin voluntad, miro los vinos, miro a Manuel y vuelvo a las botellas, como hipnotizada.

El domingo a la noche, cuando escuché el ruido de las piedritas, Manuel y yo estábamos terminando de comer sentados a la mesa. Me olvidé cómo se respiraba y tuve que reaprenderlo mientras él le daba vueltas a la llave en la cerradura. *Hola amor, hola Manu. Estoy muerto, me voy a duchar*, dijo y yo lo miré con los ojos vacíos. Le dije con un hilo de voz rasgado: *no estuviste en Rosario, ¿para qué me mentís?* Me regaló una mirada irritada y hostil pero no dijo una palabra. Yo sostuve la cabeza en alto, lo miré fijo y jugué el partido. Se dio vuelta y subió

las escaleras hasta la habitación, yo volví a respirar como pude y le agarré la manito a Manuel que por suerte todavía no entendía nada.

Minutos después escuché sus pasos en la escalera. Lo vi bajar a Jaime con una caja de madera bajo el brazo, todavía en silencio. Caminó tranquilo los pasos hasta la heladera, agarró una cerveza en lata y se sentó a la mesa con nosotros sin decir una palabra. Manuel jugaba a encastrarse las manos con el puré de calabaza y yo lo miraba a Jaime mordiéndome las uñas pero sin hablar, esperando una explicación. Le dio otro sorbo a su cerveza, la apoyó con estridencia en la mesa y abrió la caja de madera que había traído de arriba. Una caja que nunca había visto antes. Ahí nomás enfrente nuestro y como si estuviese tejiendo escarpines, sacó de la caja un revólver y dos cajitas de balas. Los apoyó en la mesa con una mano mientras con la otra sacaba un paño verde de otro compartimento y se puso a limpiar el arma.

No pude reaccionar, creeme que me hubiera gustado salir corriendo, hacer ahí mismo las valijas, pero de verdad no pude. Sin mirarnos, le dedicó varios minutos al lustre y pulido de la pistola, le cargó una bala y acomodó el resto en la caja. Apoyó la pistola, codos en la mesa, y entrelazó los dedos como rezando. Apoyó la pera sobre los dedos y ahí sí, ahí me miró fijo. Recién entonces me animé a preguntarle: *qué hacés con eso acá, de dónde la sacaste*. Y él dijo: *nunca se sabe*. Juntó la caja con la pistola y las balas, me miró sonriendo con la mitad de la boca, le tocó el pelo a Manuel a modo de saludo y se fue para arriba.

Ya sé lo que estás pensando, por qué me quedaba. Estaba paralizada, angustiada, no podía tomar ninguna decisión. *Vos todavía no entendés cómo te quiero, estúpida*, me dijo cuando entré en la habitación después de acostar a Manuel. *Vení*, me dijo mientras palmeaba mi lado de la cama. Me acosté al lado suyo y me dejé abrazar y lloré porque estaba borracha y porque necesitaba un abrazo que me salvara del hombre que me estaba abrazando.

A la distancia y sobria es fácil ver la manipulación, pero cuando estás en el medio de la tormenta de arena tenés que cerrar los ojos. Me sentí una persona indigna, incapaz, derrotada y sin fuerzas. Tenía miedo de irme de esa casa y lo sobrellevaba como podía: como a las siete de la tarde destapaba una botella y para la noche ya estaba absolutamente perdida, mareada. Era la única manera de soportar. Me costaba salir, ahí adentro nadie más podía hacerme daño. Es verdad, vivía con el hombre que me atemorizaba, pero quizás con buena suerte ese día volvería a casa de buen humor. Quizás, con suerte, me leería los poemas de César Vallejos mientras me acariciaba la cabeza. A cada puñalada estudiada y certera que me propinaba, le seguía un acto de cariño, de cuidado, de amor.

Me rindo y durante unas semanas soy un fantasma que lleva y trae a su hijo, que espera a su marido con la comida hecha y que se deja mentir por teléfono. Un espectro que ahora toma pastillas desde la mañana, me las facilitó Jaime. *¿Cómo te voy a amenazar con un arma, amor? ¿Vos sos loca? No... estás imaginando cosas, chiquita... estás muy ansiosa. Tomate media de estas por la mañana y una de estas por la noche como una hora antes de dormir, vas a estar bien. Te prometo que no es todo como vos lo ves*.

Pasan las semanas, me convertí en un zombie y estoy tan flaca que casi no puedo cargar a Manuel. El ansiolítico de la mañana hace que todo me dé lo mismo. El hipnótico de la noche tiene consecuencias devastadoras: no puedo hacerme cargo de nada de lo que hago, digo o pienso. Es como si estuviera programada para olvidar mi identidad y ser lo que la medicación me dicta que sea. Estoy violenta al volante y me peleo con otros conductores, les grito a las maestras de Manuel porque perdió un buzo en la escuela. Le digo a la directora del colegio que su colegio es una mierda y me voy pegando un portazo. Jaime tuvo que ir a dar explicaciones al día siguiente: después de eso todos me miraron como si fuera una desquiciada, con lástima.

Me siento en el abismo, al borde de la muerte. Miro mis cosas con pena, como si no tuviera sentido que yo, que estoy muerta, tenga tantas cosas lindas, como si pertenecieran a alguien que ya no existe. Siento que ya no estoy entre los demás. Vivo como un autómata, voy al baño y cocino, me ducho y me seco el pelo, cuido a Manuel y espío el punto azul en la computadora. A veces fantaseo con un accidente que me quite la vida, no tengo el valor para dejar a Manuel solo. Pienso: *la vida no puede ser esto* y me enjugo las lágrimas de furia y de impotencia.

Las únicas dos amigas que me quedaron de mi vida anterior se preocupan por mí y vienen a visitarme. No las veo desde el casamiento, las siento lejos. Ellas no tienen hijos y siento que no me entienden del todo. Tenemos la misma edad pero nuestras vidas son muy diferentes, no tenemos actividades en común. Las recibo feliz y ansiosa por manotear un ratito de mi vida anterior, por volver a sentirme como antes de Jaime, como antes de convertirme en mamá.

Jaime se ocupa de Manuel por esa noche y como ya es verano, las chicas y yo nos acomodamos en las reposeras del jardín junto a la pileta. Brindamos con Coca Light y nos reímos. Trajeron marihuana así que ponemos música, fumamos y cantamos, y me animo a bailar ahí, sobre el pasto.

Un destello de felicidad, un humilde rayito de esperanza se filtra esa noche, hasta que una de las chicas pregunta: *¿vieron eso?* Y yo no había visto nada porque estaba bailando, cantando y riéndome por primera vez en meses, pero las dos están serias, mirando hacia la casa. Apagamos la música. Me siento en una reposera, intrigada, y cuando prendo el porro de nuevo, fijo la mirada en los vidrios del living. Detrás de mi reflejo me parece ver a Jaime espiándonos desde las sombras.

veintiocho

El sábado por la mañana me despiertan unos gritos. Me levanto de la cama todavía mareada por el efecto del hipnótico, no sé quién soy ni cómo me llamo pero sé que abajo está pasando algo. Me apuro a elegir un buzo y un par de pantuflas y a medida que bajo las escaleras voy entendiendo el panorama: Manuel llora desconsolado mientras Jaime recoge juguetes del suelo con cara de estar llevando a cabo una tarea nefasta, indigna. Bajo más rápido y esquivo la necesidad de un café con leche para correr a abrazar a Manuel y ayudar a juntar a Jaime. *Dejá, andá a pelotudear con tus amigas* dice, yo lo ignoro y sigo ayudando. *No, no, dejá, que acá hace todo el pelotudo.* Se me escapa una frase: *estás bastante equivocado si te parece que ayudar un sábado a levantar juguetes es hacer todo.* Me arrepiento enseguida pero no puedo parar, digo: *pará, pará un poquito... un día a la semana te toca encargarte, ¿qué gritás?* Me planto rompiendo el pacto invisible que dice que el que grita en la casa es él. No quiero que me grite nunca más, no quiero que le grite a Manuel.

Entonces estalla la bomba que profundiza las grietas en la casa, no hay premio sino castigo para mí. El torbellino de su odio me levanta, me da vueltas, me obliga a aferrarme a cualquier cosa para no quedar herida. Me mira a los ojos y son puñaladas, está gritando cosas que no logro decodificar, es como si me hablara en otro idioma, me está hablando con otra lengua. No es la lengua juguetona con la que me besa, no es la lengua de la marca de baba, no es la que me provoca placer, la que me cuenta historias.

No está acostumbrado a que le conteste, le parece una afrenta enorme. Ahora escucho que se va a la mierda, eso grita, *me voy a la mierda*, y Manuel está duro mirando a su padre: llora, no entiende, y los niños somos dos porque yo tiemblo y transpiro con él. La violencia no tiene que ser siempre una trompada o un cachetazo. Violencia es denostar y castigar con silencio, gritar y maltratar todos los días para que tu dignidad ceda de a centímetros. En poco tiempo no hay rastros de ella ni de vos.

Se hizo silencio como en las películas, se me taparon los oídos y solo escuché un zumbido. Ahora todo parecía ir en cámara lenta. El recorrido de la lágrima que caía de un ojo de Manuel tardó cuatro segundos en recorrer 10 centímetros. Miro a Jaime que está gritando en cámara lenta y casi le puedo ver las gotitas de saliva que expulsa cuando dice: *me voy a la mierda de esta casa.* Llena de una energía que no sabía que tenía adentro digo: *no, la que se va a la mierda soy yo.*

Entonces los ojos se le inyectan de sangre y da todos los pasos que nos separan, me da empujoncitos hasta dejarme contra la pared, me agarra del cuello y dice con la boca a dos centímetros de la mía: *me voy yo así no te termino matando.* Cuando me suelta me caigo y vuelvo a escuchar a Manuel llorar. Escucho que me llama pero no me puedo mover. Tirada en el piso entiendo que algo está pasando, hay una sensación nueva: se me durmieron las manos y las piernas y no puedo levantarme aunque lo intento una vez y otra. Con la mano temblorosa me toco la boca y la nariz pero no las siento. La respiración se me entrecorta y me cuesta llenar los pulmones, me estoy ahogando. Me estoy muriendo. El ritmo frenético de mis latidos me dice que es el fin pero no puedo respirar para avisar que necesito ayuda. Abro la boca para que me entre algo de aire pero solo se escucha un sonido sibilante. Ahora Jaime parado al lado me grita:

Basta. Basta, Helena. Estás asustando a Manuel, levántate. Pero yo no estoy ahí, no puedo reaccionar. Pienso: me voy a morir. Pienso: por fin.

No sé si por remordimiento o por culpa, Jaime dejó de mirarme con odio desde la altura, bajó conmigo al suelo y me abrazó. Primero a disgusto, después con más intención. Me alcanzó una bolsa de las compras y me indicó que respirase adentro. De a poco volví a sentir las manos y los pies y la nariz y la boca. *Estás teniendo un ataque de ansiedad, tratá de tranquilizarte. Perdón amor, me saqué. Intentemos estar bien, hagámoslo por Manuel. Quedate conmigo.* Le creí. Las pastillas aplacaban la angustia pero también las fuerzas para luchar y salir de ahí. Todo en mi vida quedó cubierto por un manto de muerte y frío, todas mis energías reservadas a una sola actividad: apenas seguir con vida y tratar de no olvidarme cómo se hace para respirar.

Las semanas siguientes se sucedieron casi sin sobresaltos. Jaime está de excepcional buen humor y yo sobrevivo a base de narcóticos y de oler a mi hijo. Cuando logro dormir a Manuel ya son las nueve y media y Jaime todavía no llegó a casa. Bajo las escaleras, camino a la cocina y el panorama desolador de la planta baja me recuerda que a la noche puedo estar todavía más triste. Hace semanas que no hablo con amigos o con familiares, todo lo que tengo son las series y las películas y los libros pero pocas veces la tristeza o el cansancio me dejan concentrarme.

Llama él, que después de los últimos episodios violentos, ahora es cariñoso y atento. Me cuenta que operó hasta recién que pasó por la librería de calle 50 y vio algunos libros para mí y que casi me compra una camisa. Que pasó por un bar al que tenemos que ir porque me va a encantar. Que va a llegar tarde, que no lo espere despierto, que va a comer con un colega. Dice: *muerdo de sueño y de ganas de estar con ustedes pero tengo que comer con este pesado, ya sabés, business.*

Después de ese llamado y sabiendo que Manuel duerme, ya estoy lista para hundirme con un libro en el sillón hasta que vuelva Jaime. Me preparo un té y ya tengo un libro de Hervé Guibert en las manos cuando veo que mi teléfono tiene la pantalla encendida. Es una llamada perdida de Jaime.

Intento comunicarme pero no atiende. Pienso que quizás se olvidó de decirme algo así que vuelvo a llamar, pero nada. Me doy cuenta de que tengo un mensaje en el buzón de voz y es rarísimo, Jaime y yo nunca nos dejamos mensajes en la contestadora.

Usted tiene un mensaje nuevo: son pasos, se escuchan ruidos de ciudad y casi puedo verlo caminando. El bullicio citadino y la ausencia de voz me obligan a concluir que fue una llamada sin intención, que Jaime tiene el teléfono en el bolsillo y se marcó solo. No puedo dejar de escuchar el mensaje, es un reflejo compulsivo. Ahora se escucha una voz de mujer.

Durante más de cuatro minutos escucho con atención a la camarera que viene a preguntarles qué quieren comer. Él contesta que nachos con guacamole, a ella no le entiendo lo que dice. Él pide agua sin gas, ella cerveza. Después de que la moza toma su pedido se ríen y no puedo evitar pensar que se ríen de mí. No puedo cortar la llamada, hablan de departamentos en el centro. Ella le dice que encontró uno cerca de plaza Malvinas, él que prefiere zona norte, que Remax tiene un tres ambientes con cancha de tenis y piscina que va a ir a ver la semana entrante. Se van a vivir juntos.

Sentada en la oscuridad en el sillón del living con el teléfono en la mano, petrificada y con la vista clavada en el piso, intento moverme pero mi cuerpo se declaró en huelga. Estoy aturdida y sin embargo, algo cambió y por fin tengo una prueba en la mano. El mensaje se corta justo cuando están decidiendo qué departamento van a visitar primero, si el que encontró él o el de ella. Llamo diez o quince veces. Jaime no atiende. Mientras aprendo a respirar otra vez, resuenan sus frases en mi cabeza: que si en algún momento se fuera de casa no podría volver a convivir

nunca más, que el amor murió conmigo.

Cuando recupero la movilidad en las piernas, agradezco no haber tomado el hipnótico todavía y enciendo la computadora. Estoy temblando. Abro la aplicación del localizador que me indica la dirección exacta. En pijama como estoy, alzo a Manuel todavía dormido y lo subo al auto. Voy llorando de furia y de impotencia, secándome las lágrimas y gruñendo hasta donde me guía el punto azul.

Cuando veo su auto me da un espasmo. Estaciono justo atrás y aprovecho que Manuel duerme para dejarlo adentro en un acto de inconsciencia que todavía no me perdono. En el teléfono busco restaurantes cercanos y me indica que hay uno en la esquina y otro a dos cuadras. Intento con el de la esquina primero pero no tengo suerte. Dos cuadras más adelante me asomo por la ventana del restaurante y los veo. Y te veo a vos, por primera vez, de la mano de mi marido. Claro, era tu voz en el teléfono. Si hubieras sido una desconocida, quizás me habría dolido menos, pero eras vos. Por fin entendí por qué desapareciste del consultorio, por qué la secretaria nueva.

Cuando te vi con él, tomados de las manos, entré en shock. Sentí celos cuando tendría que haber corrido a rescatarte. Pensé: mejor, que te pase lo mismo que a mí.

Me saqué. Me salieron compulsivamente esas lágrimas sin llanto, las que son incontenibles, las que te dejan los ojos rojos. Algo en el medio entre la furia y la impotencia. Me las secaba rápido para que nadie en la calle me viese llorar aunque no importaba, igual ya era una mujer despeinada y en pijama en pleno centro, pero era una tarea inútil; en cuanto secaba una salía la siguiente y la siguiente y así, descontrolada, caminé hasta mi auto. Agarré el matafuegos y con una fuerza que no sabía que tenía le destrocé los vidrios del auto a Jaime.

Cuando entré a mi auto, Manuel estaba llorando asustado, pero no más asustado que yo. Jaime había reconocido la alarma de su auto y de brazos cruzados me vio huir desde la esquina.

veintinueve

Cuando llegué a casa me encerré en la habitación de Manuel, tomé un calmante y lloré en silencio, abrazada a él hasta que se durmió. Más tarde, con el corazón en la boca pensando que Jaime podía volver, bajé a la despensa en busca de bolsas de residuos y recorrí la casa entera descolgando sus cuadros, su título de medicina de la UNLP, sus fotos con Manu y las antiguas notitas de amor pinchadas en un corcho en la pared. Libros, medallas, CDs y DVDs, todo iba a parar adentro de las bolsas negras. Su champú y su perfume, su crema de afeitar y sus afeitadoras descartables. A la bolsa todo en lo que me doliera posar la mirada. No quiero fingir heroísmo, no voy a mentirte que hice todo esto sin desgarrarme. Sacar a Jaime de casa fue como quitar el cuchillo de las entrañas después de haber sido apuñalada: doloroso y necesario si una quiere seguir con vida. El punto álgido de la recolección fue enfrentarme a su parte del vestidor. El desgarró se profundizó, porque esa era la ropa con la que me había abrazado en los buenos tiempos, la que tenía puesta cuando me cuidaba, cuando me acompañó a hacer la denuncia, cuando con promesas decidíamos nuestro futuro juntos. Fue como enfrentarse al placard de un muerto, y antes de meter cada prenda y cada zapato en bolsas, me animé a olerlas por última vez.

Recién después de juntar su ropa me di cuenta de que yo podía sacar todo lo que quisiera de esa casa, pero no lo podía sacar a él. El eco de nuestra vida juntos todavía acariciaba las paredes y se arrastraba por las alfombras. *Dejame ser la sombra de tu sombra.* Todavía quedaban en la alacena las almendras que desayunaba con yogur, y en la heladera algunas cervezas, un agua tónica y una bebida energizante. Ya eran más de las cuatro de la mañana cuando dejé las bolsas en la calle. Le escribí que podía pasar a buscarlas, que en casa no vivía más. Me contestó *sacá tus cosas y las del nene también, porque el mes que viene de ahí te tenés que ir. Ahora te arreglás sola.*

En cuanto a la repartija de bienes el divorcio fue bastante limpio: yo me quedé con lo que era mío y le cedí mi parte de la clínica. A fin de cuentas lo único que yo quería llevarme de esa casa era libertad. Mi única meta real era volver a tener ganas de vivir, superar el miedo y la parálisis y por fin respirar tranquila.

Pero no me la hizo fácil, ya sabés: intentó todo lo que pudo demostrar que yo era mentalmente inestable. No consiguió esto último, pero sí logró desprestigiarme con media ciudad. Lo obvio: tejió teorías nefastas, a sus allegados les dijo que no me encargaba de nuestro hijo, que era una violenta y una loca. Se victimizó, como siempre. Fingió ser víctima de su víctima. Fue la época en que la gente en el colegio y en la calle me miraba con pena, pensando *está loca... ¡qué peligro! ¡Pobre bebé!* Se encargó de decirles a nuestros conocidos, y a los desconocidos también, que yo era loca, drogadicta, mala madre, abandonica. Que intenté matar a mi hijo. Dijo que constituía un peligro y que a raíz del episodio del auto me tenía miedo.

Miedo, él a mí.

Mintió a quien tuviera ganas de escucharlo, que estaba luchando por la tenencia de Manuel, cuando en verdad hubo que rezar para que cumpliera con las visitas. Para la ley argentina, la visita de un padre a un hijo es un derecho y no una obligación. Mejor así.

Yo también hablé con quien quiso escucharme. Hablé con Carolina y con su marido que conocían bien la historia casi desde que empezó a descender en picada. Me abrazaron, estuvieron

conmigo, cuidaron a Manuel cuando necesité estar sola para ordenarme.

Hablé con mamá que cuando se enteró de la separación me abrazó llorando como pidiéndome perdón. Separarme de Jaime fue como haberme quitado un velo, unas lentes que deformaban toda la realidad. Mamá no ganará nunca un premio a la empatía, pero tampoco es el monstruo que Jaime me quería hacer ver. Creo que de a poco nos estamos animando a reencontrarnos.

A mis amigas les conté que me amenazó con un arma y con matarme a trompadas. Les conté de las infidelidades, de la vida familiar que era una farsa. Me di cuenta de que no podía hacer más que sanar contando. No había ninguna denuncia que pudiera hacer: su violencia es la invisible, la improbable. En cambio a mí, por el episodio del matafuegos, me cayeron 100 horas de trabajo comunitario.

Nos mudamos, dejamos atrás la casa de los fantasmas y la vida se volvió un poco más ligera. Alquilamos un departamento pequeño de dos habitaciones y lo decoramos sin fantasmas y sin recuerdos. Me armé otra vida que no lo incluía. Nada en el departamento decía su nombre, nada lo evocaba. Un psiquiatra me recetó antidepresivos y ansiolíticos para combatir el estrés de tener que hacer un duelo donde no hay un cuerpo. El Jaime que yo conocí y de quien me enamoré no existió jamás, pero sí existió para mí. Yo lo vi, yo lo besé y yo tuve un hijo con él. Pero mi Jaime era un personaje del verdadero hombre que se escondía detrás.

En esa vinculación tóxica, traumática, hice cosas que no me perdono: perdí la cabeza, le escribí correos amenazantes, puse rastreadores, desconfié de mi instinto y no creí en mí. Me da mucha pena que su maltrato me haya llevado hasta ese nivel de autodesprecio, hasta ese nivel de dolor donde la muerte se me presentaba como un alivio.

Ya no duele como antes, es como si estuviera anestesiada. No sé qué magia operó estos años pero se me fue alejando y aunque intente no recuerdo su cuerpo ni qué me hacía sentir. Ya no me invade la adrenalina cuando lo veo. Jaime se fue apagando. Cada vez menos cosas lo traen a mi memoria y se van borrando mis recuerdos con él, como un disco que sobreimprime.

Supongo que es así como tenía que ser, estoy en paz. Con el tiempo dejé las drogas que me ayudaban a dormir, o a olvidarlo, o a estar como un robot en modo avión. Aprendí a aceptar la ayuda de mamá que desde la separación quiso tener más contacto con Manuel y en consecuencia conmigo. Nos perdonamos sin decirnos nada.

Estoy completamente limpia y celebro que mi memoria está cada vez mejor. El recuerdo del Jaime que amé se fue erosionando junto con las situaciones más dolorosas que vivimos juntos. Nada me protege más que el olvido.

treinta

Para rehabilitarse de la adicción a las drogas uno se va al campo o a una granja a desintoxicarse del vicio, a respirar aire nuevo. A tomar té de hierbas, andar a caballo o entonar un mantra. Para deshacerme de Jaime usé una de las técnicas que utilizaba en mi contra: el contacto cero. Al principio sentí la abstinencia, los temblores, el vínculo psicopático en cada una de mis neuronas. La necesidad de él, a pesar de todo. Después pasó algo maravilloso, porque en el afán de alejarme de él, me encontré con Manuel, me recliné en los libros y en su abrazo. Atendí poco el teléfono, dejé de leer las noticias, le presté atención solo a lo que necesitaba para vivir: comer, beber, dormir y amar. Y cuando hubo silencio, me escuché. Por primera vez en años: ahí estaba yo. Todavía tenía voz, todavía tenía cosas para decir.

La recuperación siempre es larga: después de Jaime estuve radicalmente triste durante algunos meses. Cuando pude volver a caminar erguida, cuando pude dar dos pasos sin llorar pero sin fingir, volví a ver a mis amigas. Pedí perdón y abracé a los familiares que de verdad perdoné. Me prometí no usar más el cuerpo como arma: el sexo es disfrute y no una herramienta para la guerra.

Cuando te das cuenta de que estás inmersa en una relación nociva, hay que pedir ayuda y salir corriendo. Esas no son las batallas para quedarse y luchar. De ahí se sale viva, se sale rápido y se sale gritando. No creas una palabra que salga de su boca para justificar la violencia. Mi única certeza es que la gente no cambia, que no hay evolución del violento en otra cosa. Puede ser un violento solapado, pero no hay rehabilitación. Hay que correr y gritar, denunciar y resistir. Aunque te llamen loca, aunque no puedas explicar por qué volvías con él una vez y otra. Aunque sientas que te desgarrás, creeme: siempre es peor quedarse.

Hacer terapia, charlar con amigas, alzar la voz y no callar nunca más son también parte de la respuesta. Somos muchas las que antes callábamos y ahora no podemos dejar de gritar. Somos muchas las que estamos aprendiendo a no tener miedo, a distinguir lo que está mal aunque esté normalizado.

De las cosas que hice me arrepiento de algunas. Fui cobarde e ingenua. Me tragué como verdad incuestionable la tradición familiar del «para siempre» y luché guerras perdidas. Me da pena mirar atrás y verme tan desvalida, no haber abierto los ojos a lo evidente, saberme cegada, por educación o por estupidez o porque tomada por el dolor me paralicé. Yo te juro: nunca había sentido tanto miedo. Ahora siento que adentro tengo un fuego nuevo, una llama pequeña, modesta. Me sorprende porque después de años de creer que la vida no valía la pena hoy encuentro un nuevo goce que me permite mirar adelante. Claro, ya no hay manos que me ahorcan ni bocas que me insultan, eso ayuda.

No soy una loca pero estuve loca. Fui una desquiciada. No tracé límites ni para la pasión ni para la melancolía, todo lo sentí como lo sienten las locas, en exceso. Por eso me extraña ahora ser una mujer impermeable. Lo deseé mucho, demasiado, pero nunca creí que pudiera pasarme a mí, la apasionada, la excesiva, la intensa. Hay cierto goce en la anestesia: no tengo verdaderas pasiones pero tampoco grandes angustias. Es algo monótono acá abajo, pero se vive mejor.

Yo no sabía entonces, cuando estaba en medio de la tormenta, lo que estaba haciendo Jaime. Nada sabía de triangulación. No podía entender por qué no se iba de casa si nos despreciaba

tanto. Ahora lo veo con claridad, entiendo que era un método para desestabilizarme. Mientras él construía una vida que no nos incluía, fuera de casa, con vos, a nosotros nos ofrecía una verdad paralela. No se fue hasta estar seguro de que yo me hubiera vuelto loca, no se fue hasta desestabilizarme y romperme. Esperó para irse como el trapecista que no se suelta de una hamaca hasta agarrarse de la siguiente.

¿Era el tipo que me abrazaba o el que me amenazaba? ¿Era el hombre dulce que caminaba conmigo de la mano y me leía cuentos o el monstruo que me gritaba hasta dejarme en el suelo? ¿Era el señor que limpiaba un arma mirándome fijo a los ojos o el cuerpo que se entrelazaba conmigo en la cama? No me culpo por no haberme podido escapar antes de esa casa, de su trampa. No sabía que estábamos jugando su juego infame, yo creía que era amor. Me perdono por haber dudado de mí, me prometo estar más atenta en el futuro a las primeras señales de peligro. A las miradas y los silencios y los engaños.

Ya me vas a entender cuando te destripe, cuando casi te arranque la vida que a esas alturas vas a sentir que ya no te sirve para nada. Ojalá puedas salir antes de tomar la decisión de estrellar un matafuegos contra su auto, ojalá puedas salir de él con algo de dignidad para rehacerte. Ojalá no tenga que escuchar *tenías razón*.

Quizás te escribí para justificarme la locura, quizás para que entiendas el dolor que me causaste con tu complicidad. Tal vez para volver a sentir intensamente, para saber que sigo viva. Quizás solo te escribí para no olvidarme. O para rescatarte. O para que me uses como espejo o como guía de supervivencia para cuando se haya quedado con todo lo que sos. Para abrazarte cuando te convierta en otra de sus niñas derramadas.

adiós

No es amor, es miedo. Y no quiero volver a confundírmelos jamás, quiero dejar de ser su víctima. Nuestra relación más que relación fue un abuso emocional, una enorme manipulación: tenía el doble de edad, el doble de experiencia y sabía que yo era vulnerable, que estaba sensible y rota. Buscó una niña porque no sabe comportarse alrededor de mujeres.

Alimentó la dependencia, me pisoteó, me amenazó y no dejó pasar oportunidad para traicionarme. Deshonró todas las promesas de amor y cuidado que me hizo mirándome a los ojos.

De mis abusadores fue el que peor me quebró. También fue al que más amé, ciegamente, al que justifiqué o defendí mientras pude. El abuso emocional es el más difícil de identificar. Pero si lo pensás bien, es más o menos así: si te estás aprovechando de una persona que está en inferioridad de condiciones, estás abusando.

Me dejó sin recursos emocionales y sin recursos físicos. Me tomó la vida, me quebró. Todo fue de una intensidad abrumadora, espeluznante y durante unos meses todo lo que quise fue morir. En mis últimos años con él la vida no tenía demasiado sentido y dolía demasiado: creo que de la muerte me alejó Manuel.

Perdonarme y reconfigurarme fueron las cosas más duras que me tocó hacer. Fui vulnerada y traicionada por el hombre que amaba, el mismo hombre que me miraba a los ojos y prometía cuidarme. Todavía duele, siempre va a doler. No pretendo que llegue el momento en que mire atrás y me dé lo mismo. Pero no duele con la intensidad de los primeros meses, ojalá nunca vuelva a doler así. No lo soportaría.

Cuando salís de una relación así pasás a un universo paralelo, a una realidad alternativa. Entrás en una especie de extrañamiento: estás como desapegada, paranoica y rota. ¿Quién va a ser la próxima persona que me traicione? ¿De qué personaje inesperado nacerá la próxima puñalada? Hay que reaprender a mirarse al espejo sin llorar, a volver a confiar en otra persona, a abrirse solo lo suficiente para que nadie te traspase, para que nadie te dañe. Yo no sé si podemos volver a amar, no tengo esa respuesta para vos. Pero sí podemos volver a tener una vida libre de violencia y ser felices, que es más que suficiente.

A partir de ahora solo queda aceptar a la gente que abraza sin cuestionamientos. No importa por qué volvías, por qué te quedabas, qué impedía que salieras gritando y corriendo de esa casa. Lo único importante es salir de ahí, cuando se pueda.

Me abrazo y me perdono por no haberme salido a tiempo y me rehúso a seguir viéndome como víctima: soy una sobreviviente. Soy la mujer a cargo de la niña que fui y esta mujer hoy dice basta.

Grupo  Planeta

¡Seguinos!



¿Te gustó este libro? Te recomendamos...

